

TITO MUNDT

las banderas olvidadas



REPORTAJE A UNA EPOCA APASIONANTE

ORBE

LAS BANDERAS OLVIDADAS

Un libro sensacional

- La caída de Ibáñez.
- Lucha entre socialistas y nacistas.
- Como nació la Falange Nacional.
- El terrible 5 de septiembre, visto por dentro y con datos ignorados.
- Cuando se iba a matar al León.
- El terremoto de Chillán.
- El golpe fallido del general Herrera.
- El espionaje a través de la guerra.
- La guerra civil española en Santiago.
- Haciéndole seña a los submarinos desde la costa chilena.

Ch
863
MON

590

CHELEN ROADS

PA 77639

10/439.43
441



TITO MUNDT

LAS BANDERAS OLVIDADAS



Ilustró la tapa:

RAVASSA

(c) EDITORIAL ORBE, Derechos exclusivos. Inscripción Nº 29.590
Santiago de Chile.

Impreso en Chile.
Printed in Chile.

TITO MUNDT

Premio Nacional de Periodismo

LAS BANDERAS OLVIDADAS

Reportaje a una época apasionante

EDITORIAL ORBE

Santiago de Chile

OTTO THURM

OTTO THURM

OTTO THURM

OTTO THURM

OTTO THURM

OTTO THURM

OTTO THURM

- A UNA GRAN CHILENA:

BARBARITA MUNDT JAQUE (3 años)



TITO MUNDT

"Me cargan el cacho, el ludo, el dominó, el ajedrez, las carreras...; me gusta leer, soñar, viajar. Tengo mentalidad de pieza de hotel, de pasaporte, de avión en clase turismo", dice el periodista de la inquietud sin pausa, un hombre permanentemente joven, que sin embargo, confiesa haber pasado de la adolescencia a la madurez, saltándose la juventud. El hombre tiene 46 años. Con mucho trabajo, sin dinero, entre viajes, entrevistas, muchos cigarrillos y un persistente teclear sobre la máquina, ha escrito un libro de 235 páginas sobre De Gaulle. Demoró menos de un mes en la tarea, y el libro corre, se consume rápido bajo nuestra visita: fiel a su autor, no nos permite respiro. Ahora entrega este escrito en tiempo record y que es un vasto fresco de la vida chilena entre 1931 y 1964. O sea, desde la caída del General Ibáñez y la llegada a la Moneda de don Eduardo Frei.

"De Gaulle, El Gran Solitario", fue un largo reportaje a todo un tiempo, construido tras las huellas de un hombre. Su autor ya había consultado los libros y periódicos pertinentes; como periodista, había tomado contacto con los hechos mismos y, no obstante, viajó otra vez más a París. Allá terminó el libro. Descendió en el aeropuerto de Orly con su valija, la máquina de escribir y un papel enormemente largo, lleno de direcciones y teléfonos. Si perdía aquella lista, no le quedaba otra alternativa que regresar a Chile. Pero logró conservarla 40 días. En ese tiempo se entrevistó con De Gaulle, Malraux y un gran número de personalidades de la política y el arte francés. Asistió a fiestas y entierros y junto a la mesa del café

escuchó a viejas y nuevas voces referirse al destino de Europa. Todo, con el sello de Tito Mundt, las palabras y el acento de Tito Mundt, su aliento, su ritmo y su vitalidad. Tito Mundt puede ver, mientras corre, donde otros deben detenerse para mirar siquiera. Así su estilo tiene las virtudes y defectos que tiene el hombre. Porque se trata de una misma cosa, hombre y estilo. Aquí el hombre y su verbo resultan inseparables.

"De Gaulle, El Gran Solitario" es el segundo libro de Tito Mundt. Antes escribió "De Chile a China", que ya conoce cuatro ediciones, y aún no hace un año que fue publicado. Es curioso este llegar a ser hombre de libros en la madurez y cuando se goza de amplio prestigio como periodista. Sin embargo, conociendo algo más a Tito Mundt, tras toda su audacia y satisfacción, vemos al hombre que permanece sólo entre muchos. El desea hacer cosas que queden. Absolutamente consecuente con la frase de Huidobro "¡Viva la vida y muera la muerte!", quiere dejar una huella, un testimonio que para siempre dé fe sobre él. Pero esto nos lleva a un clima nostálgico, y, querámoslo o no, triste. Tito Mundt vive y vive demasiado. En especial cuando con limpia sencillez confiesa:

—Había soñado toda la vida con ser un escritor.

UNA FELICIDAD QUE VALE \$ 60

Tito Mundt sabe muy poco de filosofía. Tampoco puede opinar en forma documentada sobre religión. Culturalmente es autodidacta, asimismo como periodista. Su abuelo y su padre eran corredores de la Bolsa de Comercio. A Tito le gustaba este trabajo y con frecuencia se asomaba a la rueda. Esta afición le marcó para toda la vida. Achondo, locutor de la Bolsa de ese tiempo, hablaba rápido; remataba como una ametralladora. Tito Mundt empezó a hacer lo mismo una vez que fue periodista. Poco a poco su persona entró en un especie de vértigo, al que ya está acostumbrado.

—Me habría gustado ser un Cartier —dice, pero más rápido —agrega en seguida.

—Me gusta Sartre —expresa—. Uno de mis lemas es su frase "Ya no hay tiempo".

Está casado con Kanda Jaque, actriz de teatro y cine. Y, hablando sobre su matrimonio, dice:

—Conoci a Kanda y 26 días después nos casamos. Teníamos que pagar \$ 60 en el Civil. Y la felicidad puede valer solamente \$ 60. Tenemos una hija de 2 años y 11 meses. Va a ser bailarina. Cuando estábamos en España, nuestros amigos se preguntaban: ¿Cuánto tiempo les va a durar esta guagua a los Mundt?

Tito Mundt lleva 26 años en el periodismo. Estudió leyes (hasta 3er. año), y en el fondo deseaba la arquitectura; después se hizo periodista y quería ser escritor. Hoy su prestigio sale de Chile. Dentro de nuestro periodismo ha obtenido todos los premios, incluso aquellos que corresponden a labores radiales. En 1957 fue el Premio Nacional de Periodismo.

VIAJES, PERIODICOS Y RADIOS

Es un hombre más bien alto, que no gesticula al hablar. Sus ojos grandes y capotudos no son alegres, tampoco tristes. Tal vez alertas, expectantes. Cuando ríe, parece ceder su innominada angustia interna y se vuelve más joven. Extravertido y libre por la naturaleza, muestra de inmediato su actitud anticonvencional y directa. No son necesarias muchas palabras para entenderse. Y menos todavía para no entenderse. Su trato es sumario y recto, sin ambigüedades.

Tito Mundt ha estado 27 veces en París. Vivió en Madrid 3 años, en París 2, en Cuba 1, en Argentina. Viajó invitado por los Gobiernos de Francia, Estados Unidos, Argelia, Paraguay, España, Inglaterra, Bolivia, Argentina, China, Italia, Rusia... Hoy escribe para "La Unión", "La Tercera", "La Discusión", de Chillán, y también trabajó en el Canal 9 de

TV. Ha escrito para casi todos los diarios de Chile y sus viajes alcanzan a 4 continentes y más de 30 países. Fue subdirector y cofundador de "VEA" y pasó por todos los puestos de la redacción de "La Tercera de la Hora". (Hoy es columnista). Escribió para "Rico Tipo", "Clarín", "Noticias Gráficas", "VEA", "Lea" y "La Tarde" (diario del cual fue fundador), de Argentina; "Bohemia", de Cuba; "La Cordorniz", "Pueblo", "A B C", "Fotos" y "América", de España. En nuestro medio se hizo famoso por su programa "Yo lo Conoci", que se mantuvo 13 años en la radio. También ha tenido programas radiales en Madrid, "Entrelineas", "La Vuelta al Mundo en un Cigarrillo" y "Europa 61" (sin hacer nunca un libreto). Fue corresponsal en Argelia, de "Pueblo", diario español, y Agregado Cultural y de prensa de la Embajada de Chile en Francia...

Pero esta acumulación de faenas de un periodista nos muestra solamente la multifacética habilidad de Tito Mundt. No al hombre que hoy dice:

—Tengo demasiada facilidad para escribir y me he dejado llevar por esa facilidad. Hoy no quiero hacerlo. No deseo escribir rápido, sino escribir cosas que queden. He llegado a una edad en la cual hay que leer menos y pensar más. Mi viaje a Europa en 1953 me cambió la vida. Empecé a mirar distinto. Entonces tuve una gran lección de humildad y senti la necesidad de profundizar, de ir más al fondo de los acontecimientos.

Frutos de esta gran pausa son sus libros y los dos argumentos de cine, que desearia ver realizados por Chaplín o Fellini. Tito Mundt es antes que nada un hombre tenaz y decidido. No admite claudicaciones. Si tiene a su cargo la redacción de un periódico, comienza por establecer:

—Aquí nadie se enferma; a nadie se le muere la mamá ni hay que ir a ningún entierro.

En París, momentos antes que principiara una conferencia suya en la Sorbona, él mismo andaba pegando los carteles en las estaciones de metro, murallas, quioscos, bistro, ayu-

dado por algunos amigos. Luego hablaría a los franceses sobre "el París que ellos no conocían".

Tito Mundt domina tres idiomas, además del propio, y con la misma velocidad.

—Todos dicen que no me entienden —declara él—, pero me oyen y critican lo que he dicho. En Andalucía han confesado entenderme sin problemas. Creen que soy andaluz y que el "Mundt" es un seudónimo.

UNA VOCACION, UN LIBRO Y DE GAULLE

Si nada o casi nada sabe de religión y filosofía, en literatura e historia la situación es diferente. Tito Mundt es un fanático lector de Balzac; admira a Hemingway y se siente deudor de ciertos libros, como "Sanin", de Artzybashev. Años atrás, un cuento suyo sobre toreo obtuvo el premio de un concurso, organizado por "Sésamo", restaurant, tasca y café de Madrid. Más tarde donde sus conocimientos llegan a cierta profundidad y no es extraño que sorprendan, es en historia, y en especial historia de la revolución francesa. La historia de Francia y su afición a la estrategia militar, le acercaron a De Gaulle.

RAPIDO, SIN ALIENTO

"De Gaulle" está fechado: "Julio de 1964". Sin embargo, Tito Mundt está a punto de terminar un cuarto libro, que con el título de "Yo lo Conoci", contendrá 300 siluetas de personajes de nuestro tiempo. Además trabaja desde tiempo atrás (y no sabemos lo que es tiempo para Tito Mundt) en una autobiografía novelada.

Apenas respira este hombre tatuado en un brazo (en un congreso de periodistas "donde se puede llegar a cualquier cosa"), que fue alimentado con sondas y desahuciado por 4 médicos y salvado por un quinto (Gustavo Girón) y que se di-

ce profundamente serio, aunque también confiesa que la gente no lo cree así. Este hombre complicado y simple, sin rencores ni frustraciones, audaz y ambicioso, que admira a don Pancho Encina, Vicuña Mackenna, Joaquín Edwards Bello, Ricardo Latcham, Vicente Huidobro y, entre los periodistas, a Byron Gigoux, siempre está interesado por la política, y nunca ha militado en partido alguno, siente fanatismo por Chile y, no obstante, viviría en Madrid y charlaría con Emilio Romero, según su expresión, el más inteligente de los españoles de hoy (escritor y jefe del ala izquierda de la Falange. Kanda Jaque actuó en la película basada en su novela "La Paz Empieza Nunca"), partiría a París los fines de semana y visitaría a Louis Bertrand Ges, adicto del Ministerio de Relaciones, francés y ex gerente de "Havas", de quien recibió como regalo "Histoire de Paris", el más interesante de los libros que ha leído últimamente.

Entretanto se mueve y escribe en Santiago. Llega a su departamento y se detiene a observar sus trofeos de viaje. Ahí está la plancha metálica que dice "Rue Cujas", la calle donde él vivió en París. La arrancó de la pared cuando se venía. Tito Mundt, como nadie, siente necesidad de detener el tiempo. Nuestra única posibilidad es hacer muchas cosas, apurar la vida y tocar fondo de una u otra manera. Tito Mundt lo comprende así y no busca entretenimientos para olvidarse de la vida, sino que trata de apresarla por todos sus costados y permanecer. Ahora presenta una verdadera cabalgata de la historia de Chile que cubre desde la caída de Ibáñez hasta la fecha.

Luis Domínguez
(Revista Ercilla)

MEDIA PALABRA

Yo no soy don Pancho Encina ni Jorge Inostroza. No hay un historiador profesional ni un cronista de la historia. Esta no es la historia de mi país, sino el apasionante relato del tiempo que me ha tocado vivir desde que andaba con pantalones cortos hasta la fecha. Una época en que asistí a la guerra de Abisinia, la guerra civil española, la segunda guerra mundial, la guerra de Corea, la guerra del Vietnam y el salvajismo del Congo.

Partí con Carlos Ibáñez del Campo. Conocí al ballet de los militares para llegar a La Moneda, el 4 de junio y la segunda presidencia del León. Vi llegar a don Pedro Aguirre con el cigarrillo amarillo en la mano a la casa de Toesca. Vi a don Juan Antonio bajarse de un caballo y a don Gabriel González Videla avanzar gimnásticamente hacia la vieja Moneda. Después entraron Carlos Ibáñez del Campo y, por último, ganó una bufanda que se venía a pie por la calle Phillips; la bufanda de don Jorge Alessandri. Ahora hay una nariz en La Moneda. Una nariz demócrata cristiana. Una nariz revisada por Jacques Maritain y que viene directamente de las místicas y generosas Encíclicas Papales. En esta época que me ha tocado vivir, y sobre todo ver dentro y fuera de Chile, han ocurrido tantas cosas que si yo hubiese tenido tiempo y sobre todo ochenta años, una chimenea y una secretaria a la mano, habría dictado unas Memorias en catorce volúmenes por las cuales habría desfilado toda la inmensa masa que forma un país.

No tengo tiempo. No hay tiempo. Hay que escribir rápido. Casi taquigráficamente. La gente no lee los diarios. Lee sólo los títulos. Se aburre con las películas. Ve apenas la sinópsis. El amor ya no es a primera vista, sino una hora antes que a primera vista. Los matrimonios se hacen en diez minutos. Las guaguas nacen a los tres meses. Todo el mundo anda apurado. Ya la micro está pasada de moda. Ahora hay que andar en taxi.

Dentro de poco habrá que andar en Jet. Los chinos se entretienen fabricando la bomba atómica. El viejito De Gaulle, con sus setenta y cuatro años, no vacila en recorrer once países para mantener el prestigio legendario de Francia. El viejo Churchill decide descansar sólo a los noventa años. Don Pancho Encina sigue planeando en La Serena el tomo XXI de su genial Historia de Chile.

En esta época apresurada, yo, un simple periodista que sueña con ser novelista algún día, ha querido contar lo que vio, lo que ha presenciado con sus propios ojos, lo que nadie le contó, sino lo que divisó en su país y lo que ha contemplado a través de cuatro lustros de periodismo activo.

Me ha sentado a la máquina con un pitillo entre los labios y confiado simplemente en mi buena memoria. No he revisado a la luz de un velón, con una lupa, como los monjes de la Edad Media, viejos y apolillados documentos semidevorados por los ratones. No he hablado con algunos ancianos ilustres que se pasean como sonámbulos por las calles de Santiago, llenos de recuerdos, de anécdotas y de melancolía. No he entrevistado meticulosamente a los testigos de una época. He hecho algo mucho más simple. He recordado lo que yo vi a través de una andariega y aventurera vida de repórter. No es éste, amigo lector, el minucioso documento testamentario de una época que invita al bostezo y a la siesta, sino simplemente un reportaje.

Entreténgase conociendo lo que pasó en Chile entre el sable de Ibáñez, la onda del León y el olfato de Frei.

Creo en la última palabra que dijo Carlos I cuando estaba lista, bajo el nebuloso cielo de Londres, el hacha que le iba a cortar finamente la cabeza: "Remember". Ahora vamos a recordar Ud y yo, y vamos a caminar a través de apasionantes treinta y tres años de vida.

EL AUTOR.

Profesores nazis y generales de la Primera Guerra.

Yo he tenido profesores sensacionales. En el Deutsche Schule el Director era Moritz Tschenke, que había sido ayudante de Von Hindenburg en la primera guerra mundial, y al verlo avanzar majestuosamente por los pasillos del colegio daba la sensación de estar escuchando a lo lejos el "Deutschland, Deutschland über Alles" y verlo a él mismo con el casco puntiagudo y el águila imperial en medio de la nieve rusa.

El subdirector del Colegio, Hans Fachman, con la cara cortada por los viejos duelos estudiantiles, había sido el N° 14 en el Partido Nazi alemán y amigo personal de Hitler en los días anteriores al **putch** de Munich en 1923.

El profesor de historia era el negro Bráñez (padre del diputado) que nos enseñó a dudar y tener una mentalidad sanamente laica y burlona. Carlos Grez Pérez, más tarde historiador y de los mejores de Chile, nos enseñó humorismo rápido; Arturo Piga, en el Aplicación, nos dio a conocer los misterios poéticos y casi mágicos de las matemáticas, y don Claudio Rosales a comprender por qué había masones y radicales en el mundo.

Un personaje de novela.

El 15 de agosto de 1930 (yo andaba poco menos que con chupete, pero ya usaba carnet de intruso perfectamente al día) se produjo un hecho histórico en la vida teatral santiaguina.

Un niño de menos de 17 años, Manuel Arellano Marín, estrenaba una comedia que en su época fue calificada de sensacional: "Muñecos", en tres actos y que le daba una nueva tónica a la vacilante escena nacional.

El estreno fue en el Santiago y asistió toda la plana mayor de lo que podríamos llamar la "sociedad santiaguina" de la época presidida por los curitas, que eran los padrinos espirituales del nuevo "genio" que agradeció con lágrimas en los ojos los aplausos de la platea y la galería (en la cual estaba naturalmente yo y mi gente).

Más tarde Manuel se hizo comunista y don Pedro lo nombró secretario de la Embajada de Chile en París.

Vino la guerra y la ocupación de Francia por los nazis. La embajada quedó en manos de Arellano y se lució rescatando dirigentes comunistas de la talla de Thorez, al que llevó en su auto hasta la costa y lo entregó a un submarino ruso.

Por estos hechos recibió la Orden de Lenin que el joven diplomático chileno rechazó para cambiarla por una rotativa destinada al diario "L'Humanité", órgano oficial del PC francés.

Más tarde dejó el comunismo y abandonó Francia. Partió a Hollywood donde fue director de "Cinelandia", escribió argumentos para Laurel y Hardy y andando los años reapareció misteriosamente en Chile como secretario de la Universidad de Valdivia. Actualmente hace teatro y estrenó con éxito —y en breve lo hará en Nueva York— "Mía es la venganza", con Esteban Serrador y Malú Gatica.

Y sigue siendo uno de los tipos más misteriosos y espectaculares de Chile, digno de haber sido pintado por Paul Morand.

Nace el grupo "Avance".

El grupo "Avance" fue fundado 4 meses antes que cayera Ibáñez. Nació en una vieja casa de la Gran Avenida y sus primeros miembros fueron Oscar Waiss, Tomás Chadwick, Juan

Picasso (muerto), el Dr Cabello (actualmente en Checoslovaquia), Roberto Alvarado, presidente más tarde de la FECH en dos ocasiones; el Dr. Sepúlveda, y otros.

Fueron la base de la lucha contra el Presidente en la Universidad y más tarde se les agregó Marcos Chamudes, que venía llegando del Perú. Había partido aprista y admirador de Haya de la Torre, pero en Lima, y especialmente en la terrible cárcel del Frontón, viró hacia la extrema izquierda. Fue él quien trajo el "Compagni Avanti", que fue el himno de batalla del Partido Comunista italiano en los heroicos tiempos de la lucha contra el fascismo. El "Compagni Avanti" fue la canción de guerra del grupo y fue cantada por primera vez cuando los carabineros (antes de la caída del General) rodearon el cuartel general de Avance y los hicieron salir de dos en dos.

La verdadera lucha de Avance comienza el 20 de julio de 1931 con la lucha directa contra La Moneda, que iba a culminar más tarde con la caída de Ibáñez el día 26. El año 32 es el año de Avance con la presidencia de la FECH de Roberto Alvarado y la lucha que ya se perfila entre stalinistas y trozkistas.

Renovación, padre de la Democracia Cristiana.

El grupo universitario "Renovación" nació a la caída de Ibáñez. Sus dirigentes fueron Manuel Garretón, Bernardo Leighton e Ignacio Palma. De aquí salió más tarde la Falange Nacional, cuyo nombre lo tomó Manuel Garretón de la Falange Española, a pesar que no tenía nada que ver doctrinariamente con ella. Y más tarde, de la Falange nació la Democracia Cristiana.

Naturalmente, era mucho más fuerte en la Universidad Católica que en la de Chile. Y la lucha se planteó con el gru-

po "Avance". Manuel Garretón parte a España el 34 y allí se siente fuertemente influenciado por Gil Robles y Angel Herrera. Robles acaba de fundar Acción Popular, que es el eje de la CEDA que tomará más tarde el Gobierno y que llevará al país a la Guerra Civil. Angel Herrera es el teórico y el órgano de batalla es "El Debate", diario admirablemente escrito. La técnica callejera es totalmente fascista y a Gil Robles se le llama "El Jefe".

Algo de esto me cuenta Manuel Garretón en su casa de la calle Alonso Ovalle al llegar a Lord Cochrane. Mientras tanto, Leighton vive modestamente en una pensión de la segunda cuadra de la calle Carmen, de donde va a salir llamado por Alessandri para ocupar, a los 27 años, el Ministerio de Educación al cual renunciara únicamente cuando se produce la quema de una edición de "Topaze". Bernardo era el ídolo de toda una generación y tenía en esos años infinitamente más fama que Frei. Tomic no figuraba en nada y el jefe indiscutible de todo el grupo, que más tarde formaría la Democracia Cristiana, es Garretón Walker.

Leighton, que estudiaba leyes, era ayudante de uno de los hombres más inteligentes que haya habido hasta la fecha en Chile, don Roberto Peragallo. Don Rafael Luis Gumucio, que había renunciado espectacularmente a "El Diario Ilustrado", del cual fue director durante años y donde mantuvo la feroz lucha contra Alessandri primero y más tarde contra Ibáñez, era el padre espiritual de la Falange. Fue Gumucio el que calificó a "El Diario Ilustrado" de "felón".

Las canciones revolucionarias.

El himno de guerra de los comunistas en los primeros tiempos fue lógicamente la Internacional, que es lo más parecido que existe a un serio, grave y solemne himno luterano

y que nadie se explica cómo ha servido para hacer una revolución en el mundo. Más tarde el grupo "Avance", y gracias a Marcos Chamudes que la importó del Perú, aprendió a cantar:

Compagni avanti
sensa quatrini
que a Mussolini se le ahorcará...

Cuando viene la Guerra Civil española los comunistas chilenos ponen de moda el himno oficial del Partido en España y cantan:

Con el Quinto, quinto, quinto,
con el Quinto Regimiento,
va toda la flor de España,
la flor más roja del suelo.

Los fascistas cantan "Giovinezza" y los ultra nazis incurables el "Horst Wessel".

Y así, cantando y cantando, pasan los olvidables y revolucionarios años que van del 31 al 39.

Cuando fui académico.

El 31 fui presidente de la Academia Literaria del Aplicación y descubrí como poeta a Braulio Arenas cuando recitó con una voz solemne un poema que comenzaba así:

"Niña desnuda
caja de luna..."

Más tarde íbamos a sacar una revista que se llamaría "Tejado" (escrita a máquina y con monos míos) que iba a publi-

car por primera vez en Chile las traducciones de Apollinaire y de Cotteau.

El 34, bajo la presidencia de Manuel Arellano Marín, en la Escuela de Leyes de la Católica, actué como orador por primera vez en mi vida. Hice unas siluetas de don Carlos Casanueva, don Pancho Vives, don Roberto Peragallo y don Alberto Cumming que eran los profesores más destacados de la Universidad.

Tuvieron un éxito rotundo y salí entre las ovaciones cerradas... de mi pobre abuela que había ido especialmente a ver las gracias de su nieto.

En vista del éxito anterior tracé unas 10 siluetas del momento internacional (Berlín, París, Londres, Nueva York, etc.) que fueron anunciadas con un volante que decía textualmente:

“Escuche al héroe de las siluetas”.

Fue mi estreno en sociedad como improvisador, que más tarde iba a aprovechar en la radio con “Yo lo conocí” sin usar jamás un papel para hablar en público.

Cuando cayó Alfonso XIII.

En 1931 se derrumba la vieja y apolillada monarquía española y cae Alfonso XIII que parte y muere más tarde en París. Sube Aniceto Alcalá Zamora. Con los años el pobre viejo iba a llegar a Chile con los bolsillos totalmente planchados por el grave delito de haber sido honrado, y se gana la vida dando conferencias en el Caupolicán.

La caída de la monarquía española fue celebrada en Chile como si se tratara de una nueva caída de Ibáñez. En el Municipal hubo una velada solemne en la cual el León no se perdió la ocasión de hablar para pavimentarse hábilmente el camino hacia La Moneda.

Cinco años más tarde iba a llegar a Chile la trágica noticia del alzamiento del Cuartel de la Montaña de Madrid y el comienzo de la guerra civil española.

La caída de Ibáñez.

El 20 de julio del 31 el general Ibáñez estaba seguro en el poder, pero no se había dado cuenta que la tempestad rugía bajo el sillón dorado de La Moneda. Llamó a Blanquier y este fue el comienzo del fin. Blanquier abrió la boca y dijo cómo estaba la economía nacional.

En el suelo.

El 20 los estudiantes se tomaron la Universidad. Los dirigía el grupo "Avance", que se había fundado cuatro meses antes, y el líder más visible y el mejor orador era Julio Barrenechea Pino, un estudiante delgado como una navaja Guillette que hablaba como Dios.

Los estudiantes se armaron de algunas pistolas viejas y unas escasas carabinas, parientes de la de Ambrosio, y colocaron una pizarra en la fachada que decía "Libertad". Los carabineros comenzaron a hacer ejercicios de tiro mientras el Club de la Unión, que siempre ha tenido un espíritu intensamente cristiano, les mandaba de comer a los estudiantes los mejores sandwiches que se preparan en Santiago.

A los dos días el chico Leighton ("El Pope") llevaba la Universidad Católica a reunirse con sus colegas de la Universidad de Chile, y Leighton y Barrenechea se estrecharon en un simbólico abrazo. Ardió la calle. Un carabinero ensartó literalmente con su lanza a un pacífico transeúnte en la esquina de Agustinas con Tenderini. Hasta hace tres años había una cruz pintada de negro en la muralla del Teatro Municipal recordando el hecho.

Yo tenía 12 años, pero creí que había llegado la hora de ingresar en la historia patria y me colé en la Universidad. Allí vi a Marcos Chamudes que decía textualmente:

—“Este es el momento de que los estudiantes no se queden en la Universidad burguesamente, sino que salgan a la calle a hacerle frente a los carabineros”.

Unos tontitos, que nunca faltan, creyeron que formaba parte de la revolución hacer tiras el paraninfo del Salón de Honor para darle más color a la revuelta, y así desaparecieron algunas de las calvas más respetables de la historia nacional.

Caía la gente en la calle. En las esquinas los carabineros disparaban al aire al comienzo, y más tarde a bulto. Comenzó la fúnebre lista de los muertos y, naturalmente, aumentó el terror. Se cuadraron los médicos, los abogados y los partidos políticos. Algunos de los generales del ejército y de carabineros que rodeaban a Ibáñez, le aconsejaron más “mano dura”. Hubo más muertos. Cayó Pinto Riesco y más tarde Zañartu. En la calle Arturo Prat se inició el alegre deporte de huir de los carabineros después de gritar “¡Muera Ibáñez!”. Corrían las balas y los palos. Los estudiantes seguían en la Universidad. Subió la presión, y cuando los médicos tomaron el acuerdo de no atender a un solo herido más, cayó el general.

A las 12 del día 26 de julio salía rápidamente para la Argentina y un viejito del siglo pasado y que tenía cara de álbum de familia, don Pedro Opazo Letelier, tomaba en sus liberales y patricias manos las riendas del poder.

Esa tarde yo recorrí la revolucionada capital en el techo de un tranvía 19, en una ciudad sin carabineros y en medio del histerismo colectivo.

Volví a las 12 de la noche con cara de padre de la patria y de sobrino de O'Higgins, por lo menos...

Cuando asesinaron a Alberto Zañartu.

Mi profesor de Historia en el Liceo de Aplicación en 1931, era don Alberto Zañartu. Da no sé qué decirle "don" porque se trataba casi de un muchacho, que usaba lentes ahumados y hablaba en tono grave. Vivía predicando la no violencia y el respeto a la persona humana. Con Piga, Soto y Navarro, eran lo mejor que tenía el Liceo.

Un día comenzó la lucha contra Ibáñez. Con voz suave y poniéndose los pulgares en la sisa del chaleco, el profesor Zañartu nos explicó las ventajas de la libertad sobre la tiranía.

No dijo más.

El 24 de julio mataron a Pinto Riesco. El profesor Zañartu fue, como todo el mundo, a dejarlo al Cementerio. Allí no faltó el carabinero que lo tumbó de un tiro. El tiro más injusto de la represión callejera.

El sábado 26 de julio caía Ibáñez y esa misma tarde un mar humano, en el cual naturalmente estaban sus alumnos, iba a dejar el profesor Zañartu en medio de un océano de banderas chilenas.

Había ganado su batalla después de muerto.

Nacen "Topaze" y "Wiken".

En la calle Moneda entre Teatinos y Amunátegui había una antigua casa que ya no existe. La casa tenía dos patios. En el primero funcionaba "Topaze". En el segundo "Wiken". Al fondo vivía Elena Wilson, hermana de Santiago y escultora que más tarde se casó con Raúl Morales Alvarez. De esa

casa salió Luis Meza Bell en enero de 1932, a las 10 de la noche. Había desatado una campaña feroz contra Investigaciones y lo mandaron matar.

Lo esperaron a la salida en un auto con el motor en marcha. Le dieron un empujón y se lo llevaron desmayado. Lo mataron en Carrascal. Esa noche hubo conmoción pública en Santiago y se le echó la culpa al Gobierno. El cadáver apareció tirado en un zanjón en la madrugada. Fue velado en el hall de "La Nación" y hubo cola durante horas. Asumió la dirección de "Wiken" Ricardo Latcham y más tarde Jacobo Nazaré.

En el primer patio y con vista a la calle funcionaba la revista "Topaze", que fue un éxito desde la partida. Director era Coke, que había llegado recientemente de Estados Unidos enviado por Ibáñez (hecho que ha negado en más de una ocasión). Los socios capitalistas fueron Délano, Blaya Allende y Jorge Sanhueza (Pichiruche). Dibujaban Fantasio, Ares, Pekén y varios más. La revista se agotó rápidamente y fue el golpe periodístico de esa época que explotó a fondo la caída del general.

La insurrección de la Escuadra.

Cuando viene la rebelión de la marinería y los tiroteos en Copiapó, actúa Marcos Chamudes en Santiago. El Partido Comunista tiene un local en la calle Santo Domingo al llegar a Teatinos que cuenta apenas con una pieza. Chamudes sale en auto a la calle con una pistola para llamar al pueblo a solidarizar con los marinos. El Gobierno llama a Julio Barrenechea para que hable con ellos. Barrenechea les contesta:

—Si me mandan a mí me pondré al lado de ellos...

Y recomienda a Bernardo Leighton. Este parte de Santiago y monta en lancha en Coquimbo para subir al Almirante Latorre. Celebra una larga conferencia con el Guatón González y los amotinados. Y los convence de que no sacan nada con seguir la revuelta adelante.

No falta quien le echa la culpa al León de que actúa en la sombra. Lo mismo se dirá más tarde del 4 de junio. Don Arturo casi sufrió un infarto el día que se lo dije.

Los comunistas sacan un diarito de color verde en Santiago que se llama "Bandera Roja". Entre otros escriben en ese tiempo Salvador Reyes y Lenka Franulic.

Vienen los tiros y los muertos de Copiapó y más tarde el proceso.

Me tocó asistir a los alegatos en la Corte. Era la primera vez en mi vida que veía una cosa así y recuerdo aún la maravilla de oratoria de Daniel Schweitzer, Neut Latour y de Pedro León Ugalde.

En el libro "La noche quedó atrás" de Jean Vallín aparece el levantamiento de la marinería chilena como ordenado desde Rusia por el Kremlin.

Jacobo Nazaré, que fue poco más tarde director de "Wiken", escribió un libro apasionante sobre el levantamiento que se llamó "Insurrección".

Como dato histórico: como de costumbre Chile está a la moda. El levantamiento de la escuadra nuestra ocurrió pocos meses más tarde que el de la severa y célebre marina británica.

Una academia en plena Quinta.

En 1931 fundamos con un grupo de amigos la más pintoresca academia de oratoria que ha tenido Chile.

Funcionábamos en la Quinta Normal ante los espantados ojos de los canutos y del público y tratábamos de imitar a Ci-

cerón y a Demóstenes. Nos paseábamos alegremente por la Revolución Francesa y la célebre Convención y el que menos se sentía un Robespierre o un Danton en potencia.

Formaban la plana de oradores Pimpín Alcaide, Tito Bahamondes, Jorge Cash (que comenzaba a leer a Jacques Maritain y a Eduardo Frei), Fernando y Carlos Sanhueza, Arturo Cifuentes, Ernesto Varas (que ya va para obispo y al que le decíamos cariñosamente "El Muerto"), Luis Rau, Gonzalo Bulnes y varios más.

Hablábamos generalmente colgados de los árboles y nos poníamos temas como estos:

—Defensa del Rey Luis XVI ante la barra revolucionaria.

—Discurso de Lenín al llegar a Petrogrado.

—Oración fúnebre en la tumba de O'Higgins, etc.

Pero un día nos estiramos los pantalones y la flamante academia de oratoria pasó rápidamente a archivar en el desván de los recuerdos sentimentales y melancólicos.

El guatón Cordero.

Nadie ha inventado un género periodístico más original que el célebre guatón Cordero. Hasta entonces la sección policía se hacía en serio y concretamente en trágico, Julio Cordero, que trabajaba en "El Diario Ilustrado", descubrió la técnica de tomarle el pelo a los ladrones y reírse de los delincuentes. Sus crónicas aparecían ilustradas con dibujos de Jorge Christie, padre del Chu-Man-Fu y de la célebre frase "Quelel tandeal", fallecido prematuramente.

Fue tanto el éxito de la nueva sección que el diario volvió a los tiempos de los grandes tirajes. El gordo había hecho el milagro de tomarle ágilmente el cabello a los "malulos" de todo Chile.

En 1931 se presentaron dos candidatos a la Presidencia de la República. Eran don Arturo Alessandri, que venía de Europa después de varios años de destierro, y don Juan Esteban Montero, que fue el candidato de las señoras de Santiago. Don Juan Esteban vivía en la calle Santo Domingo al llegar a Teatinos y don Arturo en su viejo cuartel general del año 20, en la Alameda al llegar a San Diego.

Las señoras le pidieron a don Juan Esteban (don "One Step" para "Topaze") que se sometiera y él contestó históricamente: "Me someto".

El León creyó que no había pasado un día desde el año 20 y que la carrera era corrida. No había tal. La campaña de don Juan Esteban estaba hecha desde la partida sin moverse de su casa. Don Arturo habló, recorrió el país e inflamó a la juventud. Toda la vieja izquierda con Pedro León Ugalde a la cabeza estuvo a su lado. Lanzó un diario de batalla que incendió al país, pero la tarde de la elección se supo que don Juan Esteban había ganado lejos.

Indignado Pedro León Ugalde le dijo a don Arturo que se lanzara a la calle y desconociera el resultado de la elección. El León se había hecho prudente con los años y le contestó que no. Esto bastó para separar para siempre a los viejos amigos de toda una vida.

Y la enemistad entre ambos duró hasta la muerte de Pedro León, cuando don Arturo se negó a brindarle los honores de General de la República que merecía como senador. Más aún, esa tarde en el Cementerio General hubo palos y quedaron varios heridos.

El grupo secundario Vanguardia.

En vista que los universitarios habían fundado "Avance", los chicos fundamos rápidamente "Vanguardia" con la misma tendencia doctrinaria (comunista). Me acuerdo de algunos de sus miembros: Solari (muerto trágicamente en la cordillera), Schakman, Carlos Sanhueza (muerto igualmente en forma trágica a la entrada de Santiago), yo y varios más.

Nos reuníamos en la misma Escuela de Leyes y éramos severamente vigilados por los muchachos de "Avance" que nos mandaban una especie de comisario a saber cómo marchábamos doctrinariamente.

Participamos activamente en las elecciones de la Federación de Estudiantes Secundarios y más tarde en el 4 de junio (Guardias Obreras, etc.).

Nos reuníamos en una vieja casa de la calle Moneda que pertenecía a un judío que nosotros encontramos igual a Trotsky. Nos alimentábamos espiritualmente de los primeros libros de Marx, de la biografía de Lenin, de Osendowsky, de "Mi vida" del creador del Ejército Rojo que me prestó un ex dirigente demócrata de apellido Venegas que había sido perseguido por Ibáñez y que vivía al final de la calle Molina. Sus hijos eran compañeros míos en el Aplicación.

El camarada Pedro.

Varias veces la Internacional Comunista ha mandado rápidamente delegados y observadores a ver cómo marcha el PC en Chile. La primera fue en 1932 cuando llegó un ruso que se hacía llamar el "camarada Pedro" y que se alojó rumbosamente en el Hotel Crillón. Era la época en que se iniciaba

la lucha entre stalinistas y trozkistas. El camarada Pedro citó secretamente en los subterráneos de la Escuela de Leyes a los dirigentes de ambas fracciones (Oscar Waiss por los trozkistas y Tomás Chadwick por los stalinistas) y a través de MacGinty los "confesó" de tal manera que Waiss indignado le contestó secamente:

—Señor, yo he venido a un acto político y no a dar examen.

Lo que molestaba más al dirigente ruso era la presencia de un retrato de León Trotsky en la muralla.

En los cuarteles de la bohemia.

En la historia de la vida bohemia de estos años hay que anotar varios sitios famosos.

Antes que nada el Café Santos (en los bajos del cine Central) donde había una mesa nacista, una mesa falangista, una mesa liberal y una mesa socialista. Se discutía a la hora del té a gritos.

En la noche el lugar de reunión obligado (equivalente al Bosco actual) era la fuente de soda Iris, que se hizo famosa porque todas las noches, a la una, llegaba puntualmente Rosseti, Juan Luis Mery, los jefes de la izquierda, el guatón Valenzuela, redactor político del diario, y los poetas populares de la época.

En la Confitería "Torres" (de la época del Centenario y que todavía existe), se reunía la gente más o menos derechista. En el Café "Volga", donde mataron a Barreto, se reunían los socialistas y en el "Jockey" (primera cuadra de Ahumada) la pija de la Universidad Católica que jugaba cacho después de comer los célebres pequeños que se vendían en la Alameda en un rincón al llegar a Teatinos.

Las primeras boites que hubo en Santiago datan de la misma época. Fueron la boite "A Guitarre", en lo que es actualmente el Registro Electoral (Huérfanos entre Morandé y Teatinos) y la boite "Africa" en Moneda al llegar a Bandera. Y finalmente la gente más menuda se entretenía en las tardes en caerse alegremente en el Salón de Patinar que quedaba en la calle Riquelme y luego en la Alameda entre Almirante Barroso y Riquelme, donde más tarde Coke filmó "Norte y Sur".

Las primeras revistas después del 31.

En 1930 comienza el despertar total de Chile y naturalmente tiene que caer el general Ibáñez. Los intelectuales de izquierda se agrupan en "Índice" y más tarde surge "Letras", que ha sido la mejor revista literaria que ha habido en Chile aunque se enojen "Atenea", "Arauco" y "Mapocho". En el terreno humorístico se funda "Topaze". En el sensacionalista, "Wiken". La madre espiritual de la izquierda es "La Opinión" y en breve surge como el diario mejor hecho, más serio y mejor escrito "La Hora", que dirige el Negro Jara en una vieja casa que se equilibra en los faldeos del Santa Lucía y que es la tía espiritual de "La Tercera" actual. Los estudiantes editan "Avance", "Fech", "Izquierda" y varios más. Los comunistas lanzan "Bandera Roja", que es la madre de "Frente Popular" y luego de "El Siglo" actual.

Un ídolo: Flores.

En la década que va del 30 al 40, el ídolo de todo Chile es Alejandro Flores. Con el gran Rafael Frontaura y con Venturita López Piriz fueron los tres mosqueteros de la noche

santiaguina. Con "Ferdinand Pontac", de Mook, lloró toda una generación y yo me dediqué en la casa de Carlos Sanhueza a imitar a Alejandro y hablar emocionadamente en francés copiando al personaje.

Flores trabajaba en el Carrera y yo me entraba todas las tardes gratis a galería por una calle que daba al viejo Palacio Concha Cazotte. En el primer acto estaba en galería, en el segundo en balcón y terminaba feliz el tercer acto en platea. Cuando se lo conté años más tarde a Flores, me dijo:

—¿Por qué no me pediste entrada gratis a mí y habría sido mucho más práctico...?

En esa época Lucho Córdoba comenzaba, y su futura esposa, Olvido Leguía, estaba casada con el gran Valenti, que es uno de los mejores actores que ha pisado la escena nacional.

Flores comenzó en el Carrera y siguió más tarde al Comedia. Cuando cayó Ibáñez se le dio el nombre de "Libertad" y posteriormente el de "Alejandro Flores". A petición especial del actor, se le mantuvo el primer nombre. Con la guerra iba a ser el cuartel general de propaganda nazi, y los alemanes, con perfecta cara de chop y hasta espuma en la calva, iban a ver cómo avanzaba Hitler sobre la desolada Europa.

El notable grupo Euntes.

En 1931 yo vivía en la calle Libertad entre Catedral y Compañía. En la esquina de Libertad con Santo Domingo estaba, y está aún, la iglesia de San Saturnino. Cura párroco de la misma era don Oscar de la Fuente, que tuvo la feliz idea de fundar un grupo totalmente heterogéneo donde había gente de izquierda y de derecha: "Euntes". A las reuniones de los domingos asistían, entre otros, Enrique Alcalde (conservador)

y Baloffet (anarquista). Los diálogos eran apasionantes y, naturalmente, se discutía el marxismo, las Encíclicas de los Papas, la actualidad chilena, etc. Se tomaba castamente una tassa de té y nunca hubo un sí ni un no.

Yo asistía naturalmente en calidad de intruso con mi amigo Pinpín Alcaide.

La inolvidable Plaza Brasil.

El que pase hoy por la Plaza Brasil y la ve sola y abandonada, no se imaginará jamás lo que fue hace 30 años atrás. El paseo propiamente tal era por la calle Huérfanos, las parejas pololeaban en la calle Maturana, los jubilados, bomberos y mamás vigilando a sus hijas en la calle Compañía, y finalmente los "afuerinos" se colocaban en la calle Brasil.

En la noche, después del paseo, se discutía parados en los bancos de la calle Huérfanos hasta las 2 y 3 de la madrugada. Allí se habló por primera vez del partido comunista, del socialista, de la Milicia Republicana y de la Liga Social de Chile, etc.

Los cines del barrio eran el Brasil (que ya no existe y que estaba en la esquina de Brasil con Huérfanos) y el Novedades, que queda en la calle Cueto. Los centros sociales eran las pastelerías que quedaban frente a la Novena Compañía de Bomberos (que contaba hasta con voluntarios infantiles) y la que estaba frente al cine Brasil. Más tarde se instaló una especie de boite en los altos del que es hoy el teatro Alcázar.

Pero la plaza que yo conocí no es ni la sombra del fantasma actual.

Debut en el periodismo.

Conocí a Juan Tejeda Oliva (Máximo Severo) en la Universidad Católica y más tarde nos hicimos íntimos amigos. Juan, que tenía unos pesos, los arriesgó para fundar una revista humorística: "Cacareos". La sacamos con su hermano Manuel (el Mono) e instalamos la oficina en un taller de carpintería de la calle Santa Mónica cerca de la casa de los Tejeda. Allí, con olor a viruta en la nariz, trabajamos intensamente para hacerle ingenuamente la competencia a "Topaze". Yo no sabía escribir a máquina y hacía mis "genialidades" a mano. Fue mi estreno en sociedad en las lides periodísticas. La revista, naturalmente escasa de capital, sin red distribuidora, con poco personal y cero experiencia comercial, falleció al poco tiempo de muerte natural, pero fue una bella aventura que no llegó más allá del Barrio Brasil, que era nuestro cuartel general.

La Liga Social.

Ya casi nadie se acuerda de la Liga Social de Chile, que tuvo una importancia fundamental en la vida política nacional. La fundó el padre Fernando Vives (no confundir con don Pancho, ex Vicerrector de la Universidad Católica en la época de don Carlos Casanueva) a la luz de las Encíclicas. Dirigentes de la Liga fueron, entre otros, Jaime Eyzaguirre (historiador) y Julio Philippi (ex Ministro de Relaciones Exteriores y cuñado del anterior):

La derecha atacó duramente a la Liga y personalmente al padre Vives. Con el otro padre Vives hizo lo mismo y lo archivó en la Iglesia de Santa Ana como párroco. Pero la se-

milla de la Liga iba a ser la base más tarde a la doctrina de la Falange y de la futura Democracia Cristiana, a pesar que sus dirigentes no actuaron directamente en política contingente y se mantuvieron al margen de la lucha electoral.

Periodismo con ácido nítrico.

Hay dos tipos de periodismo que vale la pena destacar en esta época. Antes que nada en "Wiken" las acres siluetas de Ricardo Latcham (director) contra don Carlos Casanueva, Ricardo Boizard, Cucho Edwards, Enrique Cañas Flores y Jenaro Prieto. Pocas veces se ha escrito algo más quemante y con más ácido nítrico en la prensa nacional. Sólo Volpone, en la segunda época de Ibáñez, va a usar un estilo parecido contra la oposición y especialmente contra los radicales.

En "Topaze" se destacan los admirables editoriales de Gabriel Sanhueza, que son un modelo de humorismo, de gracia y al mismo tiempo de buen sentido. A su lado los editoriales actuales son una amable invitación al bostezo.

La primera librería comunista.

En la calle Teatinos, por allá por el 32, funcionó la primera librería comunista de Chile. Por lo menos la primera que yo conocí. Pertenecía a Julio Walton y era editorial aparte de librería. Allí se lanzaron los primeros libros de Lenin y de los grandes novelistas de izquierda rusos.

En las paredes había cuadros ultra modernos y en la tarde se celebraba una tertulia a la cual asistían todos los pintores, dibujantes, escultores y dirigentes universitarios de izquierda.

Estaba donde ahora se alza el Hotel Carrera y nunca una librería ha tenido más influencia política en el desarrollo de Chile.

La vieja "Opinión".

El órgano de batalla más importante que haya tenido la izquierda hasta la fecha fue "La Opinión", que estaba en una vieja casa de la Alameda de las Delicias frente a Estado que fue demolida hace sólo dos meses. Dueños de la misma eran don Juan Luis Mery y Juan B. Rosseti. Rosseti era el autor de los sesudos editoriales que el chico redactaba velozmente en la noche y que tenían tanto peso en la opinión pública como los de "El Mercurio". Escribían, entre otros, Osvaldo Labarca (Voltaire), Pablo de Rokha, Augusto D'Halmar y varios connotados líderes izquierdistas. El diario al comienzo era rosado y más tarde salió blanco. A pesar de lo chico (6 páginas) hacía temblar al gobierno de Alessandri durante la época que va del 32 al 38. De "La Opinión" partió el decisivo apoyo de los ibañistas a Pedro Aguirre Cerda y la sensacional campaña después del 5 de septiembre pidiendo justicia inmediata. A mí me dijo el 8 de septiembre al verme llegar a su oficina:

—No puede ser, Ud. está muerto. A Ud. lo mataron en la Caja de Seguro Obrero.

Y me agregó, una vez que se convenció que estaba efectivamente vivo:

—Mañana mismo me hago nacista. En estos momentos es un honor pertenecer al Movimiento Nacional Socialista.

Con los años y la partida de Rosseti a París como embajador (1953) fue languideciendo el diario. Don Juan Luis Mery mantuvo hasta el final la antorcha encendida y la fe en que la sacaría de nuevo. Y hasta ahora si Ud. le habla del diario, le dirá románticamente:

—En una semana más “La Opinión” está en la calle...

Santiago Labarca habla de Trozkzy.

En 1931 llegaron los llamados pintoresca y jugosamente “Perseguidos de la dictadura”. Eran los mismos políticos que el general Ibáñez había hecho salir a paso de polca del poder. Volvían llenos de nostalgia y de odio y listos para administrar hábilmente la simpatía con que los recibía la gente que había hecho caer al dictador. Entre ellos venía Santiago Labarca, que 11 años antes había sido el ídolo de la juventud de izquierda y el “sí de las niñas”, de las románticas muchachas de su época.

Volvió cojeando desde Turquía y anunció una conferencia en un viejo local anarquista de la calle Artesanos para contar cómo había conocido, había saludado, había bromeado y finalmente había aconsejado políticamente a León Troztky.

Para gente como yo, que venía saliendo recién de los libros y para quien el genial creador del Ejército Rojo y el padre de la generación del año 20 eran dos banderas de combate, la ocasión no podía ser más emocionante. Y me senté en el suelo de tierra a primera hora.

El local (que lógicamente ya no existe) tenía capacidad para 200 personas y concurrieron 500. Santiago Labarca ha-

bló durante una hora y demostró que era uno de los tipos más yoistas y al mismo tiempo más ingeniosos con que contaba el país y que justificaba plenamente la fama que había alcanzado dos lustros antes.

Un año más tarde fue Ministro de Educación de don Juan Esteban Montero y no se le ocurrió nada mejor que llegar de frac a una concentración en el Teatro Municipal que era lógicamente en traje de calle.

¡Pero lo que contó sobre Trotzky fue genial!

Y los cabros de esa época salimos con cara de guardias rojos a la calle.

La piscina de la Quinta.

La piscina de la Quinta Normal que actualmente es un perfecto basural, fue un día un pozo de historia. Allí se realizaron las primeras competencias oficiales de natación, allí aprendió a nadar Anita Lizana, allí se fundó la "U" y por allí pasó la plana mayor del deporte nacional.

Ahora es un triste y pobre fantasma del pasado que puede repetir la frase "Lo que el viento se llevó".

Como el resto de la pobre Quinta por lo demás:

Una casa fúnebre.

Una de las casas más misteriosas que ha habido en Santiago fue un edificio de departamentos que todavía existe en la calle Estados Unidos al lado de la embajada y que fue el aperitivo del futuro "Ritmo Loco".

En ella vivían Aníbal Jara, Roberto Aldunate, Molina La Hite y Blanca Luz Brum que acababa de llegar a Chile y que se paseaba en pantalones y con un elegante perro perdiguero por el Parque Forestal en medio de la expectación general.

Allí llegué yo una tarde a ver a una muchacha que me encantaba. Recuerdo que era maravillosa y que su apellido era Rodríguez. Me invitó a tomar té un jueves y me repitió la invitación para la semana siguiente.

Yo tenía 16 años y naturalmente mi amor era casto y romántico.

Cuando llegué lleno de ilusiones a verla, al día indicado, me salió a recibir su hermana totalmente de luto. Me dijo con la voz quebraba por la emoción:

—Ayer mataron a mi hermana... Un ecuatoriano le pegó dos tiros...

Las famosas “populares” del Dieciocho.

Para la gente que un día fue joven, quedan en el recuerdo las célebres “populares” del teatro Dieciocho en la calle del mismo nombre, primera cuadra, en la década del 30 al 40. Allí todos los lunes, pagando la fabulosa suma de un peso veinte, se podía ver a las muchachas más bonitas de Santiago. La vida social no estaba tan diluida como ahora y la capital era mucho más chica. Puntualmente a las 6 y media de la tarde nos poníamos en fila a la entrada del cine para ver a las “mujeres más lindas del mundo”.

¿Qué pasó más tarde? Que se casaron, que se repartieron, que se fueron al Barrio Alto, que ya no van al cine y que, naturalmente, “los de entonces ya no somos los mismos”, como en el poema de Neruda.

Pero cuando pasamos por la calle Dieciocho y vamos a tomarnos un trago a la histórica confitería "Torres" (Belle Epoque pura), se nos encoge el corazón.

El León de nuevo a La Moneda.

En 1932, Grove da el golpe del 4 de junio y se produce una sucesión de marchas y más marchas de tanques hacia La Moneda hasta que se restablece el orden constitucional y se llama nuevamente a elecciones.

Se presentan 5 candidatos. Son Rodríguez de la Sotta, conservador; Enrique Zañartu, liberal y papelerero; Grove, socialista; Alessandri (como de costumbre), por parte de la izquierda moderada y del centro, y el viejo Lafferte por el pequeño Partido Comunista.

Zañartu cree que va a ganar e instala su cuártel general en los altos de "La Opinión". Rodríguez de la Sotta es proclamado en el teatro Miraflores, que pertenece a los padres mercedarios y en que habla el viejo Ladislao Errázuriz Lazcano que es interrogado burlescamente desde la galería sobre la llamada "Marcha de don Ladislao" el año 20. El líder liberal se indigna y contesta:

—La llamada Marcha de don Ladislao fue un acto de legítimo patriotismo y un honor para el país.

Yo me dedico con unos amigos a lanzar, por bromas, proclamas de Lafferte desde el cuartel general del Chico Zañartu. Grove se trabaja la calle y el socialismo incipiente. El León se mueve como una ardilla y hace cantar a su gente (que ya no es la "Querida Chusma" del año 20 y que ahora es grovista) el viejo "Cielito Lindo". En la tarde se sabe que el León ha logrado borrar la derrota del año anterior y que vuelve en gloria y majestad a "la casa donde tanto se sufre".

El palito que le pusieron a Grove.

La jugada más sucia que se le ha hecho a un candidato a la presidencia hasta la fecha, es la que se le hizo al pobre don Marma en 1932. Primero que nada se le había empaquetado con Eugenio Matte y despachado rápidamente a la isla de Pascua para que "no molestara". Pero el pueblo lo proclamó candidato a la presidencia para disputarle la banda al León. Este se consiguió hábilmente que se dejara volver a Grove... pero al día siguiente era la elección.

La jornada fue un domingo, y ganó don Arturo que no podía dormir de noche pensando que alguien podía ser presidente de la república fuera de él. El lunes llegó Grove a las 6 de la tarde a la Estación Alameda. Una masa imponente —como la que ya no tenía el León— fue a esperarlo, y lo llevó en andas hasta "La Opinión". Allí habló entre los vigilantes fusiles de los carabineros que jugaban naturalmente por el equipo del Gobierno. Matte y él fueron anunciados con estremecedores toques de corneta. Ambos se quejaron de la intolerancia e inconcebible intervención electoral, pero ya el León se estaba probando la banda tricolor.

Tenemos fama de politiqueros, pero en el fondo actuamos en una forma bastante ingenua y a la vista de todo el mundo. Cuando se trataba de que ganara Jorge Alessandri, se contrató públicamente al cura de Catapilco para que le quitara votos a Allende. En la última elección comenzaron a tomarse por asalto la totalidad de las radios y de la prensa como nunca se había visto hasta la fecha, en la agitada historia del país. Y se mantuvo a Durán para impedir públicamente que los radicales (que son laicos antes que radicales) se marcharan sencillamente con el candidato del FRAP.

Cuando se trataba de imponer a Ross, el jefe de su campaña fue el propio León desde La Moneda. La derecha no le ha hecho nunca asco a ningún candidato. Fue anti-ibañista

el 31, ibañista el 42 contra Ríos, y finalmente volvió a ser anti-ibañista el 52.

Como puede verse en este país que tiene fama de vivo, se juega con las cartas sobre la mesa.

El inolvidable Eugenio Matte.

En 1933 surge un senador de izquierda como no lo ha tenido más tarde ese bando político. Tiene la elocuencia de Danton, la frialdad de Robespierre y el rigor doctrinario de Saint Justs y sus discursos en el Senado recuerdan vagamente la tónica y la mística de la vieja Convención francesa.

Se trata de Eugenio Matte Hurtado que es Serenísimo gran Maestre de la Masonería, que ha sido jefe del Cuerpo de Bomberos y fundador de la NAP que sería más tarde la madre del Partido Socialista.

Matte tiene todo: fortuna, voz, elocuencia, se conoce de memoria a la gente que va a atacar porque ha crecido entre ella, y finalmente no se inclina ante nadie. Es socialista mil por mil y como tal deshace en históricos discursos los mensajes que el sufrido León manda puntualmente a la Cámara Alta.

Desgraciadamente la carrera de Matte es demasiado breve. Está herido de muerte y fallece cuando la izquierda esperaba todo de él.

Yo vi la capilla ardiente llena de flores rojas. Allí estaba pálido y demacrado con los ojos abiertos y clavados en el vacío.

En el Cementerio General hubo discursos y palos. El León debutaba en la nueva costumbre de apalear por intermedio de los carabineros a la gente que cometía la falta de respeto de ir a dejar los restos de un senador de la oposición con los honores correspondientes.

En 1934 regresó a Chile después de muchos años, el poeta Vicente Huidobro que se firmaba "Vincent Huidobro, poète français né a Santiago du Chili". Había sido el padre del creacionismo y escribía en francés con la misma facilidad que en español. Sus libros "Horazon Carre", "Tour Eiffel" y varios más fueron escritos alegremente en lengua gala. Y en París se le conocía más que en Santiago. En 1925 fue candidato a Presidente de la República en broma. Uno de los puntos de su programa era la demolición de la entrada al Cerro Santa Lucía por la Alameda.

Cuando volvió lo hizo con Jimena Amunátegui, que se la había raptado antes en medio de la expectación de la solemne y prudente sociedad de Santiago. Tomó un departamento en la calle Cienfuegos y allí, por sacarle pica, le escribí en la plancha del timbre unos versos de su lejana juventud:

"Este viejecito que apenas se mueve,
es un veterano del 79".

Se indignó y declaró que yo tenía "Teté de nazi...".

Vicente era uno de los conversadores más geniales que he conocido y decía las imágenes con la misma facilidad que las escribía. Se asomaba a la ventana mientras Jimena y los amigos lo miraban con los ojos deslumbrados y decía:

—Anda una nube que la va rajar la torre de una iglesia y va a llover leche tibia sobre la piel de Santiago...

Naturalmente Neruda se indignó por la llegada de Vicente. Ambos se repartían a la juventud chilena. Anguita, el chico Molina, Braulio Arenas y varios más se convirtieron inmediatamente en la corte del poeta que, además, comenzó a escribir artículos de izquierda en "La Opinión" como De Rokha y D'Halmar.

Cuando el Duce se dio cuenta de que los buenos italianos se estaban cayendo al mar y que había que tener colonias como el resto de los países del globo, fijó la vista en la pobre Abisinia y en los relucientes negritos etíopes. Avanzó rápidamente, mandíbula en riste, y ganó las batallas con tanques y aviones contra los escudos y flechas del enemigo.

Naturalmente, en Chile la noticia provocó expectación. Fuera de la embajada italiana y las esquinas de Santiago con sus respectivos "tanos" adentro, todo Chile fue partidario de los negritos. No sacó nada la embajada con publicar folletos y más folletos para probar que los negros se comían a la gente al jugo y que reinaba la mas tremenda esclavitud en las tierras del pobre Negus.

La opinión pública chilena fue partidaria de los etíopes en un 99%. Y perdió el tiempo Fernando Ortúzar Vial con publicar un folleto de Mussolini que se llamaba "Qué es el fascismo...".

Los chilenos fuimos a través de la breve guerra partidarios acérrimos de los hermanos de color betún.

Los pocos films italianos de propaganda que llegaron a Santiago hubo que sacarlos rápidamente, en medio de las protestas del público.

Comienza la pelea entre los católicos.

La Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC) funcionaba en una vieja mansión en la Alameda al llegar a Lord Cochrane. Fue la pista de entrenamiento de la juventud que más tarde iba a formar la Falange Nacional y luego la

Democracia Cristiana. Allí habló por primera vez un joven y lírico futbolista de apellido yugoslavo que comenzaba a dedicarse a la política y que se llamaba Radomiro Tomic. Allí lanzó sus primeras paradojas Eduardo Anguita, que andaba con boina y que hacía el Ramón Gómez de la Serna chileno. Allí debutaron Manuel Garretón, Ignacio Palma y Bernardo Leighton. Allí comenzó la lucha entre la gente de la extrema derecha conservadora y la nueva ala que tenía a la Falange en la mente. Allí debutó Juan Tejeda y comenzó a filosofar Mario Góngora del Campo, que fue el gran teórico filosófico de la futura Falange y que más tarde se hacía comunista en los días de la guerra de España, para dedicarse finalmente a la investigación histórica.

Allí se jugaba billar y cacho y se daban conferencias. Y allí, entre charla y charla, comenzó a dibujarse el cuadro de la futura juventud católica que no aguantaba ya en los moldes del viejo Partido Pelucón y que estaba lista para dar el salto.

Salen del huevo los socialistas.

Los actos más revolucionarios se producen, generalmente, en los lugares más apacibles. La revolución francesa nació en medio de los calmados y románticos jardines del Palais Royal. La Rusa se inició con Lenin y Trotzki tomando café con leche en el "Dome" en París. Hitler parte con un chop en la mano en una cervecería de Múnich. En Chile el socialismo se funda en una llovida y triste casa colonial de la calle Serrano el 19 de julio de 1933.

Es el único partido que llegó al poder antes de fundarse, ya que el 4 de junio una proclama de don Marma decía textualmente:

“Hoy se implanta el socialismo en Chile” (1).

Lo traen al mundo Eugenio Matte, Grove, Carlos Alberto Martínez, Oscar Cifuentes, Eugenio González, Latcham, Barrenechea, Oscar Schnacke, y otros. Al año siguiente se funda la Federación Juvenil Socialista, de la que sale, solitario y callado, Raúl Ampuero, y peleando con la derecha, Aniceto Rodríguez y toda la plana que formara con el tiempo el potente partido.

El socialismo chileno es de mal genio. Debuta a bala limpia con los nacistas que le contestan en la misma forma. Caen Bastías, Llanos, Barreto y muchos más. Después le toca a los comunistas que le quieren disputar la calle a sus camaradas. En Lota corre la sangre entre los futuros aliados. A mí me toca ver en la Morgue de Rancagua un cadáver socialista junto a otro cadáver comunista. Como si faltara poco se agrega la lucha entre los comunistas que siguen los bigotes de Stalin y los que marchan detrás de la melena leonina de Trozki.

Llegan a la Cámara, al Senado, a los municipios y, finalmente, al Gobierno. De traje oscuro desfilan en carroza detrás de don Pedro el 38. Allende es nombrado ministro en el primer cambio de gabinete. Salen armados a la calle el 25 de agosto de 1939 para el Ariostazo. Es la época triunfante de Schnacke. A Grove le comienzan a bajar los puntos. Coke lo dibuja cruelmente en “El Diario Ilustrado” sentado como un anciano jubilado en la Plaza de Armas.

Alguien pregunta: ¿Y quién es ese caballero?

Otro contesta:

—Es un viejito que se dedicaba a hacer revoluciones hace muchos años.

A la partida el socialismo pierde a Matte. Schnacke comienza a pasar al archivo, se casa y se va al Paraguay con los entorchados de embajador; muere Grove sin un centavo, a pesar que podía haber bajado a la tumba multimillonario; crece la estrella de Allende que se pone tres veces en marcha hacia la casa de Toesca, vuelve la forzada amistad con los “her-

(1) Rigurosamente histórico.

manos" comunistas. Surge nítido el prestigio de Ampuero, que con Aniceto Rodríguez y Salomón Corvalán pertenece a lo mejor de la vieja guardia y el PS se prepara con la misma bandera que levantara hace 30 años para marchar el 5 de marzo hacia una Cámara y un Senado totalmente burgueses.

Detrás queda una estela de muertos a balas en la calle...

Los cuarteles del Partido Comunista.

Yo he conocido varios locales al Partido Comunista. El primero en Teatinos con Santo Domingo para el alzamiento de la marinería y en los buenos tiempos de "Bandera Roja" (con caricaturas geniales de Lema); la Casa del Proletariado en Arturo Prat 1111 en una vieja mansión junto a la Escuela de Artes Decorativas al cual iba todas las tardes con mi amigo Braulio Arenas que vivía a dos cuadras cerca de la antiquísima casa de Daniel de la Vega; la Casa América en Moneda con Mac Iver y el actual en Teatinos con Compañía. El más pintoresco fue la Casa del Proletariado, que tenía unas murallas tan débiles que bastó un leve remezón para que se vinieran espectacularmente abajo.

De la Casa América recuerdo dos anécdotas históricas que me tocó ver personalmente.

Una fue cuando llegó Juan Antonio Ríos, citado por Contreras Labarca, y le contestó a la sugestión de apoyo condicionado del líder comunista:

—Si quieren votan por mí. Me da lo mismo. Lo único que les puedo decir es que no me interesan sus votos. Si me friegan en el gobierno, los agarro a palos...

Los comunistas votaron militarmente por él.

Más tarde cuando Gabriel González, candidato de radicales, socialistas y comunistas en 1946, lanzó la frase:



Jorge González von Marées frente a sus nacistas el año 34.



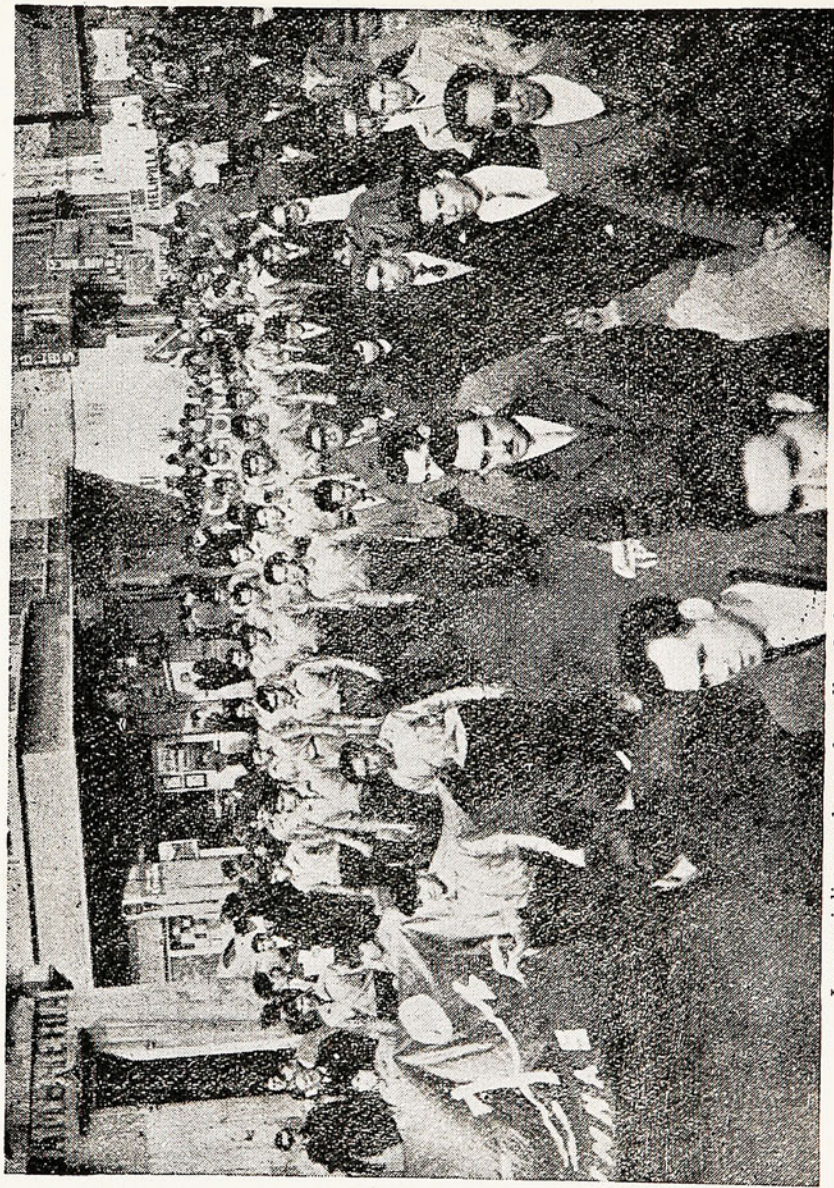
Habla Rosetti. Lo escuchan, de izquierda a derecha, Bernardo Ibáñez, el León, Manuel Hidalgo, etc. Eran los buenos tiempos del PS en La Moneda.



El Frente Popular sale en los camiones para atajar la intentona de Arios-
to Herrera el 39.



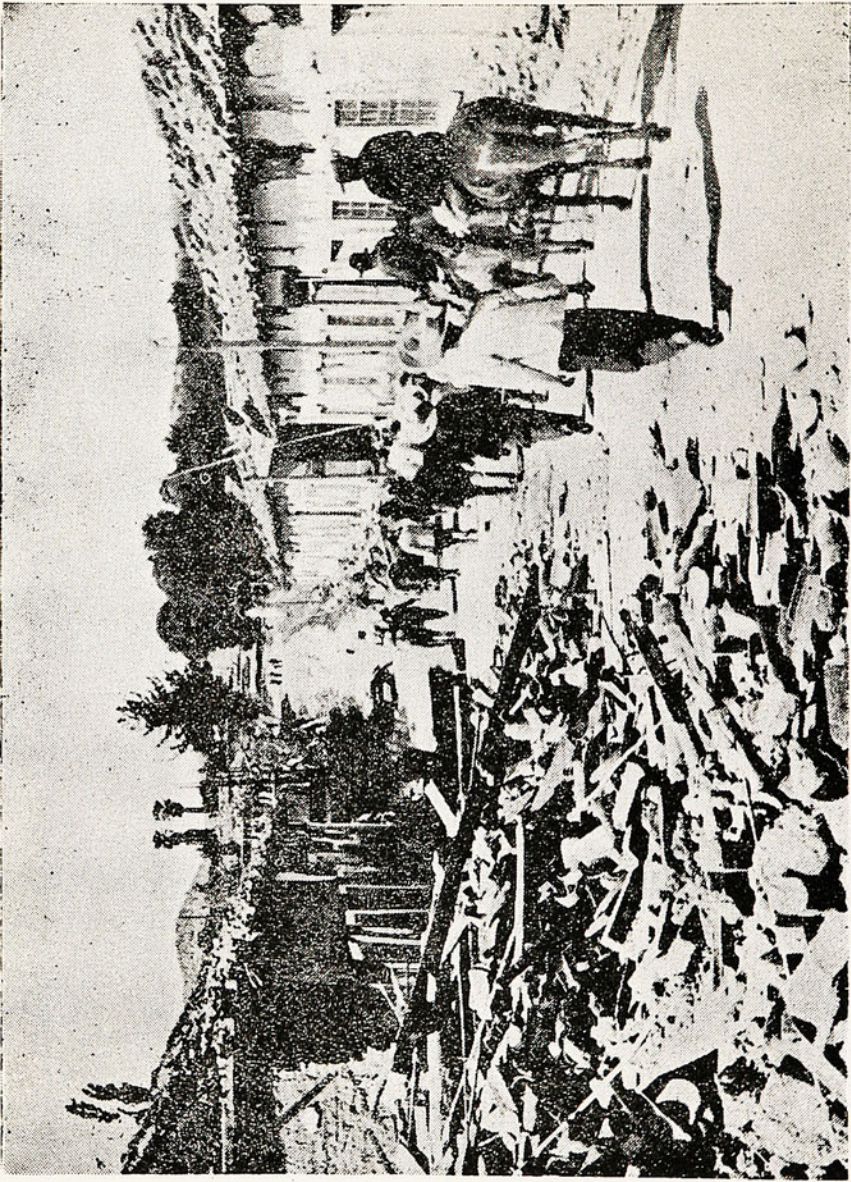
La plana mayor de la Falange. Se ve a Frei, Carretón, Tomic, Leighton, etc. Han pasado por lo menos 20 años.



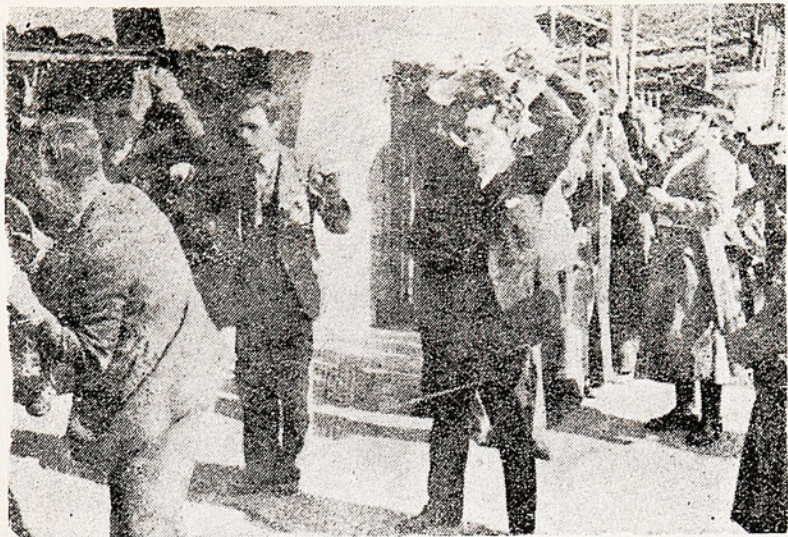
Los socialistas salen a la calle. Cada concentración terminaba a balas.



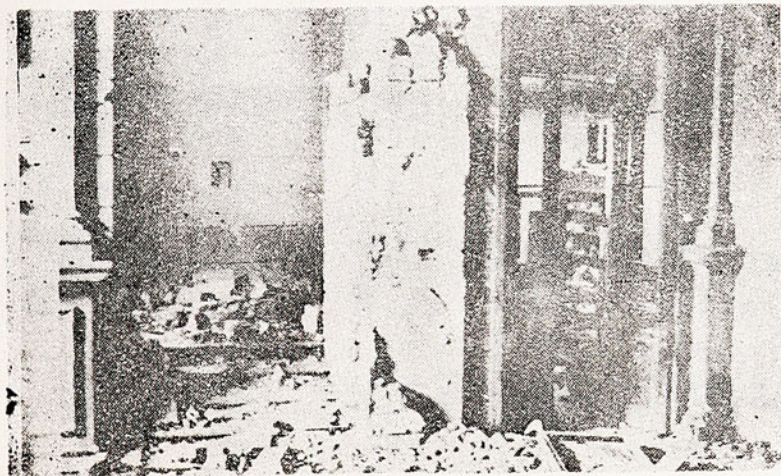
El asesinato de Pablo López en la calle Andes. Fue mandado matar por orden de Rodríguez Corces, Jefe de las Milicias Socialistas.



Chilán en el suelo. Fue la terrible noche del 24 de enero de 1939, al mes de haber asumido don Pedro.



Los nazistas salen rendidos de la Escuela de Leyes. Detrás de ellos quedaron seis cadáveres.



Así quedó el interior de la Universidad. El ejército emplazó cañones frente al edificio y disparó dos andanadas.



Esta fue la bandera blanca que pusieron los nacistas en la Caja. No les sirvió de nada

—Yo no necesito tener el carnet del partido porque lo llevo en el corazón. Y que me corten esta mano si algún día los traiciono...

Con esa misma mano iba a firmar más tarde los nombramientos de ministros de Carlos Contreras Labarca, Víctor Contreras y Miguel Concha, y andando los meses (muy pocos) la orden de mandar a los dirigentes del PC a Pisagua.

Una espectacular fiesta de la primavera.

Claudio Costa Casaretto vivía en Monjitas con José Miguel de la Barra. Su padre era italiano y tenía un boliche en la esquina. El "Loco" Costa, como se le llamaba, era genial y más tarde resultó uno de los mejores médicos que ha tenido el país. Su libro sobre Hipócrates es sencillamente definitivo. En ese tiempo Costa me invitaba a su casa a escribir poemas en las murallas de su pieza.

Allí escribimos:

"Italia, puta coja de Europa..."

Por muchos menos mi mamá casi me echó de la casa al ver que tenía las murallas llenas de los mejores versos de la época.

El "Loco" organizó una sensacional Fiesta de los Estudiantes en Bellas Artes, para lo cual contrató a todos los organilleros de Santiago. A una orden suya cada músico ambulante comenzó a tocar por su cuenta melodías distintas.

Fue espectacular y dio la pauta de una de las últimas fiestas de los estudiantes netamente juveniles que ha habido en este país en que domina el claro-oscuro y la gravedad vasca.

Los primeros "collages" en Santiago.

La exposición de los Septembristas en un local que quedaba en la esquina de Estado con Huérfanos, fue la nota más moderna de la época. Allí se presentaron los primeros "collages" que se habían visto en Chile y que ya eran ancianos en París. Había esculturas de metal, bustos en movimiento, cuadros hechos de pedazos de diarios, círculos, triángulos y discos que provocaron expectación. Naturalmente Jenaro Prieto ("P") en "El Diario Ilustrado", se burló de la nueva tendencia, pero la gente joven hizo cola en la exposición que fue calificada de "brillante" por la crítica nueva que no tenía nada que ver con los fantasmas llenos de polilla del pasado.

De Rokha, un poeta genial.

Pablo de Rokha debutó espectacularmente en mi vida en 1933. Me compré en una librería de viejo de la calle San Diego "Los gemidos" y "U" y bastó para que me diera cuenta de que estaba ante un poeta de voltaje internacional. Más tarde lo oí en el Teatro Septiembre recitar unos versos e insultar naturalmente a medio mundo. Pablo insulta como nadie. Tiene calificativos que nadie usa y que hieren como un bombardero en picada. Cuando habla de los alimentos de Chile lo hace con una ternura que jamás ha alcanzado la débil lengua nacional. Cuando dispara políticamente y habla de Rusia o de China, es sencillamente genial. Es una poesía ni ingeniosa ni suave, sino varonil y con unos tremendos pantalones de hierro. Le habla a Dios de tú y se trata de vos con Homero.

Con razón los chinos han tenido el certero gesto de invitarlo. Una nación de 700 millones de habitantes y una revolución tan radical como la de Mao, necesita ser cantada y entendida por un hombre como Pablo, que, además, es uno de los espíritus más puros y sensibles que tiene el país. Y el que lo dude, que se lance a nado en las páginas de la magnífica "Escritura de Raimundo Contreras" para que entienda de una vez por todas el campo chileno lejos de la maquinita fotográfica, el afeitte y el maquillaje de tanto cursi y huaso de pega que tenemos anclados en la literatura folklórica nacional.

La voz de Augusto D'Halmar.

La primera vez que vi y oí a Augusto D'Halmar fue en el Teatro Septiembre, que era el Caupolicán de la época y donde había bofetadas todos los domingos entre comunistas y anticomunistas y entre los partidarios de De Rokha y de Neruda.

D'Halmar es el mejor orador que he escuchado en mi vida. No hablaba. Movía lenta y pausadamente los labios y dejaba escapar una música que un cronista cursi no vacilaría en calificar de "celestial". El movimiento de las manos, los largos silencios, las inflexiones de la voz, el tono que usaba, los adjetivos y las imágenes improvisadas sobre la marcha, le daban una gracia alada que, para la época y para la gente que nunca había oído hablar así, era la más deslumbrante de las novedades. Más tarde, cuando vino la guerra civil española y el gordo Rodrigo Soriano, embajador de la república, invitaba a su casa a la gente que estaba de acuerdo con su bando, me tocó oír a D'Halmar y en darme cuenta como en la charla más corriente y en la frase más vulgar en apariencia, ponía una elegancia única.

Es el único Lord que hemos tenido, y a su lado los viejos pelucones y pipiolos que han decorado el Congreso Nacional, parecen unos vulgares Verdejos que están caros para figurar en la proletaria Plaza Yungay.

Los primeros apristas.

Como no podía faltar nada para darle color a la agitada y turbulenta política chilena, llegan los primeros apristas a Chile. Haya de la Torre, que había venido antes, sólo lo hace oficialmente en 1946 cuando asciende al mando Gabriel González y da una charla en el subterráneo de la Librería del Pacífico (falangista) en la primera cuadra de calle Ahumada, a la cual asiste el León en su calidad de Presidente del Senado y ex Presidente de la República.

A Haya lo acompaña una brigada de sus célebres "Búfalos" (tropas de asalto apristas).

Manuel Seoane llega a Santiago en 1933 y entra a la revista "Hoy" y más tarde dirige "Ercilla", que había fundado el poeta franquista Souvirón actualmente en España. En el teatro Septiembre se producen los primeros incidentes a bofetadas y a palos con los comunistas, que acusan al APRA de "traidor a la causa americana". Andando los años un grupo de apristas trabaja en el diario nacistra "Trabajo". Manuel Seoane escribe artículos y lo mismo hace Luis Alberto Sánchez, Guillermo Gerberding es jefe de crónica del diario nacistra que se imprime —después de la victoria de don Pedro Aguirre— en "La Nación". En la calle Compañía esquina de García Reyes se reúne un grupo que lo forman los Cox, Sabroso, Barrios, Manuel Solano (que trabaja en "Ercilla"), etc. y que mantienen una disciplina militar. Yo, que vivía a una cuadra, los acompañaba a veces a sus ejercicios físicos en la

mañana en la Quinta Normal y a las clases de marxismo en la tarde.

En la gestación del Frente Popular y más tarde en los contactos del PS con la VPS el año 39, tiene un papel básico Manuel Seoane que vive largos años en Chile. Su hija Nora, de 12 años, hace entrevistas a las hijas de diplomáticos acreditados en Chile, mientras su padre se luce además en las páginas de la revista "Hoy" que aún sigue siendo buena y que no ha entrado aún en la época de la patería y del adulo.

Una frase de Neruda.

Una noche estábamos con Neruda en un boliche de la calle Bandera al llegar a la Estación Mapocho, y comenzó Eduardo Anguita a molestar al poeta y hablar bien de Vicente Huidobro que era el pecado más mortal que se podía cometer en Chile en esa lejana época. También estaba Volodia Teitelboim que comenzaba con éxito su carrera de poeta y de comunista simultáneamente.

Indignado, Neruda alzó esa voz soñolienta que tiene y dijo:

—Anguita, ¿hasta cuándo anguiteas? Y tú, Volodia, ¿hasta cuándo teitelhueveas...?

Y terminó la breve y suculenta discusión...

La famosa Orquesta Afónica.

La madre espiritual del Teatro Experimental de la Universidad de Chile fue la célebre Orquesta Afónica que fundó Pedro de la Barra en una fiesta de los estudiantes. Cada estu-

dante era un instrumento y Pedro el director de la pintoresca orquesta que provocó sensación en Santiago. Por ejemplo uno era bombo, otro los platillos, un tercero el violín, un cuarto el piano, etc.

Más tarde a Pedro le quedó gustando el ambiente de teatro y el olor a bambalinas y fundó el Teatro Experimental que se impuso rápidamente en el ambiente santiaguino

Una cosa notable. Cada instrumento estaba vestido de tony, de mamarracho o de payaso. Y era una extraña murga de 40 componentes que funcionaba militarmente bajo la inflexible batuta del gran Pedro.

Una salida típica de Rojas Jiménez.

En la Escuela de Leyes de la U. de Chile daba una conferencia el sabio Nicolai (que acaba de morir) sobre matemáticas y física. En la última fila estaba sentado un muchacho delgado y moreno que se había tomado unos tragos de más. Era el poeta Alberto Rojas Jiménez que había llegado recientemente de París.

De improviso el sabio preguntó:

—¿Y qué creen Uds. que es la esencia del átomo?

Se oyó una voz atrás que decía:

—Yo sé, señor profesor...

—A ver, diga joven.

Y Rojas Jiménez contestó tan campante.

—¡El pote!

Más tarde Jiménez publicó sus "Chilenos en París", que es una de las mejores creaciones periodísticas que han aparecido en Chile y que justifican el maravilloso poema de Neruda "Alberto Rojas Jiménez viene volando". Era uno de los

espíritus más finos y delicados que he conocido y un poeta de primera línea. Su "Carta-Océano" así lo prueba.

Murió en la forma más canallezca y criminal.

Un día de lluvia implacable, en pleno invierno, se había tomado unos tragos en la Posada del Corregidor, y no tuvo plata para pagarlos. El administrador, que tiene que haber sido una bestia en cuatro patas, lo obligó a dejar la chaqueta en prenda. Y más tarde lo lanzó a la calle. El poeta cayó sobre la acera y se quedó dormido bajo la lluvia desatada.

A la mañana siguiente estaba con pulmonía doble y moría a las pocas horas en la pobre cama de un hospital.

Y naturalmente que el administrador de la Posada de esa época no fue fusilado por imbécil.

Los famosos Sanhueza.

Los Sanhueza Donoso eran siete. Las hermanas se llaman Elsa e Inés y los hermanos fueron Jorge (periodista fallecido hace años), Carlos (muerto trágicamente hace dos en un accidente automovilístico con su mujer Lucía Vargas), Fernando que es médico, Hernán que igualmente es galeno y comunista de fila y Gabriel que durante años fue editorialista de "Topaze" y que escribe actualmente en "Clarín" bajo el modesto seudónimo de Transeúnte. Fue autor de teatro e historiador a ratos. Igualmente administró esa especie de mausoleo solemne que se llama el Museo Vicuña Mackenna, en la Avenida del mismo nombre.

Si he hablado de los Sanhueza es porque forman parte del decorado de Chile. En su casa, a la sombra inolvidable del Dr. y de doña Delfina, aprendió a pensar una generación en-

tera. Y mientras Jorge era conservador, Fernando escéptico, Gabriel humorista, Carlos resultó nacista.

La revista "Topaze" —aunque no le guste a Coke— es la creación en parte del clan Sanhueza que le dio su sangre y su vida.

Bohemia de derecha.

Así como había una trasnochada y trashumante bohemia de izquierda, después de la caída de Ibáñez —hito fundamental de la vida nacional— se organizó rápidamente la bohemia de derecha a base de damas bien, caballeros provecos, jóvenes impúberes, poetas católicos y algunas niñas pálidas aficionadas a los versos.

Si la bohemia de izquierda tomaba trago barato hasta que se apagaban las estrellas más altas, en los boliches de la calle San Diego, la bohemia de derecha tomaba castamente tecito en algunos viejos salones al estilo de los de doña Martina Barros y doña Sofía del Campo a fines del siglo pasado y comienzos del actual. Pero más tarde hubo que montar un cuartel general para practicar la bohemia bien y se eligió la vieja Posada del Corregidor (donde se besa y se atraca actualmente de 7 de la tarde a 2 de la mañana), donde se descubrió que había ambiente colonial porque había vivido el novelesco Corregidor Zañartu que parecía una página inédita de Aurelio Díaz Meza.

Allí, con la presencia de "Pichiruche" Sanhueza y de algunas hermanitas aristocráticas que creían que Santiago era París y que el pobre Mapocho podía pasar por el Sena, se constituyó un grupo que fue rápidamente barrido por la bohemia de izquierda que era mucho más viva y más entretenida.

Estalla el 4 de junio en Chile.

El 4 de junio de 1932 a las 10 de la mañana, yo estaba piropeando a Elena Wilson ("La huasa" de Clarín) en el Cerro San Cristóbal y pintando unos animalitos del Zoo, cuando pasaron los primeros aviones y cayeron unas proclamas que indicaban que había estallado una revolución en Chile. En la misma mañana se habían repartido en la incrédula y burlona Universidad de Chile otros volantes que decían:

"Desde hoy se implanta el socialismo en Chile".

A las 12 del día llegaba Alessandri a ver a Grove al Bosque y se pronunciaba esa frase que iba a ser negada mil veces más tarde: "No afloje mi coronel". Cuando yo le hablé de ella al León años después, casi me dio una pateadura por haber supuesto que podía haber salido una cosa así de sus ingenuos labios.

El hecho fue que Dávila, Grove y Eugenio Matte implantaron teóricamente el socialismo en Chile el 4 de junio a las 12 en punto.

El Partido Comunista, que venía saliendo de la época de la persecución en tiempo de Ibáñez y que estaba intoxicado de recuerdos de la revolución rusa, se dijo a sí mismo:

—"Esta es la nuestra, Grove es Kerensky, hay que apoyarlo y más tarde echarlo para que el viejo Laffertte, que tiene una pera colorina como Lenin, asuma el gobierno de los soviets".

Grove, que entre sus mil cualidades tenía una ingenuidad perfectamente sajona, llegó a la conclusión de que para implantar el socialismo de don Carlos Marx en esta parte de América, había que hacer lo siguiente:

- Devolverle al pueblo las máquinas de coser que estaban en "La Peña".
- Entregarle la Universidad a los obreros y campesinos para que se entretuvieran sanamente organizando soviets y otros ramos similares en el bien entendido que no molestarían mucho ni tratarían de transformar a Chile en una copia feliz de Rusia.

— Entregarle, finalmente, el Club de la Unión a los Sindicatos, con lo cual la derecha moría automáticamente de un infarto colectivo de pura pica.

Y comenzó a marchar el socialismo, por primera vez en América y por tercera vez en el mundo (primero había sido la Comuna el 70 en París y luego la revolución soviética en Moscú, el 17).

Los comunistas tomaron debida nota de que eran dueños de la Universidad, por lo menos, y llamaron sobre la marcha a formar los primeros “soviets de obreros, campesinos, soldados, marineros e indios revolucionarios”. El Consejo Obrero funcionó en la Escuela de Leyes, presidido por la honorable barba del viejo Lafferte que le daba mucho color a la revolución, y comenzaron desfiles y más desfiles, marchas y más marchas y meetings y más meetings. Nunca en un país tan aficionado a hablar y a desfilar como es Chile, se ha marchado y se ha cantinfleado más en menos tiempo. Y conste que en tres horas, en el Salón de Honor de la Escuela de Leyes, yo conté 89 oradores, cada uno de los cuales sostenía que había que liquidar sobre la marcha a Grove antes que a nadie y después comenzar al fusilamiento minucioso y sistemático de la odiada derecha capitalista. Formaban parte del Consejo Obrero y Campesino las siguientes personas: Carlos Contreras Labarca, Oscar Waiss, Pablo López, Salvador Ocampo y Elías Lafferte.

Obreros había algunos. Lo que no había eran campesinos, salvo unos huasos que llegaron equivocados al olor de la rosca y unos cuantos “congrrios” que hicieron exclamar delante de mí al viejo Lafferte, con lágrimas revolucionarias en los ojos:

—Ya tenemos a los primeros hermanos soldados.

Los “hermanos” se mandaron cambiar ipso facto muertos de miedo de que los fuera a ver un cabo.

Se organizaron Guardias Rojos al estilo de San Petesburgo el año 17, armados modestamente de trancas y de escobas y se montó el más terrible control policial para pasar de una

pieza a otra. Había que presentar más de veinte salvoconductos y tarjetas para avanzar 10 metros. Qué a la hora que se implanta efectivamente el comunismo en Chile, habría habido que tener un ciento de carnets para llegar de La Moneda a la calle Ahumada.

Por fin el 16 de junio, Dávila no encontró nada mejor que hacerle finamente la cama a Grove para implantar su propio socialismo "made in USA", mandaron a don Marma y a Matte a Pascua, y se acabó el socialismo en Chile para entrar a los célebres "Cien días", en los cuales el chato Dávila trató de imitar (por el porte) al propio Napoleón.

Y terminó la aventura revolucionaria.

Una revista "para la gente que piensa".

La revista "Hoy", bajo el lema de "la revista para la gente que piensa", funcionaba en la que había sido la casa del León en el año 20 y más tarde su cuartel general en la fracasada campaña del 31 cuando ganó don Juan Esteban Montero.

Escribían, entre otros, Carlos Dávila (su director), Aníbal Jara (Ajax), Ismael Edwards Matte, Conrado Ríos Gallardo (El Intruso en palacio), Salvador Reyes, Lenka Franulic, Manuel Seoane, y otros. En el archivo trabajaba Raúl Bazán Dávila, sobrino de Dávila.

Más tarde se cambió a Agustinas, pero perdió el tono de aguda pelea, ingenioso y certero que tuvo en los años de la presidencia de Alessandri.

Fue el motor de la campaña del general Ibáñez y con "Trabajo", "La Opinión", "Claridad", "Consigna", etc. los ejes de la oposición al León, que se desesperaba cada vez que caía

un número en sus manos, especialmente cuando le tocaba leer los algodonosos artículos del futuro "Vigía del Aire".

Un día el presidente se picó tanto que, en plena Alameda, insultó a Edwards Matte. Este, que se había desatado en injurias contra el León, se vio arrinconado y le pidió humildemente disculpas.

La famosa Milicia Republicana.

En 1932 y en vista de que a los militares les había dado la extraña costumbre de desfilar a La Moneda, un grupo de civiles fundó la Milicia Republicana, que llegó a tener 40.000 hombres y locales en todo Chile. La dirigía Eulogio Sánchez Errázuriz y su cuartel general estaba a media cuadra de mi casa en la calle Catedral frente a la iglesia de los Capuchinos.

En la Milicia formaban parte todos los pijes del país, parte de la clase media y algunos obreros. El batallón más high fue el Esmeralda, que recordaba el otro Esmeralda que fue el batallón futre de la revolución del 91 que se luchó en Concón y Placilla.

Usaban overol azul y se hacía ejercicios de tiro en el Polígono de Recoleta. A pesar que yo era totalmente de izquierda, por espíritu aventurero y sobre todo para aprender a disparar, entré al Esmeralda en la misma compañía en que estaban Pancho Bulnes (senador actualmente), Ernesto Varas Orrego (sacerdote), Carlos Sanhueza (muerto), Gonzalo Bulnes, Víctor Delpiano, etc.

En la Milicia habían entrado los nacistas, en parte por coincidencia de puntos de vista y en parte para espiar a la MR por dentro. Se planteó la incompatibilidad de estar en las dos partes porque mientras la MR apoyaba al Gobierno de Alessandri, el nazismo la atacaba violentamente.

En una ceremonia impresionante, Eulogio Sánchez, después de unos golpes de corneta, preguntó:

—¿Quiénes son nacistas y quiénes quieren seguir siéndolo...? Que den un paso adelante...

Cuarenta muchachos avanzaron y con eso terminó el pololeo entre el MNS y la MR.

La Milicia atacó duramente a la izquierda y sus jefes (Latcham, Schnake, Pradenas Muñoz, Rossetti, Godoy, etc.) recibieron amenazas de muerte.

Se echaron una pistola al bolsillo y no pasó nada.

La MR se disolvió a los pocos años y, cosa única en la historia de América, devolvió al Ejército los fusiles, ametralladoras, carabinas y hasta aviones que le había entregado el Gobierno de Alessandri. En cualquier punto más tropical de América se habrían tomado el Gobierno. En Chile se fueron para su casa.

El "Pedante".

En 1939 se funda en Santiago el primer café legítimamente a la europea. Se trata del "Miraflores", del cual hablo sumariamente en otras páginas, que estaba y está aún en la calle del mismo nombre al llegar a Merced. Sus dueños eran el español Pablo de la Fuente (actualmente en Méjico) y la chilena Miña Yáñez que está en Europa y que pertenece a una extraña religión, hermana de la budista. Las mesitas estaban pegadas a la muralla y había caricaturas y dibujos, recado de escribir y toda la prensa del día para informarse entre plato y plato. Allí llegaban Vicente Huidobro, Acario Cotapos, Neruda, Pepe Stefanía, Fernando y Carlos Sanhueza, Gonzalo Bulnes, Arturo Cifuentes, mi prima Luz Silva y toda la alegre generación bohemia y política de los días posteriores a la de-

cisiva guerra civil española. Allí se organizaron pololeos y matrimonios y más de alguna conspiración que después trepó ágilmente a las 8 columnas en los diarios.

Fui yo el que le puse "El Pedante" en vista de la calidad y de las barbillas y melenas del público que concurría a él.

Breve historia del nacismo.

El 5 de abril de 1932 se funda el nacismo en Chile. Fue dos meses antes que Grove diera el golpe del 4 de junio y la primera vez que se habló libremente en la calle de Nacional Socialismo. En el teatro Providencia y a las puntuales 10 de la mañana habló el desconocido abogado Jorge González von Marees de civil y con un vacilante papel en la mano para echar las bases del partido. Jefe de las tropas de asalto eran Fernando Ortúzar Vial (actual relacionador público de las compañías de cobre) y jefe del departamento doctrinario, René Silva Espejo (actual Director de "El Mercurio").

A la salida hubo balas y quedó un herido. Los nacistas colocaron una corona en la estatua de Baquedano, hecho que molestó a los comunistas que lanzaron los primeros tiros. Ya vendrían muchos más, pero de parte de los socialistas. Los comunistas se hicieron a un lado de la lucha callejera.

La revista "Hoy", por intermedio de Ismael Edwards Matte, aplaudió alborozadamente el nuevo partido. Se arrendó primero una pequeña oficina en la calle Estado, y más tarde una casa de dos pisos en Huérfanos 1540. Al poco tiempo René Silva y Fernando Ortúzar trataron de dar un putch (al estilo de lo que había ocurrido el 30 de junio del 34 en Alemania con Roehm y Strasser) y Jorge González se puso los pantalones y los hizo saltar por la borda.

Se arrendó una página diaria en "El Imparcial" de Ovalle Castillo, que quedaba en la calle San Diego, bajo el título de "Trabajo". Los primeros redactores fueron Silva Espejo, González von Marees, Fernando Ortúzar y Carlos Keller, que era el economista del grupo. Andando los años se fundó "Trabajo" como diario por medio de acciones que suscribieron los nacistas oficiales y los nacistas secretos, entre los cuales estaba la plana mayor del ibañismo, destacados jefes del ejército y algunos líderes derechistas que creyeron ingenuamente que el nazismo se había fundado para defenderlos a ellos.

Con la guerra civil española se llevaron la primera desilusión. En un sensacional editorial de "Trabajo", el jefe dijo que el nazismo **NO** estaba con una revuelta de la extrema derecha hispana. Y los títulos de cable (que los hacía yo) se pusieron francamente pro leales.

Los alemanes de Chile, que al comienzo llegaron al MNS y que creyeron que el nazismo chileno era una vulgar copia del hitlerismo germano, salieron escapados del partido. Lo mismo le pasó a los escasos italianos y españoles que se habían disfrazado de nacistas chilenos para trabajar por su propia causa.

Palos en la Universidad.

En 1934, en medio de la lucha más violenta entre la izquierda universitaria y los nacistas, fue vejado el jefe del GNU, Javier Cox Lira, actualmente retirado de las canchas y que prepara un libro. Fue desnudado por los socialistas y los comunistas y echado en canzoncillos y camisa a la calle. La respuesta vino al día siguiente. El jefe del nazismo dio orden de ocupar militarmente la Universidad. Los nacistas entraron

de uniforme y al grito de "¡Chileno a la acción!", agarraron a palos a sus rivales y desfilaron por los corredores de la Escuela de Leyes cantando sus himnos de guerra. Hubo algunos ojos en tinta y más de una costilla juvenilmente quebrada..., pero se lavó la ofensa.

Los que fueron nacistas.

Fueron nacistas, entre otros: Carlos Keller, Fernando Guallo, Gustavo Vargas, Oscar Jiménez, Ruperto Alamos, Juan Yunis, el "Ruca" Vergara, Jaime Barros Pérez Cotapos, Felipe Lazo Pérez Cotapos, Mario Valdivieso, Oscar Chadwik, Guillermo Ramírez Barahona, Hugo Valdés Morandé, Juan Diego Dávila, el Pato Valdivieso, el Gato Camus, Caupolicán Clavel, Javier Cox, Javier Lira, Diego Lira Vergara, Manuel Mayo, Luis Undurraga, Jorge Marshall, Carlos Sanhueza, Mauricio Mena, Juan Gómez Millas, Juan Salinas, Manuel Lagos del Solar, Guido González, Orlando Latorre, Sergio y Patricio Recabarren, Luis Rau Bravo, Roberto Allende, Víctor Vergara Marques de la Plata (alias "El Poroto"), Roberto Infante, etc.

Escribieron en los órganos de publicidad nacistas los dirigentes apristas Haya de la Torre, Luis Alberto Sánchez, Guillermo Gerberding, etc.

Y en la hoja nacistas universitaria "Esfuerzo", el periodista Raúl Morales Alvarez, actual Sherlock Holmes de "Clarín".

En la sección "secreta" del Nacismo figuraba un fuerte grupo de jefes militares y marinos en servicio activo, cuyos nombres no damos por razones obvias.

En ningún momento (ni en los primeros tiempos) hubo financiamiento ni ayuda de las embajadas italiana ni alemana. Lo mismo ocurrió con los españoles franquistas.

Parte oficialmente la Falange Nacional.

En el teatro Principal (donde durante la guerra se daban las películas de los nazis con la indignación lógica de la embajada inglesa y americana) se fundó oficialmente la Falange Nacional y se quebró el viejo Partido Conservador.

El padre teórico de la idea fue Mario Góngora, el líder Manuel Garretón, el orador Bernardo Leighton y el agitador Ricardo Boizard que todavía era redactor de "El Diario Ilustrado" pero que ya le estaba echando bencina izquierdista al motor pelucón.

Frente a un enorme retrato de don Rafael Luis Gumucio, que era el padre de la creatura, y ante las primeras flechas rojas con los dos travesaños, Manuel Garretón proclamó en 1937, en medio de ovaciones cerradas, el nacimiento de la Falange Nacional.

Veintisiete años más tarde iba a llegar al poder Eduardo Frei, que no estaba en el teatro Principal en esos momentos.

La bohemia nocturna santiaguina.

El fundador de la noche santiaguina fue el negro Tobar. Comenzó con el "Zepelín" en la calle Bandera, primera cuadra. Bastaba llegar hasta el local y sacar a bailar una niña de las que "hacían mesa", para que se levantara rápidamente un capítulo completo de la sección policía que decía secamente:

—¿Qué te metís vos, mocososo de porquería...?

El negro fundó más tarde los tres Tap Room. Los dos primeros en la calle Estado y más tarde el actual en la Avenida Bulnes. El primero se alzaba donde ahora está el cine

Florida y tenía una pista transparente y luminosa que era una sensación para la época y que permitía ver a las damas en paños sicalípticamente menores. En el segundo Tap, que quedaba en la esquina de Estado con Huérfanos, ocurrió una noche de 1945 un hecho de sangre.

Llegó Ramírez Guerra, que era hombre de confianza de Raúl Morales Beltramí, y se negó a pagar una cuenta. El negro Tohar, que sabía de que pájaro se trataba, se echó un revólver al bolsillo y le dijo secamente:

—¿Vas a pagar o no?

Ramírez Guerra, que se sentía dueño de Chile, contestó que no. Pero eso no fue nada. Manoteó la pistola que llevaba al cinto y le disparó al Negro. La bala le pasó a 20 centímetros sobre la cabeza al guatón Huidobro, que también estaba en la mesa. El Negro no vaciló más. Sacó su pistola y le disparó tres balas a boca de jarro a Ramírez. Resultado: éste quedó tendido horizontalmente para siempre en la pista del Tap.

El Negro salió totalmente limpio de polvo y paja después del largo proceso que vino más tarde.

Los primeros refugiados españoles.

En 1936, y a través de Buenos Aires, comienzan a llegar los primeros refugiados franquistas a Chile. Se trata de niños bien que pasan rápidamente por Santiago para marchar luego a la Península a incorporarse al Ejército Rebelde.

Las niñas **high** de Santiago se deslumbran con los jóvenes recién llegados y los invitan a toda clase de fiestas y festejos. En el Lucerna, los mejores debutantes de la época toman amorosamente té con los jóvenes revolucionarios. Los her-

manos Logendio presiden el grupo. Rápidamente uno de los españoles, Manuel Fanjul, se casa con una chilena y andando los años otra contrae matrimonio con José María Souvirón, que acaba de fundar un pequeño boletín que se llama "Er-cilla" y que será el padre de la futura revista que dirigirá Manuel Seoane.

Cuando llega Eugenio Montes a Santiago, da una bullada conferencia en el teatro Real. El público grita entusiasmado: "¡Viva la Virgen del Carmen!" y "¡Viva Cristo Rey!". A la salida lógicamente hay bofetadas y palos. El poeta Montes tiene que escapar velozmente.

Sólo en 1937 comienzan a llegar los refugiados republicanos y el 39 la gente que ha elegido Neruda para tripular el "Winnipeg". Se organizan tertulias nocturnas y Raúl González Tuñón y Pablo hacen un recital maravilloso en el Municipal vestidos de blanco y frente a la estrella de la Alianza de Intelectuales de Chile. Poco después Pablo de la Fuente, que fue escritor y dirigente del PS español, funda el café Miraflores, al cual yo le pongo rápidamente el apodo de "El Pedante".

Simultáneamente llega Margarita Xirgu y se dan las primeras obras de García Lorca en Chile. Toda la muchachada de la época es partidaria de la república y cuando arriba Indalecio Prieto para la asunción al mando de Pedro Aguirre Cerda, es recibido entre ovaciones y se repleta el Estadio Nacional en la histórica noche en que recomienda al Frente Popular que sea moderado y no cometa las exageraciones que ellos cometieron en España y que llevaron al país a la guerra civil.

Un diario franquista en Santiago.

Los franquistas que llegaron a Chile presididos por el gordo Logendio (120 kilos), fundaron un diario de batalla para hacerle propaganda a don Francisco en un país que en un

90% estaba contra él. Unicamente "El Ilustrado" y algunas damas devotas creían en la legitimidad del golpe militar. El resto del país estaba entusiastamente en contra. El diario se llamó "La Voz de España" y lo dirigió un curioso y pintoresco personaje que se llamaba el Marqués de Mendiri y que era el padre de José María Navasal, actual secretario de redacción de "El Mercurio". Su columnista de batalla era Manuel Vega de "El Diario Ilustrado" y de vez en cuando escribían Raúl Marín Balmaceda y José María Souvirón que vino por una semana a Chile, se casó aquí y se quedó cerca de 30 años después de haber fundado un boletín que andando los años iba a ser la famosa revista "Ercilla".

El gordo Logendio era hermano del Embajador de Franco en Buenos Aires y él mismo desempeñaba el cargo de delegado oficial del gobierno de Burgos en este lejano Santiago de la Nueva Extremadura.

La carrera de Chamudes.

Marcos Chamudes partió aprista al Perú en 1930. Volvió comunista después de haber estado preso en el Frontón. Aquí se conectó rápidamente a través de Oscar Waiss con los comunistas y llegó a ser el segundo hombre de Carlos Contreras Labarca después de la caída de Ibáñez. Actúa en ella y se destaca velozmente como un dirigente de primera línea que le toca levantar la presión de la calle en los días del levantamiento de la escuadra. Más tarde ingresa a la Cámara de Diputados y llega a ser uno de sus parlamentarios más brillantes.

Sólo entonces el partido lo acusa de "aburguesarse" y de tomar whisky importado en el Bar Oriente. Es expulsado del

PC, pero sigue en la Cámara y entrega puntualmente su dieta al partido.

Cuando viene la guerra mundial parte a Estados Unidos como fotógrafo y hace la contienda en los campos de batalla como corresponsal de varios diarios yanquis. A su regreso a Chile ataca a Ibáñez en una audición que hace época y que se llama "Cuidado..., no me desmienta". Con los años saca la revista PEC, que edita actual y que se vende por suscripciones.

Los muertos en la lucha.

Larga es la lucha de los muertos trágicamente por asuntos políticos en esa época que corre del 32 al 39. Tres nacistas son asesinados vilmente en Valparaíso y se le cortan las nalgas con cuchillos de cocina. Las mismas nalgas quedan balanceándose macabramente en la calle Condell. Salvador Allende (dirigente en esa época del PS) atiende a los heridos en el Hospital del puerto. Los nacistas matan a Llanos, Bastías y Barreto y misteriosamente muere el dirigente Miño a manos, según cuentan, de un periodista del PC. Más tarde se probó que el periodista no había tenido intervención alguna en la muerte. Finalmente la lista se cierra con los 63 nacistas asesinados vilmente en la Caja de Seguro Obrero por orden del jefe de carabineros de la época, General Arriagada, y un grupo de las milicias del PS, a través del zunco León, recibe la orden de liquidar a Pablo López en la calle Andes...

El asesinato de Pablo López.

Pablo López fue indudablemente el más brillante de los líderes obreros que ha tenido Chile. Formó parte del Comité Central Obrero y Campesino que presidió la ocupación de la Universidad entre el 4 de junio y el 16 y más tarde integró la directiva del Partido Socialista. Cuando llegó la hora de lanzar el partido hacia la extrema izquierda y se fundó precisamente la llamada Izquierda Comunista en un viejo local de la calle Andes, lo mandaron matar. O más bien dicho el jefe de las Milicias Socialistas, José Rodríguez Corces, dio la orden. El asesino directo fue un siniestro personaje a quien apodaban "El Zunco" León que tumbó a López a balazos en otra casa de la misma calle.

Caruso (fotógrafo de "El Mercurio" en esa época y actual dueño de "Las Tejas") tomó una foto impresionante que apareció a cuatro columnas en el decano y que figura en este libro.

Como en ese tiempo se había iniciado la política de acercamiento de la Vanguardia Popular Socialista (ex Nacismo) con el PS, Jorge González envió una delegación en la cual iba de uniforme y con una corona en la mano el regidor por Valparaíso en esa época, Manuel Mayo Bodelón, periodista, con el cual, andando los años, viajé oficialmente invitado a Inglaterra.

Los diarios socialistas.

Los órganos de batalla del PS fueron "Claridad" (diario) y "Consigna" (semanario). El primero lo dirigía Luis Hernández Parker, que había sido secretario general de la JC y marginado de ella pasó a ser secretario general de la JS. Entre otros, escribían en él Manuel Eduardo Hübner, Latcham, Mario Garay, César Godoy, etc.

“Consigna” se vendía en la calle con muchachos de la JS de uniforme para hacerle la competencia a los nacistas que vendían “Trabajo” en la misma forma y en todas las esquinas de Chile.

Producto de esta competencia fueron los mil incidentes en la calle a bofetadas y a balas, que culminaron en más de algún muerto.

En el local del Nacismo.

El local central del naciismo estaba en la calle Huérfanos 1540, en una casa de dos pisos que ya no existe.

En el primer piso estaba la oficina del Jefe, el cuartel de las Tropas de Asalto, la administración del diario “Trabajo” (administrador era Juan Yúnis, actual gerente de radio Nuevo Mundo), el hall de los juramentos, el del Grupo Nacista Universitario (NU) y varias oficinas más. En el segundo estaba el diario “Trabajo”, la oficina de Asistencia Social que dirigía el Dr. Magasich que más tarde fue masacrado en el Seguro Obrero, etc.

Los juramentos eran todos los martes a las 7 de la tarde y los nuevos nacistas juraban con la mano extendida “consagrarse por entero y por siempre a la grandeza de Chile”.

Hubo juramentos hasta de cien personas cada martes.

Después del 5 de septiembre, llegó hasta el viejo cuartel —mientras Jorge González estaba en la cárcel condenado a muerte— don Pedro Aguirre, Arturo Olavarría, Pedro Enrique Alfonso y la plana mayor radical a agradecer la orden dada desde su calabozo por el jefe naciista de votar por el candidato del Frente Popular.

Más tarde fue el local de la Vanguardia Popular Socialista y se colocó un monumento con los nombres de los 63 nacistas asesinados en la Torre de la Sangre.

La primera bandera del Nacismo fue la de la Patria Vieja (azul, amarillo y blanco) cruzada por un rayo rojo. La de la VPS fue roja con 63 estrellas, una por cada mártir. Se cambió el programa y el saludo se hizo en adelante con el brazo izquierdo doblado al estilo aprista.

Una Cámara brillante.

Pocas veces ha tenido Chile una Cámara de Diputados como la del 37 al 41. En la derecha estaban Eduardo Moore y Enrique Alcalde, entre los socialistas Julio Barrenechea, Latcham, Godoy, Tapia, etc., entre los nacistas Jorge González, Guarello y Gustavo Vargas Molinare, entre los radicales Gabriel González y Justiniano Sotomayor.

Esa fue la Cámara que vio cuando el jefe del Nacismo sacó revólver el 21 de mayo de 1938 y disparó una bala que pasó a 20 centímetros sobre la cabeza de don Palomo Cruchaga, que era el Canciller del León. En los pasillos los carabineros vejaron a Gabriel González, Justiniano Sotomayor y Fernando Maira.

La misma Cámara presenció el incidente entre Amaro Castro y Francisco Lobos, resultado del cual fue que Castro perdió un ojo y más tarde la vida. La misma Cámara vio el semiduelo entre Rosseti y Pedro Opazo Cousiño que terminó en un desayuno a la madrugada en la Fuente Iris. El dirigente obrero más efectivo era Emilio Zapata y el más agresivo de los diputados comunistas Marcos Chamudes. El jefe doctrinario indiscutible del PC fue Carlos Contreras Labarca, que más tarde cayó en desgracia ante el Kremlin y perdió la Secretaría General.

Los regidores más brillantes de la época inmediatamente anterior fueron Ricardo Latcham, Godoy y Tapia por los socialistas y Mauricio Mena por los nacistas. Nunca más tarde la Ilustre Municipalidad de Santiago ha presenciado debates más brillantes y más cola de gente para entrar a tribunas y galerías.

Con los años tanto Godoy (el "Capitán Veneno") y Latcham (ex-crítico literario de "La Nación" y embajador de Jorge Alessandri en Uruguay) saltaron a la Cámara de Diputados. Mauricio Mena murió a los pocos años cuando era una de las esperanzas más brillantes de la juventud chilena.

Curiosos personajes que vendían "Trabajo".

Entre los "suplementeros" más activos del diario "Trabajo" se contaron los nacistas Sergio Recabarren, más tarde Ministro del Interior del general Ibáñez, y René Olivares Becerra, actual director de la Radio Nuevo Mundo. Igualmente vendía "Trabajo" en las esquinas del centro Jorge Marshall Silva, actual gerente del Departamento de Estudios del Banco Central.

En esa misma época eran nacista el "Ruca" Vergara, el actual senador comunista Jaime Barros Pérez Cotapos y el candidato socialista en la lista de Mario Palestro, Jaime Concha.

La trágica muerte de Barreto.

El Café "Volga" quedaba y queda aún en la calle San Diego al llegar a la Avenida Matta. Allí llegó una noche el poeta y cuentista socialista Héctor Barreto, que trabajaba en la corrección de pruebas de la Editorial Ercilla.

Era el hombre más calmado y más quitado de bulla que Uds. se pueden imaginar.

Esa noche llegó con unos amigos a las 10 a tomarse un café. A la misma hora hicieron su espectacular aparición un grupo de nacistas de uniforme. Naturalmente hubo tallas y ataques de hecho. Salió un tiro que nadie sabe de dónde y Barreto quedó tendido en el suelo con una bala mortal.

Fue acusado de autor directo de la muerte de Barreto un nacista que andando los años peleó con Jorge González cuando éste fundó el VPS y que organizó a su vez el Partido Fascista Chileno (PFCH), de escasa vida. El presunto asesino murió más tarde trágicamente en la Argentina.

A la muerte de Barreto se le dio un carácter sensacional y se le comparó con el trágico y canallezco asesinato de Federico García Lorca en España. Ambos poetas y ambos muertos por los fascistas. Desfiló en masa el Frente Popular el día del entierro y en primera fila y puño en alto marchaba Blanca Luz Brum, que más tarde tendría marcadas simpatías por los nacistas.

Se gritó:

—¡La cabeza de Von Marees!

Jorge González acuarteló a su gente en el local de la calle Huérfanos 1540 y contestó por radio:

—Aquí está mi cabeza sobre mis hombros. Si Uds. son tan valientes, vengan a tomarla.

No fue nadie.

Cuando Ravínez llegó a Chile.

Cuando llegó Eudocio Ravínez a Chile hubo conmoción nacional. Se trataba de una gloria de la Internacional mandado secretamente por Moscú a Chile. Era un regalo directo de la estepa rusa a la campaña nacional. Pequeño, medio quebrado, de mal genio, hábil y antipático al mismo tiempo, Ravínez es lo más inteligente que ha mandado el comunismo hasta la fecha a Chile. El trajo la táctica del Frente Popular y retó a los dirigentes comunistas "made in Chile" por que no entendían lo que pasaba en el Viejo Mundo. Estaba hecho en la lucha europea en el plano mundial, y la lucha en Chile le parecía ingenua y provinciana. Manejó la nueva revista "Que Hubo" que era la "VEA" del comunismo criollo y en la cual presentaban oficialmente la cara Aníbal Pinto Santa Cruz y Santiago del Campo. La gente que trabajaba en "Frente Popular" recibía las instrucciones directas de Ravínez que mandaba por sobre los líderes criollos. Tenía la pasta de los líderes europeos que habían recibido instrucciones directamente en Moscú y que habían participado en la guerra civil española. Tenía vuelo internacional y audacia. Trabajaba en grande y no entendía la pequeñez criolla. Y por eso fue mirado respetuosamente por los "camaradas" locales.

Camisas pardas en Santiago.

En Chile hubo realmente camisas pardas entre el 33 y el 39. Y hasta se les vio marchando por la calle. Efectivamente cuando un caballero de bigotes llamado Adolf Hitler se toma el poder en Alemania en 1933, los buenos alemanes de Chile que viven entre salchichas y chops se sienten dueños

de la historia y se mandan hacer, pagando cómodas cuotas mensuales, las primeras camisas pardas, los primeros pantalones negros de montar, las primeras botas y los primeros correajes militares. Se reúnen, secretamente y de noche, en el Deutsche Sport Verein en la vieja Avenida Margarita (actualmente Invencible Armada) y lucen su tenida estrictamente nazi como si estuvieran en Berlín.

Y no falta el alemanado e ingenuo nacista chileno que llega con su camisa gris y su rayo rojo a alternar con sus colegas alemanes que le dan escasa bola.

Esto ocurre hasta que el jefe nacista sabe la lamentable noticia, les pone de vuelta y media y les prohíbe terminantemente seguir haciendo el ridículo en público.

Latcham ataca a la derecha.

Fue en los buenos tiempos del Frente Popular cuando don Pedro estaba en La Moneda. La mejor espada del socialismo nacional era Ricardo Latchman y el orador más acre y más cargado de dinamita era César Godoy, conocido cariñosamente por el "Capitán Veneno".

Me tocó oír hablar a Latcham en el viejo Esmeralda de la calle San Diego al llegar a la proletaria Avenida Matta.

¿Público? Los socialistas, los comunistas, los escasos radicales que vibraban con la izquierda y que no se habían enriquecido aún, gente del pueblo, obreros, estudiantes, intelectuales, etc.

Habló Ricardo ante 2.000 personas y allí me di cuenta del éxito que podía tener el hecho de superar el complejo de

inferioridad de la gente de izquierda que a veces le tiene temor psicológico a la derecha. Ricardo, no. Venía del conservantismo y era pije. Conocía a la gente que atacaba. Le sabía los sobrenombres y las características. Y, además, usaba la ironía y la burla como nadie. Pintaba a los apolillados caballeros en sus salones y en sus clubes. Le describía la familia y los antepasados. Los hacía pedazos entre las carcajadas del público.

Y esa mañana me probó el inmenso orador y agitador que era y que se perdió más tarde por dedicarse a la apacible crítica literaria.

Una fortuna por una frase.

Diez mil pesos de hace cerca de 30 años eran como dos o tres millones de ahora, por lo menos. Esa fue la fabulosa recompensa que ganó un periodista chileno por hacer una frase ingeniosa que no tenía más de siete palabras. Fue en la elección de Ross, Aguirre e Ibáñez el 38 y don Gustavo, aconsejado por algunos de los genios de derecha que lo llevaron a la cola el 25 de octubre (comenzando por el León), llamó a un concurso público para hacer una frase que le diera la victoria.

Como don Gustavo tenía la plata que le faltaba justamente en sentido político, fijó en 10 sábanas de a mil la recompensa por la frase.

En la vara de un bar del centro y entre dos trágos, se la ganó Alvaro Puga Fischer (autor de teatro y periodista de fuste) que inventó aquello de:

“Muchos los problemas. Una la solución: Ross”.

Y el 25 de octubre ganó don Pedro Aguirre.

Se ha dicho muchas veces que el general Ibáñez no tuvo participación directa en el golpe del 5 de septiembre. El general estuvo metido en **TODOS** los golpes, intentonas y revueltas que hubo en Chile hasta que él llegó al Gobierno en 1952 con 450.000 votos para pavimentarle el camino.

En 1937, cuando era el candidato secreto de los comunistas y Carlos Contreras Labarca lo consideraba mucho más eficiente para llegar a La Moneda que un radical moderado y desvaído como don Pedro Aguirre Cerda, Jorge González, Rosseti y Latcham le "robaron" al general al PC. Blanca Luz Brum fue el hada madrina de la fallida candidatura comunista del general. Cuando mediaba el año 1938 y ya se veía claramente el avance arrollador de la candidatura de Ross, jineteado desde La Moneda por Alessandri, el general supo en líneas generales que se preparaba un golpe en su nombre. Jorge González, que pensaba acertadamente que llegar a la elección con tres candidatos era entregarle en bandeja la elección al llamado por la revista ibañista "Hoy" "el último pirata del Pacífico" o "el Ministro del Hambre", destacó a uno de sus hombres de confianza para que hablara con el general. Los diálogos entre ambos en la casa de la suegra de Ibáñez en la Alameda frente a Cumming, eran los siguientes:

—General, se venden 4 pistolas.

—¿Cuánto?

—10.000.

—Ahí van 20.000, pero yo no sé nada.

El hecho fue que así fueron comprados fusiles ametralladoras, pistolas, balas, equipos de radio (que montó Pedro del Campo), granadas de mano, etc.

Más aún, se le propuso al general un autoatentado para echarle la culpa a Investigaciones. Se trataba de que un grupo de nacistas que se harían pasar por "tiras" asaltarían la casa en que vivía Ibáñez y que era de su suegra doña Margarita Velasco de Letelier, y la harían pedazos...

El general dijo al comienzo que sí, pero más tarde se echó para atrás pretextando que la casa no era suya, que la valija pertenecía a su madre política.

Como Uds. ven, el general ya no era el mismo dictador revolucionario del año 27 al 31.

Cuando vino el golpe, fue a entregarse con Rogelio Cuelar, al **UNICO** cuartel que no debía haber ido: la Escuela de Aplicación e Infantería de San Bernardo, donde estaba el Comandante Barrios que era adicto a Alessandri y que odiaba al general.

Pero la totalidad de las armas que se usaron en la Universidad de Chile y en la Caja de Seguro Obrero el día 5 de septiembre, fueron compradas con plata de Ibáñez, que lo único que no sabía era que el golpe sería precisamente en esa fecha.

El feroz 5 de septiembre.

La noche anterior al 5 de septiembre yo estaba en una fuente de soda que quedaba junto al Carrera, con Juan Tejada y Jorge Marshall. Juan era independiente, pero Marshall y yo trabajábamos en el diario nacistra "Trabajo" y habíamos participado en la "Marcha de la Victoria".

Jorge no llamó esa noche a su casa como de costumbre. A la hora que llama, habría recibido un recado urgente de César Parada (que dirigiría el asalto a la Escuela de Leyes) y no estaría vivo en estos momentos.

Yo, a pesar del secreto total sobre el golpe del día siguiente, sabía:

- Que sería tomada la Escuela de Leyes y el Seguro Obrero.
- Que serían voladas tres torres que surtían de luz a Santiago.

- Que el jefe del MNS operaría desde una casa misteriosa de Santiago en el Barrio Alto.
- Que el total de los participantes no pasaba de 80.
- Que el jefe táctico iba a ser Oscar Jiménez.

Al día siguiente, a las 11 de la mañana, estaba en Zig-Zag cuando llegó la escalofriante noticia:

—Unos gangsters se acaban de tomar el Seguro Obrero.

Salí en taxi y me bajé frente a la Universidad, que ya estaba tomada y cerrada.

A las 12 otro grupo de muchachos se tomaban el Seguro. No fue tomado el Ministerio de Hacienda que “cubría” estratégicamente La Moneda, porque el sistema de ascensores que tenía el Seguro era mucho más eficaz para el golpe. Una casualidad provocó la primera sangre que más tarde fue la causa de la masacre misma. Se le abrió una maleta con granadas en el hall a un nacistá, y lo vio el cabo Salazar que estaba de guardia en el Seguro. Le apuntó con una pistola, pero el nacistá anduvo más rápido y disparó antes.

Antes de contar la masacre misma, es conveniente que el lector sepa cuál era el plan del golpe para que no crea, como se ha dicho tontamente, que se trataba de una locura.

- Jorge González sabía que la batalla electoral del 25 estaba perdida con tres candidatos.
- Sólo un golpe permitiría liquidar la candidatura Aguirre y dejar únicamente a Ibáñez contra Ross.
- El golpe era para echar a Alessandri y nombrar una Junta de Gobierno presidida por un distinguido hombre público que le diera garantías a todos los sectores. Ya estaba elegido y había aceptado.
- El 80% del ejército estaba de acuerdo con el golpe, pero exigía que Alessandri se saliera de la Constitución para proceder en consecuencia. El santo y seña lo daría Caupolicán Clavel, jefe de las tropas de asalto nacistas, que había renunciado a la masonería públicamente meses antes.

Esta fue la clave que falló. El general Clavel desapareció misteriosamente en el momento decisivo y, según se dijo más tarde, la renuncia a la masonería había sido falsa y recibió la decisiva noche del 4 al 5 orden de los "hermanos" de hacerse a un lado y archivar en un punto de Santiago.

Lo buscó todo el día el nacist que hacía de contacto con el general Ibáñez y fue diez veces a su casa sin hallarlo. Si Clavel da el santo y seña a las 12 del día, los mismos regimientos que montaron guardia frente a La Moneda y que lucharon de malas ganas por Alessandri, habrían ocupado el palacio de Gobierno, habría llegado Jorge González como Ministro del Interior al palacio de Toesca, no habría corrido la sangre y el general Ibáñez habría sido Presidente de la República 14 años antes de la fecha que lo fue.

A las 12 yo estuve junto al León en Moneda con Morandé y vi como estaba indignado y como insultó públicamente a Julio Bustamante, que era su Intendente, porque éste creía ingenuamente que se trataba de un vulgar asalto gangsteril.

Se encerró en la Intendencia y más tarde pasó a La Moneda a dirigir las operaciones. Un cañón colocado frente a la Universidad disparó dos andanadas. Con ambas barrió con los muchachos que habían levantado barricadas en la puerta. Y comenzó la primera parte de la matanza.

Ustedes ya saben el resto. El general Arriagada, de civil, disparó (como se ve en las fotos de "Zig-Zag") con un fusil ametralladora hacia el Seguro. Dicen que estaba saliente de una mona porque había estado en una farra el día anterior. Esa farra fue fatal en la historia de Chile. Lo mismo que la orden del León en medio de la histeria de su familia (italiana por los cuatro lados) y de sus amigos: "Mátenlos a todos".

Arriagada se puso uniforme e hizo entrar a los muchachos rendidos al Seguro. Allí algunos coroneles (como González y Pezoa) que no fueron fusilados, procedieron a repetir los horrores de la matanza de Lo Cañas contra una muchachada rendida e indefensa.

A las 4 yo sentí, a una cuadra de distancia, las dos fúnebres descargas.

El jefe nacistas y Oscar Jiménez abandonaron la casa de la calle Carvajal, de Enrique Zorrilla, y esa misma noche se entregaron a una comisaría de Providencia y conducidos a Investigaciones.

En el Seguro fueron masacrados 60 nacistas y tres personas más que se "cazó" por la calle. A las 10 se lanzó algunos de los cadáveres desde las ventanas y se los colocó en un furgón para llevarlos a la Morgue.

A la misma hora de la matanza el médico jefe de la Asistencia Pública, Dr. Amesti, recibía la fúnebre respuesta.

—No se moleste doctor. No hay heridos.

Efectivamente, no había heridos, sino masacrados.

Y el general de carabineros, Humberto Arriagada Valdívieso, murió años más tarde tranquilamente en su cama.

Cómo se asesinó fríamente a un nacistas.

Un colaborador de un diario de derecha y campeón de tiro al blanco de Chile, tuvo el triste honor de matar fríamente a uno de los muchachos nacistas la terrible tarde del 5 de septiembre de 1938.

Alessandrista fanático, salió del diario, marchó al Ministerio de Hacienda, se colocó en el último piso y le hizo los puntos a uno de los muchachos nacistas que cometió la imprudencia de asomarse a una ventana. Era Galmayer que había venido especialmente de Valparaíso a la Marcha de la Victoria del día anterior. El campeón de tiro le dio certeramente en mitad de la frente y Galmayer fue el único de los nacistas caídos en acción. Ese fue el fúnebre honor del asesino que murió tristemente años más tarde.

Cuando le hicieron los puntos al León.

Durante 10 minutos, entre 12,25 y 12,35 del 5 de septiembre de 1938, una carabina comprada con plata del general Ibáñez y ubicada en el octavo piso de la Caja de Seguro Obrero enfocó al Presidente Alessandri que salía de Morandé 80 y marchaba nerviosamente hacia la Intendencia. Podía haber disparado fácilmente y habría hecho blanco. Se consultó el caso con el jefe nacistas que estaba al otro lado de la radio. La respuesta fue:

—Nada de sangre.

Y por eso se salvó el León, el mismo que 4 horas más tarde iba a lanzar la terrible orden "Mátenlos a todos" que iba a interpretar con mecánica fidelidad el general de carabineros Humberto Arriagada y los coroneles que se lucieron macabramente en la masacre.

La noche del 5.

En la terrible noche del 5 de septiembre de 1938 llegué al diario "La Hora", que quedaba en los faldeos del cerro Santa Lucía. El director era el Negro Jara y subdirector del mismo Diario Poblete, secretario de redacción el gran Juan de Luigui y redactor político Fernando Murillo Viaña (PC). En esos momentos estaban sobre la mesa las fotos de los nacistas muertos y nadie sabía quién era cada cual. Murillo había sido el único periodista que logró entrar hasta el hall de la Caja durante la matanza misma, pero no conocía personalmente a los nacistas.

Fui yo —amigo de casi todos los caídos— el que le indiqué el nombre de cada cual. Esto lo ha recordado más tarde el negro Jara al decir que esa noche "llegó al diario un mo-

coso con los ojos desencajados que le dio los nombres de los muertos”.

Era yo.

En la noche, como a la una, regresé por las desoladas calles de Santiago en compañía de Jorge Marshall Silva, redactor del diario “Trabajo” y dirigente del Grupo Nacista Universitario.

Nos detuvo en la esquina de Compañía y Sotomayor, a media cuadra de la casa de Marshall, una pareja de carabineros con el amable grito de: —A ver, este par de mocosos de m... Muestran las coyunturas de los dedos a ver si tienen pólvora.

Luego nos pusieron manos arriba y nos hicieron marchar así por la mitad de la calle.

Que a la hora que saben que ambos escribíamos el diario nacista “Trabajo”, no estaría contando este cuento, ni el gordo Marshall sentado en el Banco Central.

¿Qué se hicieron las fotos?

Si Ud. busca fotos de la masacre del Seguro Obrero, no las encontrará en ningún diario. He recorrido los archivos de “La Nación”, “Zig-Zag”, “La Tercera de La Hora” y varios diarios más.

Nada.

Una mano invisible (naturalmente alessandrista) se robó rápidamente todos los documentos acusadores que muestran en acción a los carabineros que desprestigiaron su uniforme en la matanza salvaje de la historia de Chile que no ha sido vengada aún.

Más todavía. Por ahí anda de candidato a diputado uno de los asesinos que actuaron ebrios de sangre la tarde trágica. Y nadie le ha pegado un tiro en la nuca, como se merece...

El 6 de septiembre de 1938 todos los amigos de los caídos en la macabra Torre de Sangre amanecimos con corbata negra y nos la sacamos únicamente el 25 de octubre cuando Gustavo Ross fue vencido por don Pedro Aguirre.

La tertulia del Café Santos se acabó como por milagro y nos reuníamos únicamente en la calle o en la Fuente de Soda Iris. Allí se planeó el apoyo a don Pedro, que fue la consigna que había lanzado Jorge González desde la cárcel. Naturalmente los ibañistas biológicos que pensaban solamente en embajadas y consulados, pusieron dramáticamente el grito en el cielo en su local de la calle Ahumada al llegar a Agustinas, pero los jefes importantes de la Alianza Popular Libertadora (APL), Rossetti y Latcham, estuvieron de acuerdo y don Pedro fue el candidato de **TODA** la izquierda, Mauricio Mena y Javier Cox se movieron rápidamente para que se hiciera efectivo el apoyo y el día 25 los nacistas fueron los mejores elementos de choque para acabar con las encerronas y el cohecho rossista.

Un número genial de "Topazé".

Diversa fue la reacción de la prensa después de la masacre. El León se encargó rápidamente de taponar la boca a la llamada prensa "seria". "La Opinión" fue clausurada y empastelada, y como si fuera poco, a "Trabajo" lo cerraron durante varios días, "El Diario Ilustrado" no encontró nada mejor que publicar el 9 en primera página un título que decía textualmen-

te: "Los nacistas se mataron entre ellos". "El Mercurio" se lavó mercurialmente las manos en homenaje a Pilatos, y únicamente "La Hora" se colocó valientemente en la barricada junto a la revista "Hoy". La primera corría con los colores aguirristas y la segunda con los del general que había quedado con los huesos rotos después del fracasado golpe.

La reacción notable, ingeniosa y altiva fue la de la revista "Topaze". Como se trataba de una publicación netamente humorística, no podía tratar en broma el terrible problema, pero al mismo tiempo necesitaba salir a la calle.

Se encontró una solución genial. En esos días se realizaba una Exposición Avícola en la Universidad Católica. Uno de los redactores de "Topaze" llegó al recinto de la exposición y compró el prospecto que fue publicado sin quitarle una coma e indicando únicamente la sangrienta fecha de la masacre. Allí aparecían, sin el menor comentario, los pobres pajaritos destripados y colgando de los ganchos.

El efecto de ese inolvidable número (que le costó otra rabieta al León) fue formidable en la opinión pública.

A los pocos días reapareció "La Opinión" cargada de dinamita, y comenzó una campaña sin cuartel de "Hoy", "Topaze" y "La Hora. Se exigió justicia en la Cámara y el Senado. La derecha y el gobierno se pusieron uniforme de carabineros y declararon que La Moneda había tenido toda la razón del mundo en matar a 63 muchachos rendidos. En la revista "Hoy" apareció un artículo admirable de don Jacinto Núñez. Rosetti se lució con sus mejores editoriales. Contrató "Trabajo" apenas pudo, la izquierda llevó sus mejores cañones hasta el Congreso y nunca ha habido más incidentes violentos en menos tiempo.

Y a pesar del apoyo de La Moneda, el señor Ross siguió jugando con su simbólico llavín, pero no llegó a lo que consideraba su billetera particular: La Moneda.

¿Qué pasó con las armas del 5 de septiembre?

Aparte de las capturadas por los carabineros el mismo día de la masacre, las armas que estaban aún en poder de algunos nacistas y que no fueron usadas, corrieron diversa suerte.

Unos tiros encerrados en una caja que pertenecían al Ejército y que así lo decía públicamente en la tapa, las tenía en su poder el nazi Guido González, actualmente candidato de la Democracia Agrario Laborista a diputado por Cautín. Lo peligroso era que le habían sido entregadas por un hermano suyo que era oficial de Ejército. Si pillaban las armas, lo habrían fusilado sin más trámites.

Guido, aprovechando la noche, llegó hasta el canal San Carlos en un viejo cacharro, pero fue detenido por los carabineros. Por suerte logró convencerlos que no llevaba nada ilegal y lo dejaron pasar.

Los tiros de guerra, que debían haber sido aprovechados en la tarde trágica del 5, pasaron a dormir en las apacibles y cómplices aguas del canal.

El resto de las armas fueron despachadas por tren en un paquete al sur. Allí las recogió y las escondió un nazi de Valdivia que había recibido un telegrama en clave.

Y así terminó la segunda parte de la matanza.

Una entrevista sensacional.

En septiembre de 1938 yo trabajaba en la revista "Zig-Zag", que dirigía el poeta Carlos Barella. Era el niño regalón y me mandaban generalmente a hacer entrevistas difíciles. Jorge González estaba preso y condenado a muerte. Barella me pidió que entrevistara a la esposa del jefe, Sra. Lau-

ra Allende de González. La entrevista era prácticamente imposible, pero me las arreglé para que el jefe nacista diera orden desde su calabozo para que me recibiera únicamente a mí.

Hablé con ella en su casa de la calle Hernán Cortés durante una hora. Pocas veces en mi vida he visto una dama más entera y más digna. Más allá de todo sentimentalismo y a pesar que sabía que su marido esperaba únicamente el pelotón de fusilamiento, habló con perfecta serenidad.

Yo llegué feliz con la entrevista, pero Barella consideró que era demasiado fuerte y le pidió a una poetisa (que más tarde fue diplomática) que la suavizara un poco. Resultado fue que la entrevista perdió el **punch**, que era lo básico que tenía, y salió bastante envalesinada y cursi a la circulación.

Cuando trataron de matar al León.

Esto no lo sabe absolutamente nadie. En 1938 a los pocos días de la masacre del 5 de septiembre, se organizó un complot para matar a Arturo Alessandri. El plan era el siguiente: Un grupo de nacistas seleccionados entre los más decididos se vestirían con uniformes de la aviación y esperarían la llegada del Presidente a Los Cerrillos. Lo rodearían rápidamente y se lo llevarían en un auto fuera de Santiago. Allí previo un breve juicio en que se le acusaría de haber dado la orden de matar a los 63 muchachos, se le aplicaría un castigo ejemplar.

Estaba todo listo y sólo a última hora se dio contraorden.

Jefe del plan fue un nacista que murió años más tarde y cuyo nombre me reservo.

Cuando don Pedro se sintió perdido.

Cuatro meses antes de la elección, don Pedro se sintió perdido. Invitó una noche a su casa a la plana mayor radical y les dijo textualmente:

—Se acabó la plata. No tengo un cobre y tenemos la batalla perdida... Ahí les dejo chicha y buen vino de mi viña para que busquen la solución... Firmen letras, hagan lo que quieran y busquen una salida... Si no, yo renuncio mañana mismo...

Y se acostó tranquilamente.

Esa noche fue decisiva. Los radicales buscaron plata hasta debajo de las mesas, pusieron cabeza abajo a sus millonarios del sur y encontraron fondos para seguir adelante la bre-ga.

Y por eso, y por el 24 de diciembre, Aguirre Cerda llegó puño en alto a La Moneda.

El 25 de octubre.

El histórico 25 de octubre del 38 me levanté a las 6 de la mañana. Se trataba de ganarle a Ross como fuera y vengar a los muchachos del 5 de septiembre. No era una lucha vulgar, sino el combate a muerte contra la oligarquía asesina. Yo era jefe de un grupo que iba a operar en la Tercera Comuna. Liquidamos a punta de bombas (preparadas en una casa de la calle Catedral por manos socialistas y comunistas) más de veinte "encerronas". A las 11 me agarré por primera vez a bofetadas con los rossistas, a las 12 de nuevo y así el resto de la tarde. No almorcé ni tomé té. Con los bolsillos juvenilmente planchados, pero revólver en mano (de un te-

niente de ejército) entrábamos a las encerronas del enemigo y procedíamos de hecho sin preguntar una palabra.

Nos habríamos hecho ricos si hubiéramos querido con la plata que le requisamos ágilmente a los millonarios partidarios del "último pirata del Pacífico".

A las 6 de la tarde se sabían los primeros resultados y a las 10 nos tomábamos una copa de rico Conchalí en la casa de don Pedro, en la calle Mac Iver al llegar al Parque.

Los 63 nacistas asesinados en la Torre de la Sangre estaban parcialmente vengados. Y don Gustavo Ross, a pesar de su histórica calva, se quedaba con los crespos electoralmente hechos.

- Lo que me dijo Indalecio Prieto.

La agónica República Española envió a la transmisión del mando del año 38 (Pascua) a Indalecio Prieto, que era Ministro de Guerra. Lo acompañaban un general republicano y Angel Osorio y Gallardo, pensador católico que estaba con la izquierda española.

Indalecio, con el que hablé en La Moneda, me dijo en voz baja:

—La guerra está perdida. Las peleas entre comunistas y socialistas han sido fatal para la república. Espero que ésto no pase en Chile. Tengan cuidado.

Más tarde Prieto habló en el Estadio Nacional ante 80.000 personas y repitió el mismo consejo. Nunca se había movilizado la izquierda como esa noche. No había dónde poner un alfiler. El PC y el PS se habían lucido y le habían puesto guardia de honor de uniforme a don Indalecio.

Prieto (al que más tarde iba a imitar genialmente Santiago del Campo en España), tuvo la valentía de decir:

—No cometan Uds. los errores en que cayó el Frente Popular en España. Allí nos dividimos y le hicimos el juego al adversario.

Fue justamente la misma época en que comenzaba la lucha entre la línea PC y la línea PS.

De naciismo a Vanguardia Popular.

En enero de 1939 a la salida de la Cárcel de Jorge González, que fue indultado por don Pedro Aguirre Cerda (su primer decreto), se realizó una sensacional concentración en el viejo teatro Balmaceda, de Enrique Venturino, a las 10 de la noche.

Era el estreno en sociedad de la Vanguardia Popular Socialista, que había cambiado de doctrina, de posición, de bandera y de saludo. Jorge González, Pedro Foncea y Jorge Marshall trabajaron activamente en la nueva declaración de principios que comenzaba por reconocer la lucha de clases y la ubicación del partido al lado de los explotados. El saludo romano, con el brazo derecho, fue reemplazado por el saludo aprista, con el brazo izquierdo, y el partido mismo recibió el nombre de Vanguardia Popular, subrayando la palabra socialista para acercarse al PS. Habló el jefe como nunca, Pedro Foncea, Oscar Jiménez y varios más, se rindió homenaje a los caídos en el Seguro Obrero y se agitó al viento la nueva bandera que era roja con 63 estrellas.

A la salida (1 de la mañana) desfilaron los nuevos vanguardistas a través de las calles de Santiago en medio de las ovaciones de los noctámbulos transeúntes de izquierda. Los más entusiastas fueron los comunistas, que saludaron a la Vanguardia a través de "Frente Popular" que inspiraba Ravínez

en una vieja casa de la calle Carmen y que dirigía Enrique Bello.

El resultado inmediato fue la salida del nuevo partido del ala más derechista y fascistizante que fue a integrar el Movimiento Nacionalista (MN) que fundaron Guillermo Izquierdo y el "Poroto" Vergara y que recogió a los nacistas náufragos.

A pesar de la política de acercamiento al PS, Oscar Schanake se encargó de boicotear la nueva táctica, y la VP se quedó totalmente sola. Más tarde Jorge González trató de fundar un Frente Nacional con Ernesto Prieto y la gente de la Acción Republicana, pero su iniciativa se perdió en el vacío.

Desilusionado totalmente, me dijo un día antes de lanzar la candidatura de Ibáñez el 42:

—Con la izquierda no se puede hacer absolutamente nada en Chile.

Y cansado de todo, se hizo liberal y trabajó por Arturo Matte.

El PC saludó a los nacistas.

El viraje a la izquierda del Nacismo a Vanguardia Popular Socialista, fue saludado entusiastamente por el diario comunista "Frente Popular", detrás del cual estaba la mano internacionalmente probada de Eudocio Ravínez, que pertenecía efectivamente a la directiva superior de la Internacional y que había traído la táctica del FP a Chile.

Se le saludó calurosamente desde las columnas del diario comunista y se vio el espectáculo paradójal de los dirigentes comunistas del brazo de Jorge González.

Hábilmente presentían el futuro y trataban de evitar el partido único de izquierda a base de PS y VPS y que planeaba secretamente el jefe de la Vanguardia.

Aparece la revista "VEA".

En vista del éxito de la revista "Ercilla", Mario Vergara Parada, jefe de cables de "El Mercurio", que había lanzado "Crack" como revista deportiva con algo de actualidad nacional, decide hacerle la competencia en regla y funda "VEA" el 19 de abril del 39. A los tres años iba a llegar a los 200.000 ejemplares. Mario no escribe (no porque no supiera, sino por excesiva y equivocada modestia), y llamó a José Bosch (actualmente en Argentina), Alfonso Huerta (muerto prematuramente), el Mono Pizarro (fallecido hace tres años), Sergio Zamudio, Guillermo Gerberding, yo, Pipo Rocuant, Bienvenido Feliú, Francisco Pérez, Germán Olgún y varios más para hacer la mejor revista que se haya lanzado en Chile con éxito en menos tiempo. Cuando viene la guerra mundial montamos un número especial en media hora con "corresponsales" fantasmas en París, Londres y Berlín. Para el golpe fallido de Ariosto Herrera el 19 de agosto, lanzamos un suplemento en una hora, que se agota a los 30 minutos.

En la revista "VEA" debutó igualmente Jenaro Medina, su director hasta hace un mes, que yo saqué de la corrección de pruebas y lo puse a trabajar en la sección política.

Por qué no fui a la guerra.

Por no tener fama ni cara de periodista serio, no fui a la guerra del 39. Efectivamente, soy nieto de alemán, hablo y escribo alemán, me eduqué en Colegio Alemán y cuando estalló la guerra tenía 6 meses de periodista efectivo.

Pero me faltaba la fama que en Chile hay que pagar desde que se salta de la cuna.

Cometí la ingenuidad de ir a ver al director de "El Mercurio" de la época, don Clemente Díaz León, y le expuse mi propósito de marchar al campo de batalla en el frente germano que estaba ganando todas las batallas y haciendo sonar a los aliados. Me dijo que le llevara una carta de la Embajada Alemana y otra de Mario Vergara, director de "VEA" donde trabajaba.

Se las llevé acompañadas de como cien documentos, tarjetas y cartas de presentación. Las leyó despectivamente y me contestó:

—Es poco. Una diario tan importante como "El Mercurio", decano de la prensa nacional, no se puede embarcar con un desconocido.

Y por eso estoy vivo en vez de estar enterrado en la arena africana o en nieve soviética.

Por ser poca cosa para el diario más serio e imperturbable de la prensa nacional que naturalmente estaba en forma "oficial" con los aliados que perdían una batalla cada media hora en el frente europeo.

El terremoto de Chillán.

El 24 de enero del 39 se estremeció la tierra en Chile como nunca lo había hecho antes. El foco fue Chillán y el país entero se movilizó en su ayuda. Yo trabajaba en "Crack" y partí como corresponsal (llevaba sólo dos meses en el oficio) a contar cómo había sido la tragedia y al mismo tiempo trabajar, pala en mano, en favor de las víctimas. Durante tres días viví entre cadáveres, saltando sobre zancas, dando sangre y viendo con mis ojos como actuó don Pedro Aguirre y la calumniada combinación del Frente Popular. Vi trabajar a las milicias socialistas de uniforme que no durmieron una sola no-

che y se alimentaron escasamente. No faltó naturalmente el ataque en picada que las acusó de haberse robado frazadas y alimentos.

Nunca el mundo se volcó en favor de una nación como lo hizo con Chile. De todos los ángulos del globo llegó la ayuda. Y Chillán, a la vuelta de pocos años, se levantó milagrosamente de sus cenizas.

Allí sobre el polvo, entre los cadáveres insepultados, con olor a muerto en el aire, escribí para "Crack" mis primeras crónicas.

Ibáñez izquierdista.

Tengo a la vista las "Memorias" inéditas de Ricardo Latcham que verán la luz en algún tiempo más. En ellas anoto una curiosa conversión política del general Ibáñez. Cuando viene el 5 de septiembre del 38 se entrega al único regimiento en que NO tenía que entregarse y declara tan campante que no tiene nada que ver con el golpe.

Cuando triunfa don Pedro, se va a la Argentina y allí recibe la simpatía y el apoyo de sus amigos de la Alianza Popular Libertadora (APL). Declara a sus íntimos:

—Hay que apoyar a Aguirre Cerda y al Frente Popular. Este es el momento de terminar de una vez por todas con la derecha. Debemos fundar, con la gente de la APL, un partido nacional y revolucionario para controlar el Gobierno y no permitir que se desvíe hacia la derecha. No me gusta lo que está haciendo Jorge González que trata de acercarse al PS.

A pesar de esto, aparece mezclado el mismo general Ibáñez, sólo meses más tarde, en la descabellada intentona del general Ariosto Herrera el 25 de octubre, que tenía marcado sabor fascista.

El año 39 Jorge González, Jefe de la VPS, se lanza resueltamente hacia la izquierda y concretamente hacia el PS. Tiene **in mente** la formación de un bloque socialista y vanguardista que se habría transformado rápidamente en el partido de izquierda más fuerte y más efectivo de Chile con experiencia en la calle y en el gobierno. Manuel Seoane, desde "Ercilla" sirve de **trade union** entre ambos bandos. Blanca Luz Brum es la musa y todos los días "Trabajo", impreso ahora en el diario fiscal "La Nación", publica editoriales del propio jefe de la VPS, de Javier Cox o Jorge Marshall, que llaman entusiastamente al Frente Unico Socialista. Esto molesta a dos grupos de personas: a los comunistas, que ven que se les escapa de su órbita la flámante VPS, y a Schnake, que sabe que si se hace el Frente Unico, el jefe de la nueva combinación no será él, sino Jorge González, que es mejor agitador, mejor orador y líder de tonelaje con conocimientos de la calle, coraje personal y sentido de la propaganda.

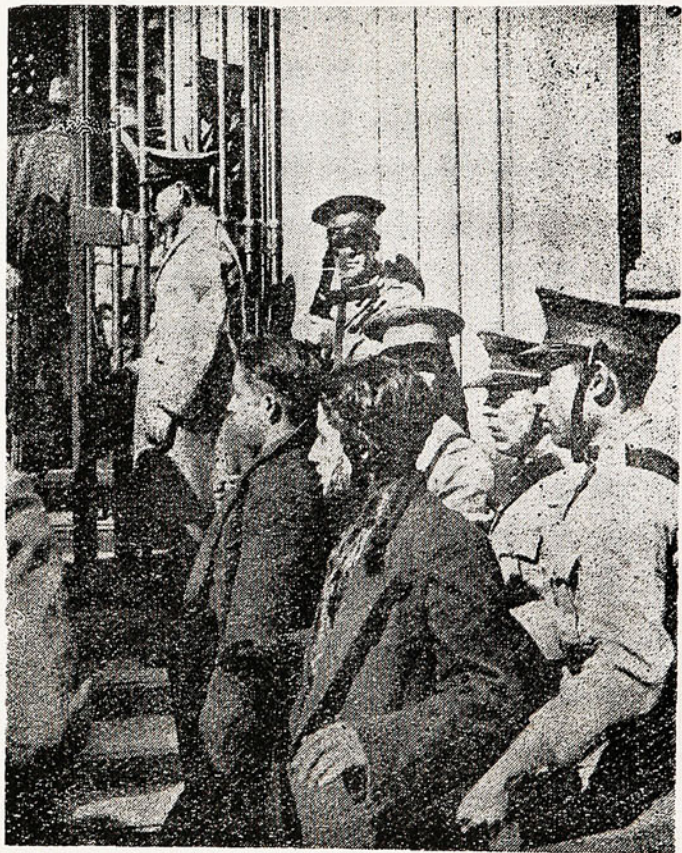
El pololeo dura tres largos meses y Schnake insiste en no darse en notificado. Resultado de lo anterior es que el jefe de la VPS se aburre finalmente y vira hacia la derecha. Pero el culpable de la no unión y más tarde de la posible fusión, fue el futuro embajador en Paraguay, al que le pasó su hora histórica frente a las narices y no se dio cuenta de ello.

Una casa misteriosa.

En la primera cuadra de la calle Bulnes había una modesta casa gris, que por motivos que no es del caso indagar más a fondo, fue fundamental en la historia de Chile en la época del Frente Popular. Allí, a la sombra de una dama árabe,



Este fue uno de los pocos carabineros heridos. Sale de la Caja a las 3 de la tarde.



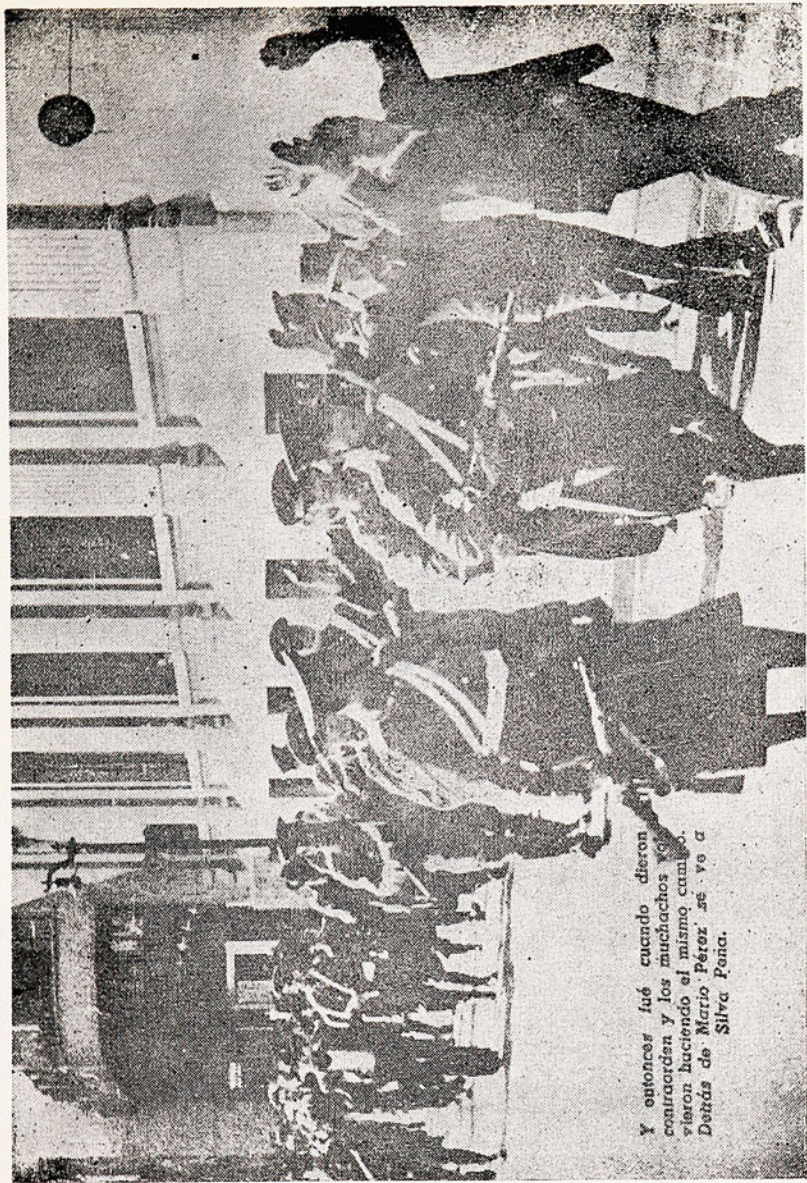
Chorreando sangre llega uno de los nacistas a la Caja.



El más joven de los muchachos que actuaron en la Escuela de Leyes muestra inútilmente su carnet.



Los conducen rendidos a la muerte. Se ve a Luis Thennet, Silva Peña, Mario Pérez, Francisco Maldonado y César Parada.



Y entonces fué cuando dieron
contraorden y los muchachos
volvieron haciendo el mismo cambio.
Detrás de Mario Pérez se ve a
Silva Pena.

Los vuelven de Agustinas al Seguro. Fue la orden fatal.



Doblando por Morandé. Puede verse a Saeltzer y Silva Peña.



Con su triste abrigo de estudiante se ve a Yuric, que fue el que subió al 8º piso a pedir que se rindieran sus compañeros.



Frente al Seguro Obrero marcha la columna. Los llevaron hasta Agustinas y de allí los hicieron volver.



El final de la fúnebre caminata. En primer plano Enrique Herreros, en mangas de camisa. Fue él el que escribió la carta a su novia, en la cual se despedía de ella... y de la vida.

se organizaban los ministerios, se designaba a los vices, embajadores, cónsules y jefes de servicio y se preparaba, lenta pero seguramente, la conquista definitiva del poder por el inquieto PS, que "teóricamente" estaba aún con don Pedro Aguirre Cerda.

De allí salió la orden a las milicias de Rodríguez Corces para salir a la calle y defender el Gobierno del Frente Popular cuando se levantó ingenuamente Ariosto Herrera y de allí partió, igualmente, la orden de marchar al sur en los días trágicos del terremoto.

Allí, en un ambiente perfectamente otomano y con perfume de "haschid", se escribió una página de la pintoresca historia de Chile.

La libreta de Raúl Marín.

Un día me encontré en la calle con Raúl Marín Balmaceda. Eramos amigos a pesar que pensábamos en política en forma diametralmente opuesta.

Raúl me dijo:

—Mira, acompáñame a la oficina que te voy a mostrar algo que a tí —que te encanta la historia y que le tienes tanta admiración a Balmaceda— te va a gustar.

Allí sacó misteriosamente de la caja de fondos las collaras de oro del presidente mártir, la banda tricolor (que más tarde le fue regalada a Ibáñez) y finalmente una carta de la época de la revolución que decía textualmente en una parte:

"Me pides que ceda ante el Congreso. Ya no es tiempo. Ahora es época de lucha y de balas...".

Luego levantando la voz, Raúl continuó:

—Mira esta libreta privada del Presidente. Lee:

Y leí lo siguiente: "Lista de diputados y senadores de Gobierno. Lista de congresales de oposición...".

Y luego, en forma teatral, Raúl me agregó:

—Mira lo que dice en la página siguiente.

Y efectivamente leí, con los ojos cuadrados de impresión:

“Diputados y senadores de oposición **COMPRABLES Y EN CUANTO**”.

Traté de leer rápidamente la libreta, pero Raúl me tapó la página diciéndome:

—No viejo. Eso no. En esta lista está la mayoría de los abuelos de mis amigos y colegas actuales.

El golpe de Ariosto Herrera.

El 25 de agosto de 1939 me dijo el chofer que tenía su taxi en la esquina de mi casa:

—Don Tito... Acaba de estallar la revolución.

No le creí mucho porque en Chile, para que haya efectivamente una revolución, tiene que salir un anuncio en el diario el día antes para que se imponga todo el mundo.

Cuando llegué al centro ya estaban las milicias socialistas y vanguardistas en la calle.

¿Qué pasaba?

Que el general Ariosto Herrera, que se había leído algunos folletos sobre fascismo, se había sentido llamado por Dios a desempeñar en Chile el papel de Franco en España.

No sacó nada con ir al Tacna. Yo lo vi de uniforme paseándose como un sonámbulo en la sala de guardia. Los oficiales no querían ingresar en la historia y se negaban a participar en la revolución. A las 10 de la mañana estaba perdido. Mientras tanto, el general Ibáñez se había asilado rápidamente en la Embajada del Paraguay.

A las 11 de la mañana desfilaban los socialistas, comunistas, obreros y estudiantes en camiones y con los puños en

alto como en las mejores fotos de la Guerra Civil española. A las 11 y media don Pedro Aguirre le pidió un revólver a Osvaldo Sagués, jefe de Investigaciones, y le dijo:

—De aquí no me sacan vivo...

Antes de las doce del día hablaban desde los balcones de La Moneda Pedro Enrique Alfonso, Schnacke, Grove, Jorge González, Contreras Labarca, etc.

A la una la revuelta estaba liquidada y don Ariosto totalmente preso.

A las 7 de la tarde desfilaba el Frente Popular victorioso frente a La Moneda y ante don Pedro y doña Juanita.

A las 7 y media yo lograba entrevistar en la Embajada del Paraguay al general Ibáñez, que se negó sistemáticamente a hablar conmigo, pero que finalmente me dijo una sola frase clave:

—Mala suerte... Nos falló.

Bastaba como reconocimiento de la derrota, aunque años más tarde me negó en La Moneda en forma absoluta que hubiera tenido nada que ver con el general Herrera y que "había sido arrastrado a la aventura".

Todo Chile de uniforme.

En 1939 todo Chile se puso camisa y saludó con la mano derecha o con la izquierda. Los vanguardistas (ex nacistas) camisa color gris, los socialistas color acero, los comunistas blancas con pañuelo rojo, los radicales, democráticos y nacionalistas de color azul. Manuel Garretón habló en el local de la Falange Nacional en tenida militar y hasta con pito. El símbolo de los radicales era un triángulo rojo. Los PC y los PS con el puño en alto. Lo mismo los rádicos, que eran sus aliados. Unicamente los vanguardistas usaban el saludo aprista con el brazo izquierdo doblado.

Y nunca se ha visto más desfiles en las apacibles calles de Santiago.

Como si faltara poco, el gordo Olivares (que fue el organizador intelectual de la muerte de Barreto en el Café Volga) organiza el Partido Fascista con camisa negra. Olivares moría más tarde cosido a balas en la calle Corrientes, de Buenos Aires, durante el levantamiento de la Escuadra contra don Juan Domingo. Un grupo de peronistas que se negaba a entregarse, fue rodeado y quemado el local y sus ocupantes que se negaron a rendirse, fueron cazados criminalmente a balas.

En plena guerra mundial.

Cuando estalló la guerra mundial comenzó la pelea entre ambos bandos en Chile. La hermana de un amigo alemán que había sido compañero mío en el Deutsche Schule de la calle Almirante Barroso, fue a dar a la cárcel por hacerle señales con un encendedor, en la costa cerca de Santiago, a los submarinos nazis que llegaban a Chile. El agregado de prensa de una embajada aliada tuvo que salir a paso de polca de la sección cables de "El Mercurio" cuando su jefe, que era Mario Vergara Parada (actual Ministro de Chile en Jordania y fundador de la revista "VEA") le dio a entender que no aceptaba sobrecitos misteriosos con resonantes dólares adentro. Los alemanes controlaban el Comedia y más tarde el Principal para dar las películas de la UFA. Los aliados controlaban el resto y tenía chipe libre en toda la prensa. Además, sacaban un diario que se llamó "Prensa Aliada" y donde trabajaban Revel Dick, Guillermo Eduardo Feliú, Reinaldo Lomboy, etc.

En la noche, en el Imperio, se daban después de las 12, películas de propaganda como "Hitlerjugend Quex" y "S.S. in Flamen" que contaban con el sonriente visto bueno de algunos "aliados" de pega que había en el país.

En la Masonería militan actualmente 25 místicos ex sacerdotes que abandonaron un día la sotana y se pasaron con camas y petacas a la vereda opuesta. Entre ellos el caso más notable es el de don Armando González Rodríguez que fue profesor de filosofía de los aristocráticos Padres Franceses, pero que un día colgó la teja y se probó el mandil.

Don Armando escribió hace años un artículo en la revista "HOY" que provocó sensación. Se titulaba "No creo" y en él sostenía nada menos que Dios no existía.

En breve el tradicional Club de la República que se alza en la Alameda, se mudará a la calle Marcoleta a un palacete impresionante. Podemos adelantar (a pesar que todo lo que se refiere a los buenos "hermanos" es policialmente misterioso y secreto) que tendrá nada menos que 20 templos, casino, piezas para los hermanos que vienen a beber la leche masónica desde las provincias lejanas, biblioteca, etc.

Y que será el más elegante de América.

La fantástica época del Inca.

El gran cuartel de la bohemia nocturna de Santiago en los días de la guerra fue el "Inca" de León Kotliarenko, que quedaba en la calle 21 de Mayo, donde ahora hay tres turcos por metro cuadrado.

En esa época había únicamente dos. Ibamos en la noche con Alfonso Huerta, el guatón Cordero (creador del periodismo policial humorístico) y Juan Tejeda. A veces se agregaba en calidad de extra, Carlos Ugalde que también trabajaba en "VEA".

Apenas asomábamos la nariz con una cara de gangsters que habíamos estudiado largamente en el cine, se nos mandaba una ponchera en la cual cabía fácilmente la escuadra chilena completa.

Eso era a las 11 de la noche. A las 2 de la mañana en la amable compañía de Sallorenzo, Lois y Frontaura, llegábamos fácilmente a la cuarta ponchera.

Pero como teníamos 22 años nos íbamos perfectamente frescos a la casa.

“La Nueva Edad”.

En plena guerra, Miguel Serrano (actual embajador de Chile en Yugoslavia y escritor de primera línea) fundaba “La Nueva Edad” en la cual la parte internacional corría por cuenta de René Arriagada, que trabajaba en la sección cables de “El Mercurio”. Redactor político de la misma era yo que firmaba “Reporter 7”. La revista que duró dos tempestuosos años, tuvo artículos sensacionales como uno de Miguel que se titulaba “¿Por qué Roosevelt parece cada día más mujer y su esposa está tomando aspecto de hombre?”. Otro que provocó sensación del mismo Miguel sostenía que los hombres chilenos estaban cada día más feos y más chicos y que con razón las mujeres estaban mirando más hacia la Argentina.

Mi colaboración terminó el día que hubo que definirse en la lucha presidencial del 52 y que la directiva de “La Nueva Edad” se cuadró con Jaime Larraín García Moreno en la contienda. Yo me fui con Ibáñez.

Pero fue una experiencia humana y periodística única.

Si se registrara con lupa la historia de Chile se llegaría a la fantástica conclusión de que la casi totalidad de los periodistas actuales fueron algún día nacistas, comunistas de fila o socialistas con camisa color acero. Gran parte de los directores, subdirectores y jefes de crónica integraron algún día las filas del temido PC, del PS o del MNS. En determinado momento el naciismo controló la revista "Ercilla" y la revista "VEA" (1939). Algunos de los más apasionados defensores actuales de Estados Unidos, estuvieron un día en las filas de la lejana URSS, Pepo dibujaba en "El Nacionalista", y los apristas escribían en el diario nacistas "Trabajo". En los días de la Segunda Guerra Mundial escribían radicales en favor de los aliados y algunos comunistas no salían de la embajada yanqui.

En "Extra" que estaba controlado por el PC escribían los radicales. Feliú y Poblete. Era director Juan de Luigui que era anarquista. En los días de la conflagración mundial más grande de los últimos tiempos, la totalidad de los redactores de la sección cables del diario aliado "El Mercurio", con su jefe Mario Vergara Parada a la cabeza, eran partidarios de los alemanes. Durante la guerra civil española, "Trabajo", órgano oficial de los nacistas, NO era partidario de la causa de Franco.

Y así sucesivamente.

Otra intentona contra don Pedro.

Al final de la época de Aguirre Cerda, el inquieto jefe de la VPS, que había fallado con los socialistas para formar un bloque, tiende la vista a los elementos independientes y nacionalistas para formar otro frente de pelea. Responden el Dr.

Ernesto Prieto Trucco y varios grupos chicos con los que se constituye el Frente Nacional que dispara violentamente contra La Moneda. Está lejos ya la época en que la recién fundada VPS había tratado de pololear con el socialismo que no la llevó ni en los tacos, gracias al olfato de Oscar Schnake, que se da cuenta que le van a levantar el partido con la juventud y las milicias adentro. Ahora hay que mirar hacia la derecha. Hay un gran desfile en el Parque Cousiño, vago remedo de las grandes concentraciones de antaño. El mejor orador era Jorge González, pero la gente no responde. Comunistas y socialistas tienen la calle. Los radicales son imbatibles. La gente, a pesar de algunas fallas de detalle, tiene fe aún en don Pedro.

La iniciativa cae en el vacío y los flamantes "frentistas nacionalistas" tienen que irse a su casa.

Un lance de honor que termina con un desayunoazo.

Un día se batieron Octavio Señoret con Juan Antonio Ríos. Se batieron en serio, y el futuro embajador de Chile en Londres, escapó por puntos de terminar su brillante carrera política y diplomática a manos del futuro Presidente de la República. Cuando se iban a batir Juan B. Rosetti con Pedro Opaizo Cousiño (ambos eran diputados) hubo tanto público que faltó poco para que el duelo se realizara en el Estadio Nacional con participación de la barra de la U y de la Católica.

Nos amanecemos siguiendo policialmente los autos de ambos duelistas, y finalmente, en vista del exceso de espectadores (sic) se suspendió la posible masacre y terminamos felices tomando desayuno con Rosetti en la Fuente de Soda Iris.

Un diario dijo: "Como siempre en Chile, los lances de honor terminan con desayunoazos...".

Cómo mueren los masones.

Cuando muere Eugenio Matte Hurtado, que fue Serenísimo Gran Maestre de la Masonería, declara su amigo más íntimo, Monseñor Carlos Casanueva:

—Nadie hizo más que él por la Universidad Católica...

Actualmente el retrato de Matte decora el hall del Club de la República.

Cuando don Pedro Aguirre, que era Maestre de la Masonería, se da cuenta que va a morir, llama a doña Juanita, que es profundamente católica, y le dice:

—Déjame morir tranquilo. Fui masón y como masón quiero morir. Que me vistan con el mandil de Gran Maestre.

Así se hizo.

El León murió "en retiro". Poco tiempo antes le había hecho entrega a uno de sus hijos de los símbolos masónicos diciéndole:

—Son las joyas más preciadas que conservo...

Ibáñez fue masón, pero, al morir, uno de sus familiares (por lado de su esposa) hace quemar el mandil y entierran al general con un rosario entre las manos.

Rosende, que habría sido Presidente de la República al no morir prematuramente en Roma como embajador, pide que lo entierren como masón.

Y así sucesivamente. Los masones mueren en su ley y con el mandil al cinto.

La conspiración contra don Pedro.

Apenas subió don Pedro al poder, la derecha revanchista disparó sus fuegos contra los tres ministros socialistas del gabinete (Schnake, Etchebarne y Bianchi). Y además contra el jefe del Comisariato, que era el gordo Natho, que venía de la

Unión Socialista de Latcham y Rossetti. Nunca la prensa de extrema derecha ha gastado más imaginación y más tinta para tratar de pintar a los personeros del FP como ladrones y criminales. En el terreno francamente conspirativo organizó el "complot del póker" y más tarde usó la ingenuidad del general Ariosto Herrera para preparar el golpe fallido desde la partida, del 25 de agosto, en el cual interviene naturalmente el general Ibáñez que había estado con don Pedro hasta dos meses antes, según se lo declaró en Mendoza a Ricardo Latcham. (Ver "Memorias").

Se dijo:

- Que las milicias del PS se habían robado la ayuda que se mandó del exterior para el terremoto de Chillán.
- Que Schnake estaba mezclado en una serie de oscuros negociados.
- Que las milicias del PS preparaban la verdadera revolución socialista.
- Que la plata era robada por millones en el Comisariato y en el Ministerio de Fomento.

Don Pedro se encogió de hombros y no les dio la menor pelota. Y gobernó y murió con la izquierda, pese a toda la táctica maquiavélicamente divisionista de "El Diario Ilustrado", "El Mercurio" y el resto de la prensa de derecha.

En medio de la guerra.

Chile fue cancha de combate internacional durante la guerra. Los aliados controlaban prácticamente el 99% de la prensa y de la radio y los pobres alemanes, italianos y nipones se batían con el resto. Ciudadanos que en Chile eran alia-

dos de día, se volvían nazis furiosos de noche y esperaban que Hitler ganara la contienda para mostrar la cara. En el Comedia y el Principal se le hacía propaganda al caballero de los bigotes. En el resto dominaba el puro de míster Churchill. La sección cables de todos los diarios estaba en manos de los aliados. En la primera etapa de la contienda, cuando los nazis estaban de acuerdo con el viejo Stalin, Eudocio Ravínez que había traído la última palabra de la táctica de la lejana Internacional, jugaba audazmente para los dos lados. Llegó un momento que no se sabía si Ravínez (que mandaba en "Frente Popular" y en "Que Hubo") estaba al servicio de la Rusia comunista o de la Alemania nazi. Salía y entraba a la embajada alemana como Pedro por su casa...

El Movimiento Nacionalista de Izquierda.

En la calle Ahumada esquina de Agustinas, con vista al Crillón, se organizó el Movimiento Nacionalista de Chile con depurada y química técnica facista que recogió a los nacistas que estaban enojados con Jorge González porque había fundado la Vanguardia con vista a la izquierda y al PS. Jefe del movimiento fue Guillermo Izquierdo, que era profesor de historia en el Aplicación y que estaba actuando en la llamada "cosa pública" desde los lejanos tiempos del romántico año 20.

Jefe de las flamantes tropas de asalto fue nombrado Víctor Vergara Márquez de la Plata (actual Ministro Consejero de la Embajada de Chile en Estocolmo) que respondía al poco revolucionario apelativo de "El poroto Vergara".

Hubo juramentos al estilo de los antiguos nacistas de la calle Huérfanos 1540, y finalmente debutaron en sociedad el

día que Izquierdo fue asaltado en su casa por los infaltables "tiras". Izquierdo se acordó de que era un jefe fascista con toda la barba y toda la responsabilidad de dirigir un movimiento revolucionario en Chile y se agarró sencillamente a balas. Con Tito Bahamondes y Pimpín Alcaide llegamos hasta su casa, donde estaba vigilado celosamente por la policía.

Más tarde Izquierdo fue senador de la República, pero antes tuvo un papel fundamental en Colliguay y luego en la organización del neo-nacionalismo que crece en Chile.

Fue el Führer N° 2 que hubo en el país.

La muerte de don Pedro.

Una lluvia de flores cayó al paso del puente del Mapocho sobre la urna del Presidente Aguirre Cerda, que fue el primer Presidente efectivamente de izquierda que ha tenido el país. Sólo entonces se dieron cuenta de lo que había significado la CORFO en la marcha de la nación. Los mismos que hicieron los chistes de peor gusto, que se burlaron de su color y de su pequeña estatura, de sus costumbres sencillas, de que no se hubiera pasado a la derecha que lo halagaba día y noche, los mismos que conspiraron infatigablemente a través de tres años tratando de echarlo abajo, los mismos que en el Club de la Unión hablaban de los "ladrones del Frente Popular", se vieron obligados a guardar silencio.

Don Pedro murió en su ley. Ley laica, radical y masónica, pero ley al fin. No falló. No transó. No se entregó. No se vendió a los coloniales y perfumados salones de la derecha como había pasado siempre. Siguió siendo radical hasta los huesos hasta el mismo día que cerró los ojos y entonces supo Chile que había perdido al UNICO presidente de izquierda que había tenido a través de toda su historia. No sacaron na-

da con quemarle incienso en público para pelarlo en privado, ni usar la refinada y maquiavélica máquina del rumor anónimo a que es tan aficionada la gente que vive a la sombra de los Bancos y de las sociedades anónimas.

Don Pedro, a través de sus tres años de Gobierno, les dio con la puerta en las narices.

El golpe que pretendió dar Jorge González.

El día de la elección entre Ibáñez y Juan Antonio Ríos yo estaba a las 3 de la tarde en una misteriosa casa de la calle Compañía 1646, al llegar a San Martín, que era uno de los cuarteles secretos del ibañismo. A esa hora se rumoreaba ya que el general tenía la batalla perdida.

En ese momento entró espectacularmente el jefe de la VPS, que había sido el alma de la campaña de Ibáñez. Fue recibido a los gritos de ¡Muera el traidor...! ¡Que se vaya el loco!

González no se dio por aludido y levantando la voz dijo:

—La elección está perdida. Si no damos un golpe ahora mismo, antes de las 5, Ríos será presidente.

La revolución propuesta fue recibida con indignadas rechiflas. Los “ibañistas biológicos” (que tanto mal le hicieron a través de su vida al general) protestaron de que habían ganado en las urnas.

Jorge González salió conmigo a la calle y caminamos silenciosos hasta la vecina Plaza de Santa Ana.

Me dijo tristemente:

—No hay nada que hacer en este país. La derecha es tan miope y tan tonta como la izquierda. Ya las conozco a ambas. Completamente desilusionado me voy para mi casa.

Una hora más tarde se sabía que Ríos había ganado lejos la pelea, tal como dijo el jefe de la VPS.

A través de siete años trabajé en la revista "VEA". Fue la parte más inolvidable de mi vida. "VEA" no era una revista ni buena ni mala. Era una casa, un cuartel general, una barricada desde la cual enfocar la vida con un criterio juvenil cuando se tiene veinticinco años y da lo mismo trasnochar tecleando en una andariega y bohemia máquina de escribir. Allí supe lo que es el periodismo. Cuando vino Mr. Wallace me quedé una tarde entera escribiendo seis páginas completas (treinta y seis carillas a máquina) contando cómo había sido la gira del Vicepresidente de los Estados Unidos a través del sur del país.

Con fabulosa generosidad se premió mi heroico y solitario gesto regalándome un sobre con diez mil pesos en circunstancias que la revista tiraba doscientos mil ejemplares, mientras sus dueños ganaban una fortuna semana a semana.

A pesar de los amigos que tenía, a pesar de lo que había querido ese hogar periodístico, un día se me subió toda la altivez a la cabeza, le dije chao y me mandé cambiar y no volví nunca más.

La URSS en Santiago.

En 1947, con Gabriel González Videla en La Moneda, llegó el primer Embajador soviético que haya habido en Chile. Lo fue a esperar medio mundo a los Cerrillos. Tenía todas las características necesarias para impresionar a las niñas intelectuales chilenas y a los jóvenes izquierdistas. Era alto, delgado, rubio y gallardo y tenía además un nombre histórico: Zhukov.

Gabriel González lo recibió solemnemente en La Moneda, pero un año más tarde cuando comenzaron los roces con el Partido Comunista, no encontraron nada mejor que hacer pasar un auto frente a la Embajada que quedaba en la calle Biarritz y barrieron las murallas con un fusil-ametralladora.

Las relaciones entre Chile y la lejana URSS habían terminado.

Tuvo que llegar Frei a La Moneda para que volvieran a reanudarse.

Lo que me dijo Evita Duarte.

En la breve entrevista que tuve en 1944 con Evita, cuando no se había casado aún con Perón, me dijo lo siguiente:

—No tome nota, amigo periodista. Lo que va a continuación es sólo para Ud. y para que lo recuerde algún día. En Argentina, que ha vivido toda su vida en manos de la derecha más cerril, lo único que cabe es hacer la revolución con la gente de abajo que es la inmensa mayoría del país. No se trata de comunismo, sino de argentinismo, nacionalismo, populismo o como lo quieran llamar... Los obreros, los peones de las estancias, los empleados, la gente joven tiene que hacer SU revolución. Y esta no se puede hacer con bolitas de dulce, sino con balas. Si ella dispara, el pueblo debe hacer lo mismo.

Y así fue cómo me dibujó, una cálida tarde de 1944, lo que iba a venir en su país cuando hubiera empujado materialmente a su flamante marido el poder. Ella lo sacó de la cárcel de Villa Devoto el histórico 17 de octubre. Ella lanzó a la acción a los descamisados. Ella fue la carta brava contra la oligarquía argentina que vivía con los ojos puestos en Europa y que viajaba con vacas propias al viejo mundo porque

encontraba mala la leche europea. Si ella está viva el día que se levantó el enano Rojas, la Escuadra y el Ejército, no cae Perón. A ella, verdadera jefa de los descamisados, le sobran los pantalones que le faltaron a don Juan Domingo en la hora suprema.

Cómo me gané la vida en Buenos Aires.

En Buenos Aires estuve cerca de un año. Al comienzo dormí en la plaza pública. Más tarde Emilio Vasallo (actualmente millonario y dueño del palacio de los Árrieta, cerca de la cordillera) me invitó generosamente a almorzar todos los días en el Hotel Chacabuco, donde trabajaba en la más audaz de las empresas: vender en persona una "Historia de los Ferrocarriles Argentinos" que había escrito y montado en Chile y llevado por tren a Buenos Aires.

Luego viví en el pequeño departamento de Héctor Kupperman, actual corresponsal de la revista "Ercilla" en Roma. Dormía en el suelo por falta de cama. Usaba 4 cojines que terminaron por marcarme la espalda. Hasta hoy guardo, como la más preciada de las condecoraciones estas huellas de los tiempos duros. Luego vino la fundación de "La Tarde" de la que fui subdirector, trabajé en "Sintonía" con el viejo Kartulo que se portaba admirable con los chilenos de paso, publiqué "falsas novelas" en "Rico Tipo", pasé fugazmente por "Clarín" y "Noticias Gráficas" y viví finalmente con René Olivares y Raúl Hernán Lepé en una novelesca pensión de la calle Callao y Corrientes, en la portada del Barrio Judío. Dormíamos los tres en una pieza, Lepé se alojaba en el cajón del velador. En las tardes pololeaba con Margarita Aguirre (autora de "Cuadernos de una muchacha muda" y recientemente de "La Culpa") y al mismo tiempo con una generosa dama argentina

entrada en años que fue una verdadera madre y abuela para mí.

A los 12 meses me bajó la nostalgia tanguera y le dije chao a mi Buenos Aires querido, no sin antes tener un breve altercado telefónico con mi amigo del alma, René Olivares porque le "requisé" rápidamente antes de venirme unos nacionales que le había prestado y que se negaba a devolverme oportunamente.

Lo que no quita ni pone que meses más tarde lo llamé para trabajar en la revista "Sensación" como subdirector y que sigamos tan amigos como siempre.

Dos presidentes en calzoncillos.

Yo he conocido a dos Presidentes de la República en paños menores. Para ser más concreto, en calzoncillos. Se trata de Fulgencio Batista que estuvo en Santiago en la época de Juan Antonio Ríos, y al general don Carlos Ibáñez en Chillán.

Batista llegó a Santiago y se alojó en el Carrera, yo pregunté por él, tomé el ascensor y llegué hasta su departamento que estaba casualmente con la puerta abierta, entré y vi...

Vi al terrible dictador (que se desayunaba con un estudiante todos los días) en calzoncillos y camiseta. Estaba haciendo ejercicios y me dijo simplemente:

—Adelante, chico. Ahí tienes un puro con dedicatoria.

En Chillán el General Ibáñez trataba de ser elegido candidato oficial del Partido Agrario Laborista (dificultosamente montado con los últimos restos del Nacismo). La pelea estaba entablada entre el General y don Jaime Larraín García Moreno. El apoyo del PAL era decisivo para Ibáñez. Si le daban el "Sí", se pronunciaría en su favor el PS y más tarde una se-

rie de pequeñas fracciones, con las cuales organizar un formidable movimiento popular para regresar con él, en gloria y majestad, a la casa de Toesca, de la cual había salido tan velozmente la lejana e histórica mañana del 26 de julio de 1931.

El General estaba alojado en el mismo hotel en que se reunían los delegados del PAL. Los agrarios estaban en el primer piso. El General en el segundo. Yo había viajado especialmente a la ciudad del terremoto en mi doble calidad de ibañista y de periodista, y a cada momento subía al segundo piso a comunicarle al General cómo marchaban las cosas.

El sobrio, el serio, el grave, el imperturbable ex Presidente de Chile estaba en bata que, como era transparente y le daba la luz de una lamparita de noche, se le veían fácilmente los militares calzoncillos y las piernas arqueadas por el uso del caballo en recuerdo de sus buenos tiempos cuando comenzaba a leer el "Manual del perfecto conspirador" y era Director de la Escuela de Caballería.

Allí le comuniqué esa noche antes que nadie que había ganado la batalla y que debía vestirse rápidamente (sin banda todavía) para agradecer su designación.

Los futuros ministros, embajadores, cónsules y vicepresidente de Caja del PAL, lo recibieron con una ovación cerrada.

El General agradeció con una sonrisa.

Una regada comida a un ex Presidente de la República.

El ex Presidente de Panamá, Arnulfo Arias, vivió brevemente en Santiago cuando los yanquis descubrieron que se estaba poniendo ligeramente anti-imperialista.

Lo conocí en el Tap por casualidad, y por haber dado el golpe de la noticia de su permanencia en Chile, entré a "La

Opinión". Me presentó a una encantadora niñita que trabajaba en la Ville de Nice y que había conocido hacía diez minutos, y finalmente quedamos tan amigos que me movilicé rápidamente para que se le consiguiera una cátedra de profesor en la Escuela de Medicina aprovechando que era médico.

Cuando se volvió a su tierra (a hacer la revolución naturalmente, como indica el carnet de identidad de cada panameño que se respeta) le dimos una comida sensacional en el "Padre Negro", detrás del Parque Cousiño. El inocente ágape comenzó a las 10 de la noche y terminó una semana más tarde. El ex Presidente Arias partió directamente del baño turco a Panamá.

Juan Antonio y los comunistas.

Escasa bola le dio Juan Antonio a los comunistas. Habían sido los niños regalones de La Moneda en la idílica época de don Pedro Aguirre, pero Ríos sabía que estaban por debajo con GGV. No los tomó en cuenta para nada.

A Contreras Labarca le había dicho delante de mi en la Casa América:

—Si quieren me apoyan. Si no quieren, no. No los necesito en lo más mínimo.

Los comunistas, a falta de algo mejor (GGV), lo apoyaron entusiastamente y se quedaron con los crespos hechos esperando que los llamara al gabinete.

Ríos era radical. Radical mil por mil. Incubado en las logias y en las asambleas desde muchacho. Con él llegaba la quinta esencia del radicalismo a La Moneda. Con facha de matón, no era precisamente un caballero de la época de Luis XV que traía los efluvios de Versalles a La Moneda. Creía de buena fe que todo se arreglaba a bofetadas y en sus tiem-

pos mozos había entrado a caballazo limpio en los bares de su pueblo para asustar a los tímidos burgueses. Trajo a su íntimo amigo Raúl Morales Beltrami que obligó a los buenos chilenos (6 millones de habitantes) a comer cochayuyo recalentado con la famosa "jornada única".

No hizo grandes cosas, pero se mantuvo en su línea químicamente radical.

Al lado de afuera de La Moneda esperaba Gabriel, que se trabajaba activamente a los comunistas. Y apenas Ríos murió en Paidahue en 1946, saltó del Sena al Mapocho a recoger la abandonada banda presidencial.

Cuando quisieron liquidar a toda la izquierda.

Cuando mataron en forma misteriosa al Capitán Ugarte en un departamento de la calle San Antonio, en los altos del "Capri" se dijo que:

—Lo habían mandado matar la gente de Ríos.

—Que estaba metido en una conspiración ibañista.

—Que los nacistas querían matar al León y habían liquidado a Ugarte por haber hablado de más.

—Que había una causa amorosa de por medio y que no sería ajeno a ella el propio Juan Antonio Ríos que era candidato a la Presidencia en esos momentos.

—Que se trataba de un vasto complot de resonancia nacional, y que Ugarte había sido únicamente la víctima.

—Que Ferllissi había desempeñado ingenuamente el papel de pato de la boda.

Finalmente el propio Ferllissi abrió los labios y contó una cosa sensacional.

Un grupo de ibañistas, sin conocimiento del general, habían decidido liquidar materialmente toda la izquierda y para ello tenían el siguiente plan:

El día de la proclamación de Ríos en la Plaza Bulnes en la cual hablaría el León, pasaría un pequeño carrito manisero frente a la tribuna. El carrito estaría lleno de dinamita hasta los bordes. Se detendría ingenuamente frente a la tribuna y allí una mano misteriosa lo haría estallar.

Nunca se supo si Ferllissi (que murió en la Cárcel Pública como calmado y acucioso jefe de la biblioteca del establecimiento) decía la verdad y si efectivamente una cálida noche de 1943 estuvo a punto de volar toda la izquierda con el León y Juan Antonio a la cabeza.

La renuncia de Frei.

Cuando vino la masacre de la Plaza Bulnes era Ministro de Vías y Obras Públicas don Eduardo Frei Montalva.

A Frei no le gusta la violencia. Le cargan las balas y las cargas de carabineros en la calle. Cuando se produjo el baleo estaba solo en su despacho y apareció un periodista falangista de apellido Carranza (que está ahora en Venezuela) y que lo increpó duramente:

—Mira Eduardo, tú tienes que renunciar. Nosotros no podemos permitir que la Falange Nacional que ha pasado por tantos altibajos, tolere una matanza como ésta.

Frei estaba solitario y melancólico. A través de las ventanas del Ministerio de Vías y Obras Públicas se escuchaban los lejanos metrallazos y las descargas.

Duhalde supo que el Ministro había hecho comentarios adversos en una esquina de Santiago. Nunca falta en Chile el

intruso que lleva el cuento y rápidamente llegó el rumor a oídos de don Alfredo.

Este llamó a Frei y le dijo:

—¿Es cierto que Ud. ha comentado en forma negativa las desgraciadas medidas que ha tomado el Gobierno...?

—Así es, Excelencia. Esta tarde se reunirá mi partido y tomará una resolución definitiva sobre mi permanencia en el gabinete.

—No, señor Frei. Le doy 15 minutos para que resuelva Ud. mismo.

La respuesta de Frei fue sentarse a la máquina y teclear sobre la marcha su renuncia.

Las formidables "Noticias Gráficas".

Durante 16 años Antonio Poupin, que fue Ministro del Trabajo de don Pedro en los lejanos e idílicos tiempos del Frente Popular, sacó un diario que le dejó tal número de millones que habría bastado y sobrado para financiar varias veces el Presupuesto Nacional: "Noticias Gráficas", madre y padre de la prensa sensacionalista y tabloide del futuro. Hubo un momento que el pequeño diario llegó fácilmente a los 200.000 ejemplares y su propietario contrató dos bóvedas del Banco Central para guardar los billetes. Se arrendó una vieja casa (hasta con peluca colonial) en la calle Teatinos 72 y allí comenzó la agitada y brillante historia del diario. Trabajaban Alamiro Castillo (director), Hernán Amaya (subdirector), Raúl Morales Alvarez (jefe de crónica), Mario Rivas ("¿Dónde va Vicente? Donde va la gente"), Hugo Marillán (un genio para los títulos ingeniosos), Saverio Sprovera, Luis Fuenzalida, Luis Alfaro, y la mitad de los periodistas que más tarde han tecleado a máquina en Chile. Una frase o un simple adjetivo de

Mario Rivas bastaba para que se produjera un infarto, Raúl Aldunate (jefe accidental de la FAO en estos momentos) no encontró nada mejor que arañarlo en un pasillo porque había dicho de él: "El Capitán Conquistador, El Teniente Seductor y Su Mayor Negocio".

Después de la gran época, el diario cayó en manos de algunos pungas de tercera categoría y murió sin pena ni gloria después de haber hecho unas clases de periodismo bastante mejores y más efectivas que las que se dictan en las dos Escuelas Universitarias actuales...

La Unión Nacionalista.

En la Alameda de las Delicias, en una vieja casa se fundó la Unión Nacionalista a base de gente que venía de la Vanguardia Popular Socialista, del nacionalismo y de los elementos independientes.

Se trataba lógicamente de salvar a Chile, país que ha vivido entre salvación y salvación hasta la fecha. Formaban los cuadros directivos Jorge González, Juan Gómez Millas, Guillermo Izquierdo, Eugenio González, Mario Vergara, etc.

Detrás estaba lógicamente la mano del general Ibáñez que no se perdía una sola jugada del naípe.

Sesionaron, hablaron, barajaron soluciones patrióticas, dijeron que no eran nazis ni fascistas y finalmente naufragaron sin pena ni gloria. Se publicaron los manifiestos de costumbre, se tomaron las fotos con vista a la posterioridad y después de mucha actividad aparentemente conspirativa y que en el fondo no asustaba a nadie, se fueron burguesamente para su casa.

Una tarde cualquiera un médico santiaguino salió a pasear con una niña y a ver caer la tarde. Era en el solitario camino de Pedrero, en los alrededores de Santiago. Le salieron dos hombres al camino, lo pusieron manos arriba, el doctor Pellisier, por defender a la niña, manoteó una pistola que llevaba en la guantera y le disparó a los asaltantes.

Tuvo mala suerte, los asaltantes armados de carabinas habían disparado antes y Alicia Bon quedó muerta dentro del auto.

Un país sentimental y llorón como es Chile se estremeció de arriba abajo. La prensa sensacionalista hizo caudal del crimen fortuito y se acusó al doctor Pellisier de haber asesinado a Alicia Bon. Comenzó la guerra entre diario y diario y revista y revista.

Yo, siguiendo el más sencillo de los sistemas, llamé por teléfono a Pellisier que estaba en la Clínica Santa María y lo entrevisté. A través del fono el doctor, me contó su verdad.

Innumerables viejas menopáusicas y peladoras que se sentaban en las tardes en la Plaza de Armas, no encontraban nada mejor que decir que Pellisier tenía que haber matado a la pobre Alicia y desfilaron por la calle con motes y banderas.

A través del más sensacionalista de los procesos, en medio de la más desenfrenada campaña de prensa con fotos y entrevistas todos los días, fue dibujándose poco a poco la luz de la verdad. Funcionó el complejo social y se dijo que Pellisier era un insolente aristócrata y que Alicia era una modesta niña de clase media, se subrayó el hecho de que había salido a pasear con un médico millonario en un auto por los alrededores de Santiago y se olvidó que a la misma hora, en miles de puntos de la capital, había miles de Alicias Bon que hacían exactamente lo mismo, pero prescindiendo de toda la virulencia sensacionalista barata y pobre, se fue imponiendo la poco novelasca y sobria verdad.

A Pellisier lo asaltaron, mataron a Alicia Bon, y él se defendió como pudo.

Eso fue todo.

Un libro escrito en dos días.

Cuando volvimos de Méjico en el "California", le propuse a Alamiro Castillo, presidente de la delegación periodística, que escribiéramos rápidamente un libro.

Castillo era de "Ercilla". Yo era subdirector de "VEA", su competidora.

Me preguntó:

—¿En cuánto tiempo?

—En dos días —le dije.

Y comenzamos a teclear en una máquina portátil que era de Alamiro en la cubierta del barco en medio de las sonrisas burlonas y protectoras de nuestros compañeros.

A las 48 horas estaba listo el libro que se llamó "Así vimos Méjico". Era una obra netamente periodística, que seguramente habría tenido éxito rotundo en ese momento con las impresiones del viaje aún calientes. Cuando volvimos a Santiago nos olvidamos del libro y no entramos triunfalmente en el terreno de la literatura nacional.

Cuando Hernán Siles tecleaba a máquina en Santiago.

Pocas veces me ha impresionado más alguien, que Hernán Siles que vivía en Santiago en 1950 y que partió disfrazado de indio en la Semana Santa de 1952, para hacer la revolución y poner a su "camarada jefe" (que estaba en Buenos Aires) en el poder.

Con Hernán nos tomamos todo el cola de mono que tenía el buen Silvio en el "Black and White" y salvamos a Chi-

le, el Perú y Bolivia a través de innumerables noches de bohemia. Hernán no se sacaba la pistola ni para ir al WC. Y me juró que haría la revolución. Yo tengo la buena suerte de haber sido testigo de varios juramentos como éste, pero Siles cumplió.

Más tarde en La Paz, cuando era Presidente de la República y le daba clase de honradez y de sobriedad a toda América, me recordaba melancólicamente sus tiempos estudiantiles y bohemios en el lejano Santiago de Chile.

“Cleopatra”

Yo tenía en mi época de “VEA” una bicicleta fiel, amable y buena persona que tomaba trago a la disimulada y que respondía al histórico nombre de “Cleopatra”.

Con ella llegaba al Patio Andaluz en los buenos tiempos del Caballero de la Noche, y cuando Pepe Stefanía pololeaba con la Desideria, y Blanca Negri cantaba como dios. Había que volverse a las 6 de la mañana de la calle Estado a Libertad, y los taxis costaban una fortuna.

Para eso estaba precisamente “Cleopatra” que la guardaba en el subterráneo de la calle Phillips y que se portaba más dócil que Rocinante con Don Quijote.

Con ella bajé docenas de veces con Mario Vergara en el fierro. Y como la bicicleta no tenía frenos, nos estrellábamos alegremente contra un poste o contra un arbolito del camino.

En 1945 yo seguí un día en la calle a una niña que se llamaba Violeta Ferlissi. Fui al cine con ella y quedamos semipololeando. Tenía una hermanita que molestaba mucho y que no dejaba entrar en mayor intimidad.

Un día leí en el diario que habían matado al capitán Ugarte en un departamento en los altos del "Capri" y que el asesino era Hugo Ferlissi.

Me sonó el nombre. Ferlissi declaró que había matado a Ugarte para vengar el honor de su hija. Yo le pedí prestado a mi madre dramáticamente un crucifijo y fui a ver a Violeta a su casa y le pregunté, poniéndole el Cristo frente a sus ojos:

—¿Juras por este Cristo que te violó el capitán Ugarte?

La sorpresiva respuesta fue la siguiente:

—Te juro que soy virgen.

Con esto se derrumbaba la declaración hecha por su padre y en el fondo e indirectamente lo empujaba a la cárcel. Se dijo que Ferlissi había formado parte de un complot ibañista para asesinar al capitán que había hablado a destiempo y había dado el santo y seña de una conspiración mucho más vasta. Se dijo además que había un plan para asesinar a Ríos y que a su vez (el candidato a la presidencia o sus partidarios más inmediatos) habían mandado matar al capitán Ugarte.

Hasta hoy no se sabe la verdad que conmovió en esos días a Chile entero. Ferlissi fue a dar a la Cárcel Pública, se transformó en bibliotecario, escribió unas Memorias y años más tarde me contó que había existido efectivamente un complot para volar con un carrito de maní a toda la histórica plana mayor que se concentraba en la Plaza Bulnes para escuchar a Ríos y al León de Tarapacá.

Han pasado los años —diecinueve para ser más exactos—, murió Ferlissi en la cárcel y hasta hoy no se sabe qué mano, qué misteriosa mano, qué importante mano —importantísima desde el punto de vista político— fue la que apretó el gatillo y mató al capitán Ugarte.

Cuando vinieron las Naciones Unidas a Chile, yo inventé un programa en la Pacífico que se llamaba "La NU sin careta". Duró lo que estuvieron las Naciones Unidas en Chile y la mayoría de los datos me los daba telefónicamente y a última hora el gran Hernán Santa Cruz.

Un día la Viña Undurraga le ofreció un gran almuerzo a los delegados extranjeros. Ha sido el ágape más grande de la culinaria historia nacional y asistieron más de 600 personas que oyeron canciones criollas, vieron cuecas legítimas, tomaron el mejor vino blanco del continente y devoraron las más sabrosas empanadas que hayan salido jamás de una cocina nacional.

Entre los invitados de lujo estaba don Pancho Encina, autor de la monumental "Historia de Chile" en 20 sensacionales tomos, que era el golpe de tapada de la reunión. Un periodista le preguntó a don Pancho:

—¿Qué opina Ud. de la decadencia de la cultura occidental?

La pregunta fue hecha a las 5 de la tarde. A las 10 de la noche don Pancho continuaba su disertación que me ha parecido lo más brillante y genial que jamás haya salido de los labios de un intelectual chileno. A su lado los historiadores y ensayistas criollos que publican periódicamente un librito que califican de "insuperable" y que dan charlas ante sus fieles y tolerantes amiguitos, me parecen infantiles y con gusto a galletas de agua.

Un periodista ruso de "Pravda" que estaba de paso en Santiago, me dijo:

—Por favor, tradúzcame lo que dice porque parece que es muy brillante.

Cuando le traspasé algo de lo que dijo improvisadamente en forma ultrarápida don Pancho, me agregó:

—Es lo más profundo que haya oído jamás. Nunca en Moscú se ha hablado así.

Cuando llegó la noche yo me volví a Santiago a caballo y con el gorro de astracán del delegado del Pakistán en la cabeza.

Así fue de regada la extraordinaria fiesta internacional.

La revista "Sensación"

En 1946, aburrido de estar calentando el asiento en la revista "VEA", decidí renunciar y tomar un mes de vacaciones. No aguanté ni quince días. A los diez días fui a hablar con Antonio Poupin, dueño del diario "Noticias Gráficas", y le propuse sacar una revista sensacionalista dos veces por semana. El título iba a ser justamente "Sensación".

Poupin trabajaba en una imprenta en la calle Brasil al llegar a San Pablo. Estuvo de acuerdo conmigo e hicimos una propaganda millonaria, arrendamos una oficina fabulosa frente a "El Mercurio" por la calle Morandé y veinte días más tarde en medio de la expectación y sobre todo esa pequeña enfermedad que afecta a algunos de mis colegas y que se llama envidia, aparecía a luz pública los lunes y viernes la revista "Sensación".

Trabajaron en ella René Olivares como subdirector; Raúl Hernán Lepé, Jorge Cristi, Exequiel Gac, Carlos Morales Salazar y varios amigos más.

Uno noche nos faltaban noticias y sonó el teléfono diciendo escuetamente:

—Está ardiendo la Casa de Orates...

Esa noche nos movilizamos en dos autos y vimos el más dantesco de los espectáculos, y cómo los pobres orates chilenos ardían como antorchas o se cocían en un polvoriento edificio de la calle de los Olivos.

Volvimos a las cinco de la mañana con el estómago en la mano y con tremendas ojeras a sentarnos frente a la máquina de escribir. Fue el mejor número de "Sensación".

Duramos tres meses. Nos boicotearon los suplementeros, nos hizo la vida imposible la competencia, no contábamos red distribuidora, teníamos que batirnos con el vacío y un día con un pitillo entre los labios, pero orgullosamente, salimos del elegante edificio de la calle Morandé en dirección a nuestras respectivas casas.

"Ya tenemos Plaza Roja"

Alfredo Duhalde Vásquez es uno de los hombres más simpáticos y más llanos que tiene Chile. Como senador de la república, ministro de defensa o vicepresidente ha sido siempre el mismo típico futre chileno con el ala del calañé sobre el ojo, que tiene que pararse todos los días 10 minutos en la puerta del Banco Chile a ver pasar a las mujeres bonitas para lanzarse el más andaluz de los piropos.

Cuando Buddy Day fundó con Mao Rojas el Casanova, que ha sido la boite más elegante que ha tenido Chile (donde ahora está el Opera y el Bim-Bam-Bum) le construyó un palco especial al vicepresidente, palco que todavía se conserva.

Pero a Duhalde, que siempre le ha gustado más el rodeo y el whisky que la política, le tocó el trágico baleo de la Plaza Bulnes.

Yo en ese tiempo dirigía la revista "Sensación" y me empapé las manos en tinta púrpura para hacer la portada que decía: "Ya tenemos Plaza Roja".

Duhalde fue víctima de una jugada maquiavélica y perdió la Presidencia de la República en la campaña del año 46. Pablo Ramírez le hizo una maniobrita con un telegrama, y Duhalde no llegó al palacio de Toesca.

En esa época era Subsecretario del Partido Socialista mi compañero de redacción de la revista "Vea", Germán Olguín. Lo vi trabajar como enano para conseguir el apoyo del Partido Socialista a la candidatura de Duhalde, y el PS fue el eje de su candidatura.

Montaron un letrero luminoso monstruo en lo alto del Cerro San Cristóbal, que decía sencillamente "Duhalde" y que era vigilado día y noche por los milicianos del partido para que no lo robaran los adversarios.

Pero la suerte le fue adversa y el Presidente de Chile resultó Gabriel González Videla.

Gabriel vuelve de Europa.

Apenas murió don Pedro en noviembre del 42, Gabriel hizo sus maletas y se volvió a Chile. El ala izquierda del PR y los comunistas le tenían lista la máquina. Lo fueron a buscar a Cerrillos y lo llevaron rápidamente sin darle mayores explicaciones, al Caupolicán. Eran las 8 de la noche y la sala estaba repleta. Gabriel subió al escenario y comenzó:

—Ustedes no saben, camaradas, cómo son los nazis. Yo los he visto entrar a París el 40... Son enormes, miden cerca de dos metros. No se andan con chicas. Manejan la mejor máquina de propaganda que se ha visto jamás. No hay que mirarlos en menos. Al revés, hay que temerlos.

Un curioso de la galería le gritó:

—Oiga camarada Gabriel. ¿Ud. está hablando en favor o en contra de los nazis?

En una palabra, el debut de Gabriel fue un fiasco y tuvo que volverse rápidamente a Europa y esperar tranquilamente tres años antes de dar el salto definitivo para llegar a la ansiada casa de Toesca.

La pelea entre Ríos y GGV.

No hay nadie que se haya odiado en menos tiempo que Gabriel y Juan Antonio. Se odiaban en el seno del Partido Radical y en la calle. Un día Juan Antonio encontró a Gabriel en un ascensor de un edificio de departamentos de la calle Agustinas y hubo cambio de golpes. Juan Antonio era campeón de box y medía fácilmente un metro ochenta y tres. Gabriel tenía en el mejor de los casos 20 centímetros menos, pero no le bajaba el gallo a nadie.

Ambos montaron su máquina en el seno del PR y bastaba ser amigo de GGV para ser enemigo a muerte de JAR. Los radicales podían jugar aparentemente por Mora, Torres o por Juvenal Hernández, pero en el fondo estaban cuadrados secretamente por uno o por otro. Ríos le había dicho a Ricardo Boizard cuando no era nadie en la Cámara:

—Un día seré Presidente de Chile.

Jugaba la carta derechista e ibañista del radicalismo, Gabriel a pesar de su persecución posterior al PC, jugaba la carta pro-comunista.

Cuando llegó la guerra, Gabriel se fue como embajador a París para preparar su campaña desde lejos. Le ganó el quien vive Ríos y lo derrotó en la lucha interna. Y fue Presidente de Chile, antes que GGV.

Y el odio no terminó ni en el borde mismo de la muerte. Bastaba ser amigo de Gabriel para ser enemigo a muerte de Ríos. Y el Partido Radical estaba "cuadriculado" hombre a hombre y asamblea a asamblea entre ambos caudillos.

La fugaz Presidencia de Ríos.

Cuando Juan Antonio Ríos llegó a la Moneda en 1943 faltó poco para que lo hiciera a caballo y a galope tendido. Había pertenecido cuando era muchacho al célebre grupo de

“Los Pumas”, que se entretenían en lacear a los dueños de bares y a raptarse a las niñas bonitas de la localidad. Con razón le decían “El huaso Ríos”. Alto, macizo, extraordinariamente seco y cortante, Ríos debe haber sido el Presidente más chileno que hemos tenido.

Llegaba a La Moneda a las 9 de la mañana y retaba a sus ministros hasta las 6 de la tarde. Cuando el médico le anunció que estaba enfermo, lanzó una carcajada.

—Yo no me he enfermado nunca, doctor. Y, como dijo Arturo Prat, “espero que no sea esta la ocasión de hacerlo”.

Pero estaba enfermo y grave, y tuvo que irse a su casa de Paidáhue. Le entregó las riendas del gobierno a su compadre e íntimo amigo Alfredo Duhalde, que era tan huaso como él.

Durante un par de meses Juan Antonio trató de derrotar a la muerte, pero ésta le ganó la batalla final y una madrugada llena de relámpagos, trajeron su ataúd hasta La Moneda. Yo creo que fui una de las pocas personas que vio al Presidente en el cajón.

Era un espectáculo impresionante. La cabeza se le había reducido como a los jíbaros y la piel era de un siniestro color café oscuro.

Vi llegar a su adversario más enconado, a su enemigo de toda la vida y a su sucesor en breve en la Presidencia de la República, Gabriel González Videla, que se detuvo silencioso junto al ataúd.

20 minutos más tarde se cerraba oficialmente la urna y al día siguiente todo un pueblo fue a dejar a Ríos al Cementerio General.

Ultimas palabras de Juan Antonio.

Larga fue la agonía de don Juan Antonio Ríos en Paidáhue. Se portó como lo que era: como un hombre. Dejó la responsabilidad del poder en manos de su íntimo amigo Alfre-

do Duhalde en su calidad de Vice y se resolvió a enfrentar varonilmente la muerte. La última noche fue terrible. Le sostenía la cabeza su cuñada Elisa Ide y lo último que salió de sus vacilantes labios fue una serie de decretos-leyes dichos de memoria:

—Nómbrese Intendente de Magallanes al radical... Designase Vicepresidente de la Caja de Empleados Particulares a..., etc.

Pero antes de morir brotó una serie de frases terribles que le salían del fondo del subconsciente:

—No se olviden de Jorge Matte... No pierdan de vista a Matte... Y tengan cuidado con ese...

Y al decir "ese" se refería a un destacado político radical que había sido su adversario toda la vida...

Y cuando dijo su nombre se le produjo un espantoso vómito verde, se levantó como sonámbulo en el lecho y cayó de bruces.

Lo que opinaba el León de Juan Antonio... después de elegirlo.

El ex Presidente de la República Arturo Alessandri y en ese tiempo Presidente del Senado, había sido decisivo en la elección de Juan Antonio Ríos. Su solo discurso en la Plaza Bulnes le dio la victoria al líder radical. Treinta minutos suyos en la tribuna de la plaza valieron más que diez diarios de batalla y que cien concentraciones y giras políticas a través del país.

Un día, cuando Ríos ya era Presidente, el León me recibió en su departamento de la calle Philips y me dijo amargamente, mirando en dirección a La Moneda:

—Mire Mundt lo que va de ayer a hoy. A “ese” le entregué mi Moneda. Le di todo y ahora ni me cotiza. Jamás me llama para pedirme consejo y si sigue así “el Caballo” lo va a echar abajo...

Y le brillaban italianamente de indignación sus parpadeantes ojos.

Se funda el diario “Extra”.

Un día mientras trabajaba en “VEA” me llamaron por teléfono desde la Casa América (local del PC) y me citaron a una misteriosa reunión nocturna.

Concurrí y me encontré con Juan de Luigui, Humberto Malinarich, Carlos Droguett, Volodia Teitelboim y otra gente. Se trataba de fundar un diario tabloide que se imprimiría en los talleres de “El Siglo” y que sería el órgano de batalla de la candidatura de Gabriel González. Me nombraron rápidamente redactor político y comenzamos a trabajar. Se arrendó una modesta casa en la calle Huérfanos 640 (frente a donde está ahora el Café San Marcos) y en una pieza en que apenas cabían malamente 5 personas, trabajaban 20. El subdirector era Darío Poblete, el editorialista Guillermo Eduardo Feliú, ambos radicales, policía el negro González y Lucho Fuenzalida, la crónica literaria (y la policía de lujo) Carlos Droguett (autor de “60 muertos en la escalera”) y varios comunistas argentinos. El diario se hizo rápidamente famoso por la célebre sección “Quién es y cómo es” que hacía Juan de Luigui, en la cual se sentaba diplomáticamente en la mitad de Chile como nunca se había visto antes en el país. Había gente que temblaba sólo de saber que “podía” salir en el diario. Yo hacía la política de una manera totalmente nueva: usaba la técnica de los partidos de fútbol para describir las sesiones del Con-

greso y le ponía nota a los diputados y senadores de acuerdo a cómo se habían portado: el más inteligente, el más agudo, el más aburrido, el más latoso, el más tonto, etc.

El diario duró un año y llevó a la victoria a González Videla. Cuando salió elegido el flamante Presidente de la República llegó hasta "El Mercurio" que lo había atacado durante la campaña y se le olvidó echarle un vistazo a "Extra" que fue su diario oficial.

Seguramente opinó que quedaba demasiado lejos...

Las célebres "Siluetas" de Juan de Luigui.

Nunca en la agitada historia nacional, ni en los quemantes días del 91 cuando la prensa nacional llegó al rojo vivo, se han escrito artículos más admirablemente incendiarios que las siluetas que trazaba Juan de Luigui en las páginas del diario gabrielista "Extra". Supe que un día que él le dijo a un diputado socialista "ladrón de gallinas", éste casi lloró. Lo que le dijo a la derecha, quedará en la antología del periodismo de guerra. Matte, Cruz-Coke, Alessandri, Hernán Videla, Goyo Amunátegui, Moore, Alcalde, Raúl Marín, etc., desfilaron por las páginas de "Extra" de una manera tal que la derecha esperaba con la presión en las nubes que apareciera el diario (impreso en "El Siglo") a las 7 de la mañana. Ni Gabriel, candidato oficial del diario, se le escapó al feroz De Luigui (italiano y anarquista por añadidura) que le dijo que si se daba vuelta la chaqueta, le sacaría periódicamente a su progenitora.

Nosotros esperábamos todas las noches que alguien viniera a matar al director, pero éste se reía burlescamente y decía:

—No se olviden Uds. que soy campeón de esgrima y de pistola.

Y nunca le pasó nada.

El 46 hubo tres candidatos a la presidencia, por falta de uno. La izquierda levantó a Gabriel González, los conservadores y falangistas al Dr. Cruz Coke y los liberales a don Fernando Alessandri. El más de pelea era Gabriel, el más calmado don Fernando y el más brillante como orador el Dr. Cruz Coke. "Topaze" le inventó a este último una vela puesta en la cabeza que se hizo famosa.

Los comunistas fueron la fuerza de choque de GGV y éste juró que lo llevaría al Gobierno si salía elegido. El Dr. Cruz Coke recorrió el país hablando con un brillo que ya se lo hubiera querido Jacques Maritain para un día domingo. En la calle ganaba Gabriel y ponderadamente, avanzaba a la retaguardia el hijo del León que contaba con el decisivo apoyo de su ilustre padre.

Hubo incidentes a balas y bofetadas en la calle y finalmente llegó el día de la elección, ganó Gabriel, pero no llegó a alcanzar la mayoría absoluta. Tenía que elegir el Congreso, y concretamente todo dependía de la influencia y la sagaz labor de pasillo del León. El peor enemigo de Alessandri 10 años antes había sido Gabriel. Cruz Coke declaró abiertamente que según la Constitución él también podía ser elegido, a pesar de haber sacado la segunda mayoría relativa, Gabriel se movió como una ardilla y se ganó el decisivo apoyo del León.

El día que se reunió el Congreso Pleno, yo estaba en el departamento de Gabriel (Teatinos al llegar a la Alameda) con la señora Mitty y varios amigos. En esa época trabajaba en "Extra", que era el diario de batalla de GGV. A las 3 de la tarde se anunció la llegada del Dr. Cruz Coke. Esto significaba que el doctor, a pesar que había declarado que él y nadie más que él tenía que ser elegido Presidente de la República, había entregado cristianamente la oreja. Yo lo recibí en la puerta y lo conduje hasta el hall.

El doctor, sonriente y amable como de costumbre, saludó a doña Mitty y se sentó a esperar a Gabriel. El Presidente que

había sido elegido en 10 minutos por el Congreso, se abrazó democrática y deportivamente a su rival, y ambos aguardaron la gran visita: el León.

El ex Presidente llegó media hora más tarde y los tres (demostrando como se practica la política y la democracia en Chile) posaron para la historia. Gabriel recibió a los periodistas e hizo sus primeras declaraciones como Presidente. Yo me coloqué a sus espaldas mientras lo enfocaban las máquinas filmadoras. Cada vez que GGV vacilaba ante una pregunta, yo le soplaba la respuesta al oído. Esto naturalmente salió en el Noticiario y Juan Tejeda hizo una sabrosa crítica en broma del corto en la revista "Pobre Diablo" en que escribíamos ambos y dijo: "Trabaja Tito Mundt, director Tito Mundt, principal actor Tito Mundt, autor de guión Tito Mundt, jefe de extras Tito Mundt. También trabaja Gabriel González Videla...".

Y así partió GGV para La Moneda por la cual luchaba desde que andaba vestido de guagua.

Los comunistas en La Moneda.

Nunca ha habido un pololeo más intenso que el que reinó entre el 46 y el 48 entre Gabriel y los comunistas. Nombró ministros a Carlos Contreras Labarca, Víctor Contreras y Miguel Concha. Los comunistas eran los niños regalones de La Moneda y Neruda recitaba cada media hora su famoso poema "El pueblo lo llama Gabriel", pero vino la "revolución de la chaucha", comenzaron los palos y las huelgas y un día el Presidente llamó a su despacho a Humberto Abarca y le dijo:

—Cuidado negro con sentarte en esos papeles que es el discurso que pronunciaré esta misma tarde contra ustedes.

Vino la persecución y Pisagua. Le entregaron el sobre azul

al embajador soviético Zuhkov que había sido recibido espectacularmente meses antes y Neruda tuvo que salir entre gallos y medianoche camino al destierro con el original con la tinta fresca aún de "El pueblo lo llama Gabriel".

Un tiempo más tarde cuando se le dio nuevamente la legalidad al PC, éste desfiló orgullosamente con sus banderas desplegadas por la calle Ahumada al grito de:

"¿Y qué fue...?"

Aquí estamos otra vez...".

Una frasesita de "Estanquero".

El único recuerdo amistoso que tengo de la revista "Estanquero" de Jorge Prat es que una ocasión, en plena época de Gabriel González, le bajó un peligroso delirio anti-comunismo crónico y comenzó a ver camaradas, compañeros de ruta y comisarios del Kremlin, hasta en la casta Misa de 12 en la Merced. Un día aseguró muy seriamente que yo —que era subdirector de la revista "VEA"— era comunista de fila y que Jenaro Medina, actual director de "La Nación", recibía por radio órdenes de Stalin para minar la tranquilidad social de Chile.

La carcajada que lanzamos ambos ante la gratuita imputación se escuchó hasta en la rada de Iquique.

Trabajando como periodista en Buenos Aires.

En 1948 conocí a fondo la Argentina de Perón, supe lo que era la derecha derrotada que preparaba el complot en la intimidad de los salones y que le hablaba al oído a los abu-

rridos generales argentinos y a los anónimos almirantes que despreciaban a las "grasas", preparando la insurrección.

Mi diario que se llamaba "La Tarde", pertenecía a Mercante, Gobernador de la provincia de Buenos Aires. Un día Mercante entró en conflicto con Perón y con Evita y las víctimas fuimos nosotros. Nos cortaron el papel. Yo me acordé que había conocido a una encantadora dama judía cuyo marido era el dueño del papel en Argentina y me conseguí una remesa que duró dos agónicos meses más. Al final de eso el doctor Francione nos reunió y nos dijo:

—La batalla ha terminado. Le entregaré a cada cual un cheque de recuerdo para que no se olviden que un día dieron una batalla contra el tiempo y contra el futuro y sacaron un diario adelante.

El cheque mío decía: Quinientos nacionales.

Cariñosamente le dije al doctor:

—¿Qué le cuesta cambiar el cinco y transformarlo en siete?

Y así fue como salí a la calle con un reluciente cheque por setecientos nacionales que me permitían por lo menos vivir dos meses más a la sombra del Obelisco en Buenos Aires.

Una predicción de Paz Estensoro.

En 1948, cuando yo trabajaba en Argentina, vi en la guía de teléfonos que vivía en la misma ciudad Víctor Paz Estensoro, fundador y jefe del MNR boliviano que hacía un atentado día por medio en La Paz con el visto bueno de Perón. Más aún, don Juan Domingo les tenía una revistita para que se entretuvieran con Montenegro y otros dirigentes movimientistas y pudieran ver atardecer sobre el Obelisco y no pasar en la cárcel en La Paz.

Lo llamé por teléfono, Paz vivía en la calle Charcas, y después de decirme varias veces "Sí puis...", nos juntamos en un café español de la Avenida de Mayo. Yo no lo conocía ni de vista, pero lo ubiqué rápidamente, porque todos los bolivianos (como los chinos) son iguales y da lo mismo uno que otro. Le hice una entrevista para "VEA" de Santiago que resultó tan sensacional que quemaron públicamente la edición en La Paz y hubo una carga de caballería en el Prado y algunos partidarios de don Víctor fueron a dar velozmente a la cárcel pública.

Fue entonces cuando me dijo:

—Antes de dos años estaré en el poder y te invitaré al Palacio Quemado.

Se equivocó sólo en un año. En la Semana Santa de 1952 Siles, que vivía y conspiraba en Santiago trabajando en la AP como traductor, se tomaba el poder.

A la semana me invitaba a darle la mano a los hermanos del norte. Allí pasé una semana entre comandos nocturnos que no se sacaban las carabinas (modelo tipo Ambrosio) ni para lavarse los dientes, me condecoró el "camarada jefe", vi un formidable desfile con veteranos bolivianos de la guerra del 79 con guerreras verdes, igualitos a los que teníamos en Chile, y finalmente me prendió al pecho en el Palacio Quemado (que estaba tiroteado desde la puerta) la Gran Cruz de los Andes.

Fundando un diario en Buenos Aires.

En 1948 un amigo que era subdirector de "Democracia" en Buenos Aires me dijo:

—¡Mira ché, están a punto de fundar un diario. Ven mañana en la noche a las diez y entra como sea a la reunión!

Consulté el caso con el viejo Rafael Frontaura, que me dijo:

—Te fusilo si pierdes esa reunión.

Eran 15 minutos para las 10 de la noche y yo estaba en el restaurante de la calle Libertad ("Edelweiss"). Rafael me empujó a un taxi y me mandó a la reunión. A las diez en punto ya estaba en el segundo piso de "Democracia" y llegué justo cuando la puerta de la reunión estaba a punto de cerrarse. Con la vieja agilidad chilena, puse un pie en la puerta entreabierta y ante la asombrada mirada de los periodistas porteños (mitad gomina y mitad bife) la empujé, y entré.

Si no hubiese entrado, me habría muerto de hambre en Buenos Aires. En la reunión había un hombre bajito, de lentes, rodeado por unas veinte personas que discutían la fundación de un diario. El hombre bajito decía:

—Yo quiero un diario de estilo francés... como el "Figaro", como "Paris Presse", como "Le Monde"...

Con sus inquietos ojos observaba el grupo y se daba cuenta de que nadie tenía idea en la capital argentina de lo que era realmente un diario francés.

Yo tampoco, pero sacando fuerzas de las flaquezas, me adelanté tomando un lápiz y un montón de papeles, y en tres minutos dos quintos le tracé una estampa de lo que debía ser un diario parisino editado en Buenos Aires.

Primera página: títulos, artículos chicos, caricaturas y fotos, una columna de comentarios, un resumen de actualidad en diez frases cortas, el editorial escrito en cursiva, página de cables con noticias muy breves comentadas en forma sabrosa y a través de todo el diario un estilo ágil, deportivo y juvenil que hiciera que la gente que lo leía lo siguiera comprando.

El hombre bajito y de anteojos se volvió hacia mí y preguntó:

—¿De qué país es usted?

—Chileno.

—¿Por qué se vino a Buenos Aires?

—Por espíritu de aventura...

—Vaya a verme mañana al Instituto de Economía Argentino que queda en la calle Diagonal Norte número 82, segundo piso, a las cinco.

Atravesé el Rubicón al día siguiente. Puntualmente a las cinco de la tarde, perfectamente afeitado y con traje nuevo, yo subía con agilidad militar los dos pisos del número 82 de la calle Diagonal Norte y me enfrentaba con el que iba a ser mi futuro jefe y que resultó llamarse el doctor Franccone y que es, como dice el "Reader Digest", "mi personaje inolvidable".

Como en las novelas de aventuras, como en los textos de estudio, como en aquellos capítulos que nos enseñan cuando chicos para triunfar en la vida, el doctor Franccone me ofreció sin conocerme apenas la subdirección de un diario, con dos ediciones al día que se iba a llamar "La Tarde" y que aparecería dos semanas después.

Como buen argentino le molestó una sola cosa; que yo llevara un tatuaje con una mona desnuda en el brazo, hecho que comentó diciendo:

—Poco serio... poco serio...

Pero el hecho es que durante cuatro inolvidables meses este periodista chileno que tenía apenas para tomarse un café en la calle Corrientes, se transformó en subdirector de un gran diario argentino gracias al hecho milagroso de haber puesto el pie a tiempo en una puerta que se iba a cerrar.

Una comida sensacional.

Entre el día de la elección y el cuatro de noviembre que asomó don Carlos Ibáñez del Campo a la Presidencia de la República, la revista "Topaze", con un gesto de humorismo que sólo puede registrarse en la paradójal historia de Inglaterra,

le ofreció una comida íntima al ex Presidente don Gabriel González Videla.

Yo trabajaba en "Topaze" durante seis años. Allí habíamos atacado a Gabriel sin vacilar. Pepo lo había dibujado en su sección "Don Gabito" y los editoriales de Gabriel Sanhueza y el Chato Urzúa le habían tomado el pelo al ágil y deportivo Presidente durante setenta y dos meses. La comida fue en el Club de Polo. Le apagamos las luces para recordar los innumerables apagones que hubo durante su Gobierno e hizo su aparición una inmensa torta inflada e ilustre como un Obispo cualquiera, que llevaba sobre el pecho el nombre de "Inflación". Pequeños "Canelas" de juguete circularon durante la comida recordándole al Presidente su avión particular. Gabriel Sanhueza le leyó uno de los editoriales que había escrito contra él, Pepo le entregó una colección completa de su serial "Don Gabito" en un rico libro empastado y dedicado a sus nietos y yo le leí —dos años después— un "Yo lo conocí" que le había hecho atacándolo a muerte.

Don Gabriel parpadeaba. No sabía si sentirse feliz o molesto por este exceso de espontaneidad de parte de los que habían sido sus peores rivales periodísticos. Finalmente, Yankelevic anunció que don Gabriel González Videla, aún Presidente de la República de Chile, diría dos palabras.

Con lágrimas en los ojos el Presidente se levantó y pronunció el discurso más emocionante de toda su vida. Agradeciendo el gesto de los que habían sido sus adocenarios.

A la salida nos tomamos tres botellas de whisky en veinte minutos y corrieron algunas lágrimas.

S. E. nos invitó a pasear un fin de semana a su ciudad natal, a su Serena que él había transformado, de una ciudad colonial y antigua con cara de bostezo, en una ciudad moderna. Partimos en el "Canela" y durante veinticuatro horas recorrimos calle por calle, plaza por plaza, avenida por avenida y nos dimos cuenta de lo que había hecho durante su Gobierno por la ciudad en la cual 50 y tantos años antes, una señora que vivía en una esquina del centro había traído al mundo un niño que un día iba a ser Presidente de la República.

La dramática muerte del León.

La noticia de la muerte del León, en una casa de la calle Lira, remeció a todo Chile. Con Ibáñez han sido los únicos caudillos realmente nacionales que ha habido en Chile durante el siglo. A la media hora no cabía nadie en la casa de la calle Philips. Las radios transmitían únicamente música religiosa y las flores formaban rápidamente un bosque en el pequeño departamento. Lloraba todo Chile. De izquierda y de derecha, Fernando, Jorge, Hernán, Mario, la Sra. Marta, la Sra. Ester, la Estercita, Arturo Olavarría y toda la inmensa falange de los amigos era un solo mar de lágrimas. Yo tenía programa como de costumbre a las 10 en la Pacífico. A pesar que se transmitía únicamente discos religiosos y se habían suspendido todos los programas, pedí permiso para hablar. Lo hice con lágrimas en los ojos y sin papel en la mano. Tenía derecho a una cuarto de hora. Hablé cerca de una hora y evoqué de memoria toda la apasionante vida del tribuno, del agitador de la Pampa, del Presidente, del desterrado, del estadista y del hombre que había llegado dos veces a la "casa donde tanto se sufre". Creo que en mi vida he hablado con más pasión. Cuando terminé tuve que contestar miles de veces el teléfono. A las once de la noche llegué dificultosamente a la casa del León. Apenas pude cruzar la muralla humana que había en torno a sus restos.

El León estaba tendido en una especie de túmulo con su banda presidencial en el pecho. No se oían más que los sollozos entrecortados y las oraciones. El Presidente muerto me pareció más pequeño y más juvenil a la hora de su muerte. Se le veía sonriente y con un gesto que no serían capaces jamás de reproducir las cámaras fotográficas ni los mejores pinceles. Era su propia estatua la que lucía ese rostro típicamente latino, al cual la palidez de la muerte le daba el brillo fantasmal del mármol.

Más tarde, Chile entero se volcó a la calle y el hombre que había sido dos veces Presidente de la República, tuvo el entierro más grande de la historia del país.

Detrás de la urna marchaban sus hijos con la vista baja. Y detrás la inmensa masa de la clase media que él había llevado al poder el tempestuoso año 20 y los últimos restos de la Querida Chusma que habían entonado 27 años antes como canción de guerra el Cielito Lindo en las coloniales calles de todo el país.

A las puertas de la muerte.

En 1951, en plena campaña presidencial estuve a punto de pasar para el otro lado. A las 7 de la tarde del 7 de septiembre, mientras estaba en el cine, me dio un dolorcito de estómago. Tomé un poco de bicarbonato y se me pasó. A la media hora me volvió en forma tan intensa que tuve que ir a la Asistencia Pública.

Me contestaron después de examinarme:

—Usted no se puede mover de aquí porque está grave...

En la misma noche tuve lo siguiente: perforación de úlcera, peritonitis, paralización del intestino, de los riñones y por un momento del corazón.

Se reunieron 5 médicos de los cuales 4 votaron democráticamente por mi muerte... salvo don Gustavo Girón que dijo que si el enfermo había hecho una vida sana, podía salvarse.

Durante 10 días oscilé entre la vida y la muerte. Por radio mi madre pidió sangre para mí.

Hubo cola de gente en el San Vicente, y en primera fila llegó el general don Carlos Ibáñez del Campo que me dio por lo menos un litro del rojo líquido, en el cual flotaban algunos corpúsculos de revoluciones y golpes de Estado que después me han servido mucho.

El doctor Girón le dijo a Ricardo Latcham, en la puerta misma de mi pieza:

—Si este niño no se muere antes de media hora, tiene ganada la batalla.

Yo parecía central telefónica. Me alimentaba con suero y respiraba oxígeno día y noche. Mi madre juró que si me salvaba, se vestiría de café el resto de su vida.

Una tía mía me afeitó, me peinó, me perfumó, me arregló la cama y me dejó listo para irme al otro mundo, bien vestido y bien recibido...

A los 15 días, con 20 kilos menos, color limón y con unas elegantes ojeras de personaje romántico del siglo XIX, abandonaba el hospital.

Una semana más tarde tomaba el micrófono en Radio del Pacífico y comenzaba:

—Sí... yo la conocí... no tiene nariz ni boca... usa un sudario tan elegante, que parece mandado hacer donde Flaño y anda con una guadaña en la mano... Se llama... ¡La muerte!...

“Yo lo conocí” y el Premio Caupolicán.

Un día estaba aburrido en “Vea”, donde ganaba la fabulosa suma de \$ 4.000 como subdirector de la publicación de más tiraje en Chile, y le dije a Osvaldo Muñoz Romero:

—¿Hagamos radio que según dicen permite hacerse millonario a corto plazo?

—¡De acuerdo!...

Salimos a la calle y realizamos una rápida gira por tres emisoras. A los 10 minutos yo estaba contratado en la Pacífico para hacer un programa hablado por mí que se llamaría “Yo lo conocí”. El título me vino de un latiguillo que decía al comenzar siempre una frase.

—A ese tipo yo lo conocí...

A la salida nos fuimos a la Corporación y nos tomaron sobre la marcha para hacer un programa estilo "Reportajes" que se le llamó "Vistazo". Ambos duraron largamente en el aire. Al comienzo yo escribí "Yo lo conocí" tímidamente y lo decía a las 9 de la noche. La hora era mala, pero por hablar bien de Perón, me insultaron por teléfono, y entonces me di cuenta que había dado en el clavo. En los primeros tiempos trazaba en cada programa (un cuarto de hora) una silueta de un personaje famoso, lo escribía a máquina en "Vea"; luego lo hacía a mano en el "Oriente" con un Gin con Gin a la mano, y finalmente lo improvisaba. Cambiaron la hora y la pusieron a las 2 de la tarde después de "Hogar dulce hogar", lo que le dio una sintonía fantástica.

Yo varié de línea, venía la campaña de Ibáñez y me cuadré con el general sin hablar con él. Y con el "Adiós al Séptimo de Línea" (canción de guerra que me gustaba porque me recordaba a mi abuelo y la campaña del 79), llegué rápidamente a tener el programa político más oído y más insultado por teléfono de Chile. Los más activos frente al aparatito en usar el anónimo, eran los radicales que me preguntaban por orden alfabético a quién me había vendido y cuánto me pasaba el general. Debo declarar que gané durante tres años la astronómica suma de 40.000 pesos al mes.

Un día estaba comiendo en el Sportman (Club de los "Roncos" de la calle Agustinas entre Estado y San Antonio) con Lucho Rau y Ricardo Latcham y salvando, como de costumbre el género humano, se me pasó la hora y no llegué a una decisiva reunión en el Hotel Crillón en la cual se repartirían los Caupolicanes del 51. Estaba todo Santiago y naturalmente mis amigos en primera fila.

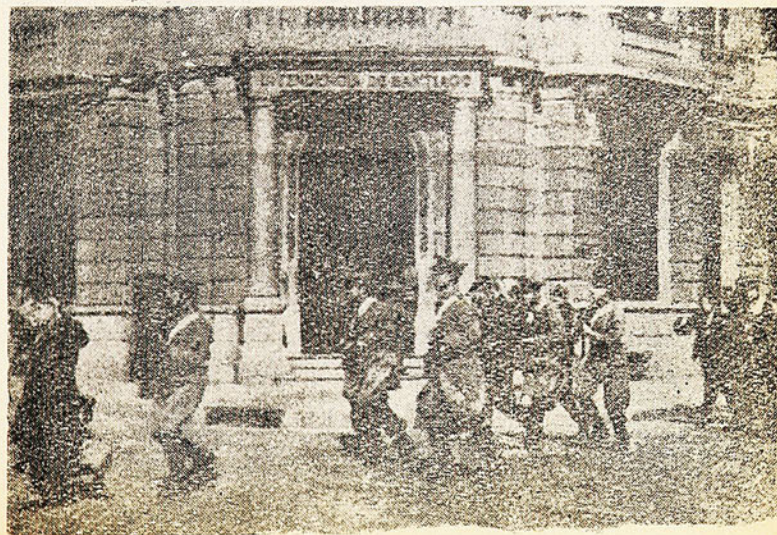
Pasé frente al Crillón como a la una y media de la noche y en la puerta me encontré con Roberto Parada que me dijo alegremente:

—Anda a cobrar tu Caupolicán.

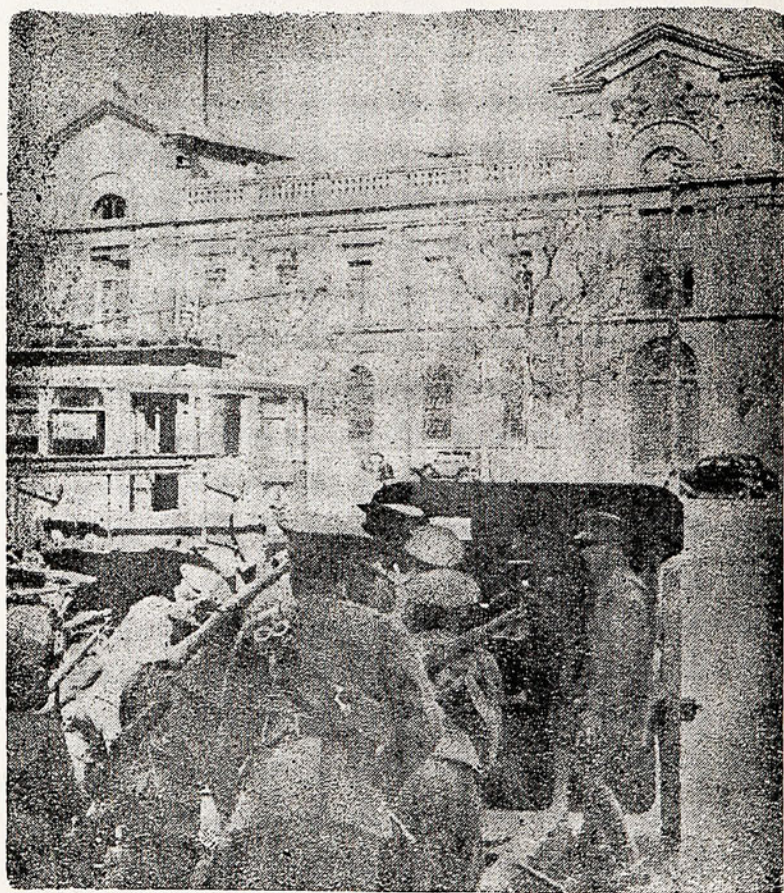
No le creí, pero entré al Hotel. Allí me entregó Pipo Rocuant la estatuita que probaba que la labor de dos años fren-



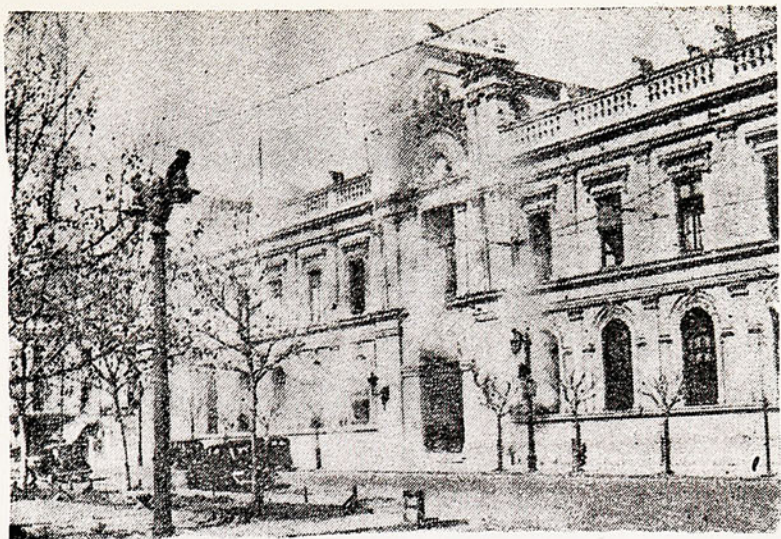
En la columna se ve a Maragagno, Salazar, Thennet y Silva Peña.



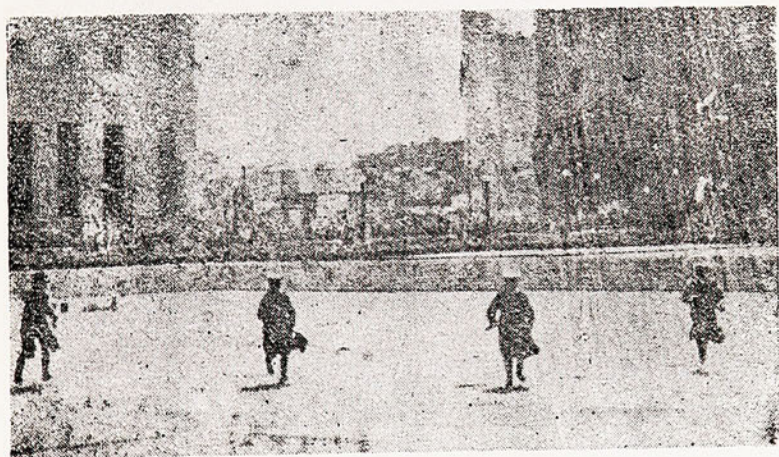
Bajo la lucha a balas, frente a la Intendencia, se les obliga a correr.



Dispara un cañón del Tacna contra la Escuela de Leyes.



Los nacistas de la Universidad contestan el fuego.



Corren los carabineros en la Plaza de la Constitución bajo el fuego de los nacistas



Aquí está el general Humberto Arriagada (de civil) con un fusil en la mano, en la puerta de Morandé 80.



Un teniente de carabineros herido, es ayudado por dos de sus compañeros.



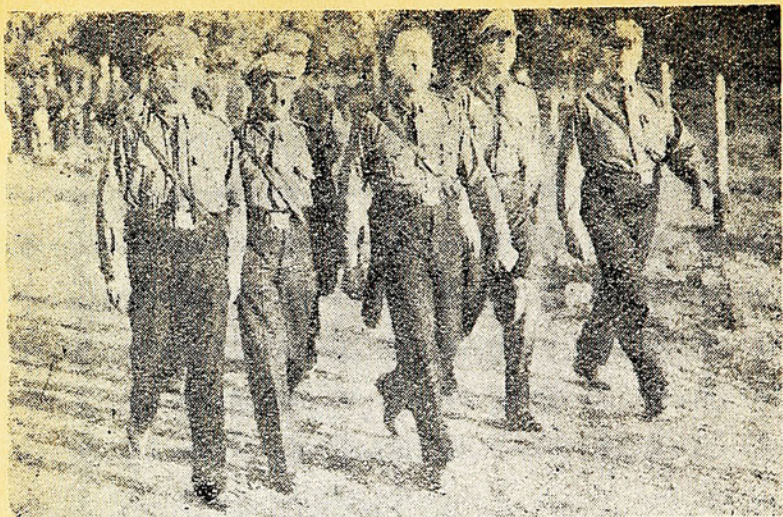
A las 2.40 de la tarde son sacados, manos arriba, los nacistas de la Escuela de Leyes. Se ve a Maragagno, Cuello y Enrique Herreros.



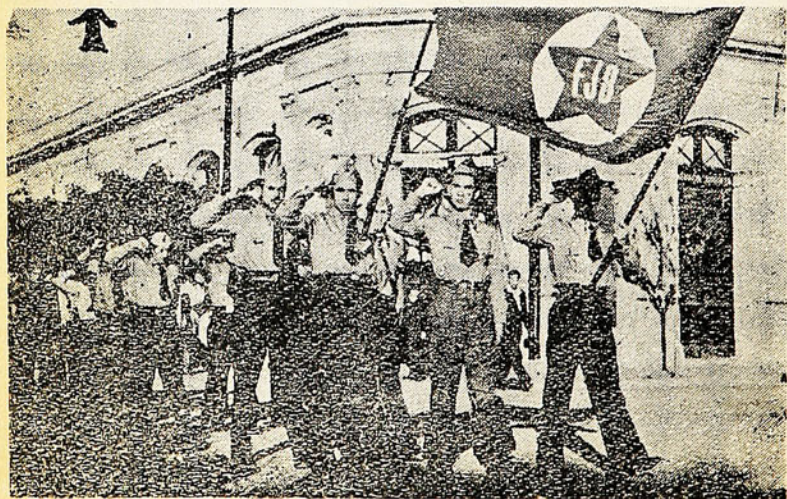
Otro grupo de los rendidos. Se ve a Badilla y Jesús Ballesteros.



Terminada la matanza, dos carabineros vigilan la puerta falsa del Seguro.



Pocos días antes de la masacre. Aparecen Jorge González con la plana Mayor del Nacismo.



Las MS en la calle, con los puños en alto y frente a La Moneda para atajar la intentona fascista.

te al solitario micrófono de la Radio Pacífico no habían sido en vano.

Pepe Stefanía me gritó desde una mesa donde estaba con la Desideria:

—¡Animal!... La única vez que tenías que estar aquí, llegas tarde...

Salí feliz con el Caupolicán de bronce y lo amarré con un cañamito. Así lo llevé carreteando por la calle hasta el Carrera donde nos quedamos hasta las 6 de la mañana con Gloria Lynch y unos cuantos amigos más.

Había entrado sin querer en la llamada pomposamente "posteridad".

Preparando el 4 de septiembre.

Yo salía del hospital. Salía veinte kilos más flaco, paliduchó y con cara de cadáver, pero seguía con ganas de seguir peleando.

Ibáñez, a la hora suprema, había olvidado sus setenta años y me había dado dos litros de sangre. Yo empuñé el micrófono y comenzó la pelea. Hablaba por radio y me contestaban anónimamente por teléfono. ¿Quiénes eran? Señoras indignadas, caballeros provecos, ancianos de mal genio, jóvenes impetuosos, damas bien que, entre canasta y canasta, tomaban el teléfono para insultar a un periodista solitario. Y así fuimos peleando metro a metro con mis programas de radio y lo que se hacía en las calles. Con desfiles y concentraciones fuimos avanzando hasta el campo de batalla. El día antes un médico amigo mío me dijo con ese viejo sentido chileno del oportunismo: "No te definas".

Pero yo me definí y jugué entero por Ibáñez.

Jugué y gané.

En 1952 hubo cuatro candidatos a la Presidencia de la República en Chile.

Don Arturo Matte fue el hombre de los liberales. Candidato solemne con cara de medalla, controlaba los Bancos y le sobraba plata en los bolsillos para hacer una gran campaña.

Don Pedro Enrique Alfonso, tan tímido como caballero, contaba con el 60 por ciento del Partido Radical. El otro cuarenta por ciento estaba bajo cuerda con Ibáñez y en las noches cuando no funcionaban las narices del CEN, le prometía este mundo y el otro al General.

Salvador Allende que odiaba desde hacía treinta años al ex Presidente Ibáñez, había conseguido que una pequeña fracción del Partido Socialista y que todo el Partido Comunista estuviera contra el General sin ninguna posibilidad de victoria. Finalmente, Carlos Ibáñez del Campo tenía la calle, el obrero, el poblador, el profesional, el ex-milico, el hombre común, la dueña de casa, la empleada de mano, la gente aburrida con tanta explotación y tanta estafa, y durante un año y medio, sin prensa, sin plata, casi sin radio, sin nada le hizo frente a tres candidaturas y el día de la elección yo me di el lujo de decir por el micrófono algunas palabras que deben haber producido más de un infarto a algún solitario radical que estaba escuchando.

Le ofrecí espontáneamente a Ibáñez tres cosas: "Yo lo Conoci", "La Entrevista Audaz" y "Reportajes". "Yo lo Conoci" en la Radio del Pacífico, "La Entrevista Audaz" en Radio Bulnes y "Reportajes" en la Radio Cooperativa Vitalicia. En esta última trabajaba con Guillermo Eduardo Feliú y con Alfredo Herhzka. Herhzka y yo éramos partidarios de Ibáñez, Feliú era partidario de Alfonso. Feliú era radical, nosotros éramos antirradicales. El atacaba a Ibáñez y yo le borraba los ataques del libreto cuando llegaban las carillas a máquina con nitroglicerina. Esta guerra psicológica duró un año. La Cooperativa Vitalicia —como todos los órganos comerciales— no

quería definirse. Le convenía estar bien con la derecha, pero al mismo tiempo no podía perder de vista las posibilidades del ex Presidente de la República.

El General, atacado por todo el mundo, el hombre sombrío sin prensa, el conspirador eterno podía ganar y me dieron chipe libre en Cooperativa para que yo lo pudiera defender.

Y nunca ha estado nadie más feliz que don José María Xicota, al saber que había ganado Ibáñez.

El 4.

4 de septiembre en la mañana. Estuve a las siete en la Tercera Comuna, en la Cuarta, en la Décima, en la Primera. Recorriendo las sombrías calles de Santiago en un auto con el doctor Sarah, me encontré con don Marmaduke Grove que me dijo que ganaría Alfonso. Don Juvenal Hernández me contestó con cara de pregunta, que Matte estaba seguro. Las mujeres trabajaban como nunca han trabajado las mujeres en esta tierra.

Era la batalla final.

Era la guerra a muerte contra la derecha.

A las dos de la tarde el Gobierno de don Gabriel González Videla decidió clausurar la radio Nuevo Mundo que estaba y está en la Alameda esquina de Arturo Prat. El dueño de la radio era Rossetti. Rossetti estaba con Ibáñez. Subieron los carabineros por las escaleras y ascensores. Iban a clausurar la emisora. Esto significaba que el Gobierno se daba cuenta que Ibáñez iba a ganar y estaba dispuesto a proceder "manu militari". Se juntó el público. Faltaba sólo una hora y media para que se cerraran las urnas y se cerrara el porvenir de Chile. Desde lo alto de la terraza, en el décimo piso habla-

mos Rossetti, Conrado Ríos Gallardo y yo. Llamamos al pueblo a defenderse, a salir a la calle, a no tolerar un insulto más al Gobierno de González Videla. Los carabineros cargaron en la calle. Hubo balas, pero también, ochenta minutos más tarde, hubo votos, demasiados votos. El diario "La Tercera de la Hora" cerraba su edición del día diciendo lo siguiente:

—“Todavía están contando los votos de Ibáñez...”

A las cuatro de la tarde, hecho pedazos, desgarrado por dentro y por fuera, sin haber almorzado, sin haber tomado un vaso de leche ni una pilsener, llegué a mi casa de la calle Libertad y me tendí en la cama quedándome instantáneamente dormido. Media hora después sonaba el teléfono y mi madre me dijo:

—¡Ganó Ibáñez!

A las cinco y media, con cara de cadáver, llegué en un taxi al Cuartel General del Ibañismo en la calle San Martín en la primera cuadra, crucé como un relámpago entre miles de manos que se tendían y de gente que quería abrazarme por haber jugado una causa sin pedir un cobre y pensando sólo en esa lejana brasa que me ardía entre las manos y que se llamaba Chile.

A las siete de la tarde estaba en la casa de Dublé Almeyda. Circulaban ya los primeros ibañistas con caras de Embajadores, Ministros y Cónsules. Una periodista norteamericana con una cámara fotográfica en la mano y en pantalones, trataba de entrevistar al General.

Raúl Ampuero, que es tan profundamente casto, se tomaba el primer champagne de su vida que le servía la señora de don Tobías Barros. Allí ya no estaba el pueblo. No estaban las poblaciones callampas ni los pobladores que se habían jugado entero el día de la elección. Allí estaba la derecha del ibañismo, las perfumadas señoras bien, los caballeros calvos, los solemnes milicos en retiro.

Desde el centro empezaron a llegar los primeros pobladores a pedirle al General que dijera dos palabras. El General no tenía tribuna. Yo le puse un cajón de azúcar junto a la

muralla y en él se encaramó don Carlos Ibáñez del Campo con sus ochenta años auestas y le habló brevemente a la multitud mientras disparaban las cámaras de "Time" y de "Life".

A las diez de la noche nos reunimos en la Plaza Bulnes y en el departamento de Emilio Balmaceda se asomó el General para recibir la ovación cerrada de sus partidarios. Los afiches de Arturo Matte, los inmensos letreros de Pedro Enrique Alfonso y los mote de Salvador Allende fueron desgarrados y usados como pañuelos para bailar la más fantástica y criolla de las cuecas.

Frente a nosotros —ceñuda, solitaria y triste— se erguía La Moneda y dentro de ella el perdedor de la jornada que se llamaba Gabriel González Videla.

Remota época en que Chile era una pobre Capitanía General que apenas se divisaba al final del mapa y que estaba a punto de caerse en el Pacífico. De allí había salido el 29 de agosto de 1891 un Presidente con larga melena romántica, había montado en un birlocho, había llegado hasta la calle Moneda con Amunátegui, había descendido silenciosamente con unos amigos y había continuado a pie hasta la Legación Argentina.

El sombrío palacio había visto golpes de Estado, saraos, fiestas, proclamas y discursos. Todo el espeso chorro de la historia de Chile había desfilado por sus viejos salones y ahora le tocaba presenciar la victoria del peor enemigo del pensionista que vivía aún en ella.

Trabajando en "Topaze", "Pobre Diablo" y "Zig-Zag".

Hubo un momento en que yo trabajaba 25 horas al día. En "Topaze" hacía periodismo humorístico, en "Pobre Diablo" crítica de películas en broma y "gregerias" y finalmente

en "Zig-Zag" hacía diez entrevista por número bajo el seudónimo de "Don Q", con el beneplácito de Raúl Aldunate que quería rejuvenecer la antigua y académica revista bajo el nombre de "Nuevo Zig-Zag".

Como si faltara algo para estallar definitivamente, tenía tres programas de radio al día y escribía en un diario de batalla la sección política. Claro que yo tenía 20 años menos y me podía dar esos lujos. Pero en la noche salía agotado y con cara de anciano de la última sala de redacción en que me tocaba trabajar (las tres de la madrugada en "Extra" después de pololear hasta las 12 de la noche en el Barrio Alto).

Y representaba fácilmente 80 años.

Gabriel y el Niño Jesús dejan La Moneda.

Fue dramática la partida de Gabriel de La Moneda. La última persona que lo aguardaba era Alejandro Flores y su mujer.

Yo estaba en la puerta de Morandé 80. Salió lentamente la Mitty y luego Gabriel. Doña Carmen Moreno tomó cuidadosamente la maravilla máxima de su colección —el niño Jesús— que había pertenecido a O'Higgins y que había cabalgado en Rancagua. Lo envolvió y abandonó lentamente la vieja casa de piedra que esperaba ahora la invasión de algo totalmente distinto a lo que había presenciado.

El 38 entró el radical Aguirre Cerda, el 42 el radical Juan Antonio Ríos y el 46 el radical Gabriel González Videla.

Ahora era el anti-radical hasta la muerte (elegido con el 40% de los votos radicales) general don Carlos Ibáñez del Campo el que entraba en gloria y majestad a La Moneda.

Detrás de ellos salió el pelado Escanilla, viejo fundador de boites y muerto en la pobreza más absoluta y que había sido mayordomo mayor de palacio el que abandonaba la vieja y pétrea mansión colonial.

Eran las 4 de la tarde. Y el presidente triunfante avanzaba ya hacia La Moneda con una corte de oportunistas y de ibañistas de ultima hora que daba miedo y en lo cual no tenía la menor responsabilidad el candidato triunfante.

Niño regalón de Ibáñez.

Desde el 4 de septiembre de 1952 hasta el 2 de enero de 1953 fui el niño regalón del general Ibáñez. No le había pedido nada, no le había consultado jamás la línea y la táctica de los tres programas que tenía en las radios (Pacífico, Cooperativa y Bulnes) y una sola vez había llegado hasta su casa (bastante tarde por motivos de trabajo) a comer brevemente un plato.

El general me tenía simpatía, me había dado sangre cuando yo estaba agonizando en el San Vicente y me había dicho con sequedad militar mientras se levantaba la manga:

—Usted no se puede morir... Lo necesito. Gente como Ud. está de más en el cementerio... todavía.

Cuando vino la arrolladora victoria llegué a su casa y posteriormente a La Moneda a cada rato. Una novia que tenía me dijo perentoriamente:

—Elige entre Ibáñez y yo.

Y lo elegí a Ibáñez.

Vino octubre, noviembre y diciembre. Un día en La Moneda después de un banquete me tomó familiarmente del brazo y me dijo sin que me fijara en la persona que iba colgada del otro brazo del Presidente:

—¿Qué haría usted, Tito, con “El Diario Ilustrado”?

—Quemarlo si nos declara la guerra —fue la breve y escueta respuesta.

Se dio vuelta el general y me preguntó cachazudamente:

—¿No conoce Ud. a don Lucho Silva, director de “El Diario Ilustrado”?...

Otra tarde se realizaba un banquete de los ibañistas triunfantes en el Estadio Militar.

Invitados de honor eran María de la Cruz (que había sido la mejor oradora de la campaña) y el general.

A la hora de los discursos María dirigiéndose al Presidente, le dijo a quemarropa:

—Y si Ud., general traiciona a la causa del pueblo seremos nosotros, látigo en mano, los que lo haremos salir de La Moneda.

No le gustó nada la frase al general, quien levantándose en medio de la perorata, dijo de mal humor:

—Ya pues, María... Córdela con las amenazas...

Otro día en “La Moneda Chica” me dijo:

—Yo saqué 450.000 votos. Si sumara la gente que viene a decir que votó por mí, habría sacado tres millones por lo menos...

La oficina de don Edecio Torreblanca en la calle Teatinos entre Compañía y Huérfanos fue durante el período que va del 4 de septiembre al 4 de noviembre, un mar humano que llegaba a las 8 de la mañana y levaba anclas a las 11 de la noche. Don Edecio —una de las personas más amables y comprensivas que yo haya conocido—, tenía que escuchar la lata de cuanta vieja cucú, de cuanto militar en retiro y de cuanto ibañista de última hora había en el país. Y finalmente anotaba los nombres y terminaba.

—Ya le diré al general, el que tendrá muy en cuenta su petición.

Arturo Olavarría ha contado sabrosamente en su “Entre Dos Alessandri” cómo el general con su viejo espíritu zum-bón y campesino oía a la gente, anotaba los nombres y le despedía cachazudamente:

—No se preocupe... Dése por nombrado... Hable esta misma tarde con Olavarría...

Y jamás en la vida se molestaba en echarle una segunda mirada a la mágica y misteriosa libreta.

Cuando llegó octubre el general me comunicó que había sido nombrado Cónsul General de Chile en Bonn. Le dije que no y le alegué que me iría de todos modos a París donde tenía una modesta beca que era realmente una diplomática limosna.

—Me respondió: Tito, no se me vaya a París... Se va a echar a perder con las francesitas. Ud. necesita gente seria como los alemanes que se levantan con el canto de las diucas y que saltan de la cama a la misma hora que se acuestan los franceses. Lo echarán a perder, le enseñarán vicios. A lo mejor le muestran eso que dicen que se llama "La coca"... Ud. sabe alemán, tiene apellido alemán, es biznieto de alemán... El puesto para Ud. está en Alemania.

Discutí 10 minutos con él y finalmente lo convencí que no perdería la virginidad en la patria de San Vicente de Paúl y de Juana de Arco.

De malas ganas firmó el decreto que me nombraba Cónsul de Chile en París.

Fue el primero que suscribió de dos rápidos rasgos. Y yo partí a echarme a perder a la capital de Francia.

Un banquete.

Antes de partir a París en diciembre de 1952, me ofrecieron un banquete en el Hotel Savoy. Público: dirigentes ibañistas, amigos personales, periodistas, políticos, diputados, senadores, ministros, etc. En una mesa estaba la gente del FRAP con la cual yo había peleado mano a mano durante toda la campaña presidencial. Allí estaban José Tohá, Augusto Oliva-

res, el Chico Díaz y Carlos Jorquera. En la mesa principal estaban Blanca Luz Brum, Mamerto Figueroa, Humberto Martones, Gabriela Montero, etc. A la hora de los discursos yo dije textualmente:

—“Le agradezco la presencia a los amigos del FRAP y si el señor Ibáñez no cumple lo que ha prometido, yo me cambiaré de esta mesa ibañista a esa mesa frapista”.

Y con mi mejor cara de optimismo partí del Nuevo al Viejo Mundo.

Rumbo a París.

Después que el general don Carlos Ibáñez del Campo me nombró Cónsul de Chile en París, me operé una hernia bastante desagradable y molesta, hice mis maletas, le dije “chao” a Chile y salté de una punta a la otra punta del globo terráqueo. Verano en Chile, invierno en Europa. Sol en Santiago, nieve en París. Un avión a través del mar me llevó hasta un mundo desconocido que había amado a través de los libros desde niño y me alejé de la popularidad al anonimato, pero un día conocí una ciudad erizada de catedrales y viejas casas de ocho pisos color ceniza de cigarro a la cual yo iba a adorar para siempre, y que se llamaba París.

El inolvidable París.

Dieciocho meses estuve en París. Trabajé como Agregado Cultural en vez de Cónsul, y trabajé contándole a los franceses que estaban en la luna, cómo era el lejano y remoto Chile.

Conocí a París con sol, con nieve, con viento, con nubes, con granizo, con todo. Conocí esas calles deslumbrantes a veces, grises, anónimas y tristes otras, por las cuales habían desfilado los franceses durante dos mil años. Yo creo que se han escrito unos dos millones de libros sobre París. No podría resumir en pocas palabras lo que fue París para mí, pero podría contar por ejemplo: que Rosetti fue un Embajador de lujo que dio a conocer una nación desconocida a un gran país. Gracias a él, la pequeña plaza que queda frente a la Embajada, se llama ahora "Santiago du Chili".

Vi trotar el Embajador por los pasillos de La Motte Picquet tratando de enviar el máximo de información a Chile sobre lo que ocurría en Europa. Se hizo amigo del Presidente Vicent Auriol y, aplicando todos los conocimientos que tenía de la política chilena y de haber sido el mejor parlamentario de la izquierda que ha habido en Chile en los últimos treinta años, fue capaz de manejarse como el Embajador más brillante que había llegado a París hasta entonces.

Mi vida personal en París a través de 24 meses fue la siguiente:

Callejuelas solitarias, amaneceres con un sol alegre y deportivo elevándose sobre el Montparnasse y el Montmartre. Un periodista chileno tratando de sacarle el jugo a la cultura francesa cuando llegaban algunos compatriotas. Me conseguí un camión con una enorme bandera chilena para ir a esperarlos a la Estación del Norte a un grupo de estudiantes del Pedagógico que piloteaba el gran Juan Uribe. En las noches acudía a las tertulias en el viejo café Cujas y discutía con indochinos y bolivianos hasta que las estrellas palidecían en lo alto de la colina de Santa Genoveva. Me enamoré como un cadete, tuve una novia, me enojé con ella, me fui a Londres, volví y me puse bien. Ella se fue a Chile y un día, caminando los años se murió espectacularmente.

Fui amigo de políticos, de periodistas extraordinarios como Marcel Niedergand al cual le dije un día:

—Tú vas a ser un as de la prensa francesa.

Actualmente Niedergand, que llegaba modestamente con chaqueta de un color y pantalón de otro a la Embajada, es Director de "Le Monde" y autor del formidable "Las 24 Europas".

Un día me vino la nostalgia y los recuerdos de una patria y un pueblo lejano, que no permiten estar en el Viejo Mundo mucho tiempo. Tomé un auto que me dijo que le comprara Ignacio Prado y viajé de París a Bruselas. Allí en un barco noruego volví a Chile después de dos años de ausencia.

Gabriela Mistral en Chile.

Estaba vieja la gran Gabriela cuando el general Ibáñez la invitó a Chile. La fue a esperar una inmensa masa humana que la acompañó hasta La Moneda. Allí la recibió el Presidente de la República y todo su gabinete. Gabriela, con esa cara de india majestuosa y fina que tenía, habló lentamente desde la casa de Toesca y dijo cosas que parecían venir de ultratumba.

Se refirió emocionadamente a una presunta y fantasmal Reforma Agraria que no se había llevado a cabo aún y dijo que seguía siendo amiga de todos los niños pobres de Chile. Felicitó finalmente a Ibáñez por lo que había hecho en favor del pueblo.

Lo que pasaba era que Gabriela era el vago recuerdo de lo que había sido y estuvo como sonámbula en su patria, a la cual iba a regresar únicamente bajo una cascada de flores y camino al Cementerio General años más tarde.

Los teatros de bolsillo.

El teatro de cámara en Chile lo fundaron 4 personas en 1950. Eran: María Elena Gertner, Kanda Jaque, Tobías Barros junior y Miguel Frank. Trabajaban con ellos y debutaban en la escena nacional Lautaro Murúa, actual "capo" del cine argentino y que se casó una noche en la punta del Cerro San Cristóbal con Adriana Saavedra y el recio y grave Teodoro Lowey. Debutaron en el Atelier y más tarde fundaron, a media cuadra de distancia, el "Maru". La obra de debut fue "Huit Clos" de Sartre que fue saludada entusiastamente por la crítica profesional.

Tenían todo: buen gusto, la simpatía del público elegante y snob, mujeres bonitas, actores buenos y un repertorio de primera línea. Y con ellos y el Teatro Experimental de la de Chile y el Ensayo de la Católica, se rejuvenece realmente la vacilante escena nacional y se saca a los huasos de pega y las intolerables cuecas con guitarra frente a las bambalinas que ya nos tenían definitivamente aburridos a todos.

Un regalo al general.

El Presidente de Bolivia, "Camarada Jefe Víctor Paz Estensoro, quería mandarle un buen regalo a su amigo el general Ibáñez. Largamente discutió con Lechín y Fellman Velarde qué se le podía enviar que estuviera a la altura del papel que había jugado el General de la Esperanza en la historia americana.

Después de diez reuniones improvisadas y secretas de gabinete, se llamó secretamente al chileno Luis Gayan que ma-

nejaba con mano de hierro a los carabineros bolivianos (con el mismo uniforme que los de Chile) y se le entregó un cajón misterioso y sugestivo. Ese mismo cajón viajó desde La Paz a Santiago y a través de un ex embajador de Chile ante el inquieto Gobierno boliviano, llegó a La Moneda y aterrizó en las presidenciales manos del general Ibáñez.

¿Qué había adentro?

Nada menos que un fusil ametralladora último modelo que el Presidente agradeció más que si le hubieran mandado una bomba atómica y que desde ese mismo instante lo acompañó fielmente en La Moneda, colocado estratégicamente debajo de su cama.

La única vez que el fusil ametralladora asomó su nariz de acero, fue cuando menudeaban las balas el 2 de abril.

En Cuba.

El viejo sentido aventurero y el hecho de haberme enamorado de una rubia impresionante, me llevaron un día en barco a Cuba. La Cuba de Batista, al que había conocido en calzoncillos en el Cártera años atrás cuando estuvo de paso por Chile en medio de los aplausos del Partido Comunista. El mismo Partido Comunista que un día le iba a atacar a muerte y se iba a colocar abiertamente al lado de Fidel Castro. Allí viví en una pensión comiendo arroz en vez de pan, trabajando ocasionalmente en la revista "Bohemia" y sirviendo de corresponsal del diario "La Tercera", porque entre viaje y viaje, me había hecho amigo de Agustín Picó, presidente del consejo del diario. Traspirando a las tres de la tarde, tecleando sobre una máquina portátil en el Círculo de Periodistas de La Habana, mantuve los viejos contactos con mi país natal.

A la vuelta trabajé en "La Tercera de la Hora", fui jefe de crónica, subdirector y un día me aplicaron la ley como director legal y fui a dar a la Cárcel Pública durante quince días. Mi compañero de celda se llamaba Moisés Silva y editaba una pequeña revista humorística que le sacaba pica a todo el mundo que se titulaba "¡Qué Hay!". Allí me sorprendió la muerte de Pío Baroja y sentado en el patio de la cárcel, en una vieja y asmática máquina de escribir, redacté la más emocionante crónica de mi vida pensando en el viejo genial de la boina que había partido a lo lejos.

Nos iban a visitar senadores, diputados, ministros, generales, etc. Yo tuve que rechazar indignado un cheque por cincuenta mil pesos que me brindaba un distinguido abogado chileno que quería congraciarse con los periodistas. En ese tiempo estaba de novio. De novio, con anillo, con mamá, con papá, padrinos y parientes y con futura luna de miel.

A Europa de nuevo.

El Gobierno inglés tuvo la inoportuna ocurrencia de invitarme por quince días a Londres. Hice el viaje con Gabriel Sanhueza Donoso (ex editorialista de "Topaze"), con Rafael Valdivieso y Andrés Aburto.

Cometí un pequeño error. En vez de estar quince días, estuve cuatro meses y perdí a la novia. Recorrí Escocia, Irlanda, Francia, Argelia (en camello), España y, finalmente, aproveché una invitación del Departamento de Estado del Tío Sam para recorrer a fondo los Estados Unidos.

Con cinco kilos menos, paliducho y ojeroso, volví a mi país, pero ya el noviazgo había zozobrado.

A los quince días conocí a mi mujer actual y veintiséis días más tarde en una pequeña capilla (que fue la que fundara don Pedro de Valdivia cuando llegó al pie del Huelén) contraía lo que algunos caballeros solemnes llaman "el sagrado vínculo".

Con Fidel en La Habana.

Un día de enero de 1959, al llegar al diario, me dijeron que me habían llamado urgentemente de la Embajada de Cuba para invitarme a visitar el país. Me reí. No es corriente que nadie invite por teléfono y menos Cuba cuando Fidel había entrado a La Habana hacía menos de una semana.

Pero en la mesa había un grueso cable que decía textualmente: "Gobierno revolucionario invítalo viajar esta misma tarde visitar La Habana. Embajada en ésa entregará pasajes. (Fdo.) Fidel Castro".

Y esa misma tarde a las 3 yo subía con la velocidad de un rayo la escalerilla de metal de un Jet en Los Cerrillos y partía a verle la barba a la reciente revolución fidelista. Allí nos recibieron los primeros milicianos con uniforme verde oliva, fusil en la mano y "chiva" al viento.

Había guajiros armados en la calle y en todas partes reinaba una alegría frenética, Fidel nos recibió con el Che Guevara, con Raúl y Camilo Cienfuegos —los 4 grandes de Sierra Maestra— en el Palacio Presidencial. No había sillas, no había mesas, no había teléfonos ni secretarías. Alegrementemente no dijo el jefe de la revolución triunfante:

—Perdón chicos la pobreza, pero ya tendremos de todo...

En la tarde fuimos con el mismo Fidel en jeep a una for-

midable concentración frente al Congreso. Había 500.000 personas por lo menos. Yo iba con Fidel en la camioneta cuando una muchachita lo invitó a la pasada a tomarse un "tinto" (café cargado chico) Fidel bajó de un salto y se tomó tres al hilo. En ese momento lo podían haber asesinado en plena calle porque la gente de Batista todavía andaba suelta. A Fidel no le importó. Con una medallita de la Virgen del Cobre al cuello parecía un ingenuo católico que estaba haciendo una revolución de acuerdo con las Encíclicas.

Bastaba oírlo hablar para darse cuenta que se trataba de un líder de talla internacional. Habló 5 horas y yo me quedé dormido varias veces. Despertaba con los aplausos. La técnica de la oratoria recordaba el sencillo y casi infantil sistema de Lenin y de Hitler. Pocas ideas y repetidas hasta en cansancio. La gente le preguntaba cómo iba a ser su revolución y el líder contestaba. Más tarde estuve con Camilo Cienfuegos que era el otro ídolo que había salido del barro de Sierra Maestra en dirección al poder. Era hijo de un sastre y —a no mediar la barba— habría representado máximo 18 años.

El que me pareció con más magnetismo personal fue precisamente Camilo. Hablé brevemente con él y me di cuenta que era un místico, casi un santo laico. Los jefes fidelistas eran gentes sin ni cobre que se habían jugado la vida por la revolución. Se podían haber vendido fácilmente a los yanquis o a Batista.

Prefirieron tomar el fusil y partir a las Sierras. Camilo murió más tarde en un accidente aéreo. Lógicamente dijeron que Fidel lo había mandado matar. Era falso. Fue una casualidad desgraciada y nada más.

Me mostraron algunas de las pruebas de cómo funcionaba la terrible maquinaria de Batista (que fue aplaudido por parte de la izquierda en Chile cuando vino a Santiago). A los estudiantes se les tiraba al mar con un trozo de riel amarrado a los pies se les cortaba la planta con guillette y se les echaba sal para liquidarlos a pausa. El régimen había puesto en práctica el sistema de "la botella" que equivale a la "mordida"

mejicana o a la coima nuestra, pero en mucho más escala. Cada ministro, senador o diputado tenía derecho a nombrar dos altos jefes de la administración pública. Cada uno de ellos tenía que entregarle la mitad del sueldo a fin de mes.

Conocí a una chilena aventurera que se juntaba hasta 4 "botellas" sin hacer absolutamente nada.

Contra este régimen se levantó la gente de Fidel. Vi un juicio en el Estadio Nacional de La Habana que me conmovió. Se trataba del Coronel Soza Molina, acusado de innumerables asesinatos y torturas. El Estadio estaba repleto de una masa aullante que lo recibió al grito de:

—¡Abajo el asesino! ¡Que lo maten!...

Soza Molina iluminado por 20 focos como en el cine, avanzó con pesados grillos en los pies y cadenas en las manos.

Tenía un micrófono como en el teatro para que contestara las preguntas del Fiscal.

Levantando la voz dijo dirigiéndose dramáticamente a sus acusadores:

—Esto no es un tribunal... Es el Coliseo Romano y yo soy uno de los pobres cristianos que va a morir y que están condenados de antemano.

Lo saludó una sola rechifla.

Y aunque supiéramos que se trataba de un supercriminal redomado, impresionaba la dramática escena.

Dos días después lo fusilaron por la espalda.

Esto fue la primera semana de 1959 a días escasos de la entrada de Fidel en La Habana. Las cosas han cambiado, se alió con Rusia, se hizo comunista, viajó a Moscú, se entendió con China, y como yo estuve en Cuba hace 5 años, no me atrevo a dar un juicio definitivo sobre el gobierno actual.

Pero el hecho es que Castro fue capaz contra toda la lógica aparente de los vaticinios de instalar un gobierno netamente revolucionario a 20 minutos escasos de la costa yanqui y en las mismas barbas del Tío Sam.

Y que lleva 60 meses en el poder a pesar de la intentona de Bahía Cochinos, de la impresionante potencia de la escuadra yanqui, y de la bomba atómica.

Un día me invitaron a España. Para mí España si no es todo, es casi todo. Si no es la primera patria, es la segunda por lo menos. En las esquinas de Madrid tengo mis mejores amigos. Los tenía y los conservo aún. Gente sencilla, directa, sin complejos, sin arribismos ni siutiquerías, sin mentalidad de medio pelo, caballeros desde la raíz del alma hasta la punta de los pies.

Me fui a España solo y a los quince días llevé a mi mujer. Allí hicimos todo lo que un ser humano puede hacer para subsistir bajo cielo extranjero. Fui corresponsal de guerra en Argelia para el golpe de Lagaillarde. Fui a Moscú a ver a Gagarín que venía llegando de bajarse de una nube en mitad del cielo. Trabajé en la agencia periodística "Fiel" con uno de los españoles más extraordinarios que yo haya conocido jamás, Ceferino Maetzu, sacamos la revista "América" que tuvo relativo éxito, pero gracias a la cual podía llegar con los puntuales garbanzos a una casa inolvidable, con un ascensor tartamudeante que quedaba en la calle Velásquez cerca de la casa de donde habían sacado un día de 1936 a Calvo Sotelo para liquidarlo, iniciando una de las más feroces guerras civiles, que iba a costar más de un millón de muertos. Hicimos empanadas. Hicimos periodismo. Hicimos cine. Hicimos de todo.

Un día se murió mi padre en Santiago de Chile. Vino el terremoto del 60 y, sobre todo, vino la nostalgia y yo hice rápidamente las maletas y me vine a mi país.

Había inventado una sección en "Pueblo" que se llamaba "La Entrevista Audaz". Tenía un programa de radio que se titulaba "La Vuelta al Mundo en un Cigarrillo", antes había creado un espacio radial parecido a "Reportajes" de Chile que se llamaba "Entrelíneas" y donde trabajaban mi mujer, y dos españoles; tenía otro que se titulaba "Europa 61" y que hacía con Tito Rodríguez Kanda y Jaime González, que se transmitía por la radio Corporación de Santiago, enviado por avión. Había fabricado empanadas a una cuadra de la

calle Velásquez y le puse orgullosamente el nombre de batalla de empanadas "El Descueve". Cada una costaba quinientos pesos chilenos y eran mucho mejores que las más finas de Santiago.

Me conocí Madrid como quien conoce a su propia alma y adoraba esos pequeños arroyuelos de piedra bordeados de casas de ocho pisos a ambos lados que se llama la capital de España.

Por mí no habría vuelto durante muchos años.

Fue el factor sentimental, concretamente ese músculo hueco que se llama corazón, el que me obligó a montar en avión y volver a Chile.

El 2 de abril en España.

El feroz baleo del 2 de abril me tocó en España. Estaba justamente en Avila de visita en la catedral con Sergio Carrasco, su mujer y otro colega chileno y eran las 10 de la mañana. En un momento determinado en que dejé el guía repitiendo maquinalmente las explicaciones que ya me sabía de memoria, salí a la calle y en un bar vi un trozo de diario que leía tranquilamente un vecino y que decía al ancho de la página:

"Revolución en Chile".

Me bastó. Le arrebaté el periódico al pobre vecino y lo llevé espectacularmente a la Catedral. Y allí, entre varias vírgenes de piedra del siglo XIV les conté a mis amigos que había estallado la revuelta en la patria lejana y que había corrido generosamente la sangre.

No me creyeron por la justificada fama de audaluz que tengo, pero se convencieron ante la prueba viva del diario.

Volvimos a Madrid sobre la marcha y “golpeamos”, al “eficiente” personal diplomático con detalles de la revuelta. Sabían más de lo que pasaba en América, los humildes periodistas de provincia en España, que los diplomáticos chilenos llenos de entorchados.

¡Terremoto!

Durante los días del terremoto del 21 de mayo de 1960 vi desfilar a los mejores actores de cine y teatro de España con inmensas banderas españolas y chilenas recogiendo dinero para el país que había tenido once provincias arrasadas por un leve estremecimiento de tierra.

Cuando estaba en Santiago y mi mujer en Madrid, en una comida en el Círculo Español y en presencia del Embajador de España don Tomás Suñer y Ferrer, me llegó un cable que decía simplemente:

—“Nació Barbarita. Ambas bien. Besos Kanda”.

Nunca en la vida he sentido que un chorro de lágrimas llegue más rápido hasta los ojos. Hablé con una especie de castellano tartamudeante y un día —una madrugada vacilante— entre las primeras luces del alba, con ojeras históricas, recibí en la loza de Los Cerrillos a una madre que llevaba un pequeño paquete con una guagua que podía caber fácilmente en una caja de fósforos.

Era mi hija.

En el “Time” de Londres.

Nunca me ha impresionado más un parrafito de diario que uno que vi hace años en la polvorienta colección del “Ti-

me" de Londres. Estábamos de visita oficial invitados personalmente por doña Chabelita, para poder estornudar alegremente bajo el "fogg" de Londres, cuando se me ocurrió pedir el ejemplar del "Time" del 15 de julio de 1789. Una especie de flemático lord con peluca que era jefe de crónica, se puso frac, tomó un bastón dorado y a los religiosos compases del "Good Save The King", bajó al archivo a buscar la colección.

Y allí pude leer la noticia que había cambiado la historia de la humanidad publicada a una columna a tipo 6 (tamaño enano) que decía textualmente:

"Ayer unas turbas faltas de respeto se apoderaron en París de la Cárcel de la Bastilla. Se cree que el pequeño incidente no tendrá mayor importancia".

El formidable Chou en Lai.

Lo que más me impresionó en el viaje a la China comunista, fue Chou en Lai, el activo Ministro de Relaciones Exteriores. No es un chino. No es un oriental. No es asiático. No es un simple político y menos un comunista como los que presenta la campaña anticomunista mundial en las páginas cargadas de ingenio y de "inteligencia" del Reader's Digest. No. Es un mandarín de la vieja escuela que parece tallado elegantemente en marfil y que habla francés que es una delicia. Con el pelo aristocráticamente canoso, las manos lentas y musicales, los ojos no tan violentamente como tajos como el resto de los 700 millones de chinitos que me tocó ver en el viaje, Chou en Lai es exactamente el personaje de su amigo Malraux en "La Condición Humana".

No señores del Kremlin y de la White House. No le tengan miedo a Mao (el genio de la heroica Gran Marcha). No le tengan terror a Lim Piao. No se asusten con el anciano

presidente de la República de la inmensa China Popular. El hombre es Chou, el enemigo es Chou y el comunista N° 1 del mundo (le guste o no al camarada que está de guardia en Moscú) es el genial canciller de la China actual.

Trabajando por Allende.

Volviendo la vista hacia atrás me acuerdo que en 1958 cuando vinieron las elecciones presidenciales, nos jugamos enteros por Salvador Allende, y con Augusto Olivares y el chico Díaz lanzamos un programa en la Radio del Pacífico a las diez de la noche teniendo como locutor a José Miguel Varas (actual Director de "El Siglo" y autor de "Cahuín"), que fue la mejor audición de batalla que tuvo el candidato de izquierda. El programa se llamaba "Ultimo minuto".

Ganó una bufanda. Vencieron unos paseos solitarios desla calle Phillips hasta La Moneda a las 11 de la mañana. Vino la derecha y el papeleo. Yo seguí trabajando en "La Tercera de la Hora" y luego en "La Unión" de Valparaíso ("La Vuelta al Mundo de un Periodista"), con una columna en "La Discusión" de Chillán, en la Sociedad Periodística del Sur, en la Radio Minería, Magallanes, en la Santiago y en varias emisoras más.

Un día mi amigo Buby Hardy me invitó a actuar en la televisión de la Chile y durante dos meses traté de hacer algo distinto y nuevo frente a los miles de televidentes chilenos.

El complot de Colliguay.

En agosto de 1951 la temperatura política era tensa en Chile. Los candidatos a la Presidencia de la República para

la ya inminente elección del 4 de septiembre, eran el General Ibáñez, Pedro Enrique Alfonso, Arturo Matte y Salvador Allende. Ibáñez no tenía plata ni prensa, pero le sobraba calle. Don Arturo contaba con una robusta billetera y Pedro Enrique tenía la simpatía de su amigo y correligionario que estaba de guardia en La Moneda, Gabriel González. Según la asmática voz de las cifras, tenía que ganar el calmado líder radical. Según la lógica, el General Ibáñez.

A fines del decisivo mes de agosto se realizó de noche una impresionante "Marcha del Hambre" convocada especialmente por los gremios. Se habló periquitos contra el pensionista de La Moneda y se destacaron por su violencia los discursos de Edgardo Maas y de Domiciano Soto. El primero era socialista y el segundo comunista.

Pero alguien operaba en la sombra y tenía preparada una audaz maniobra que naturalmente llevaba el sello y la firma del General Ibáñez, que oficialmente no se daba por aludido de ello. Fue entonces cuando un grupo decidió "robarse" a ambos dirigentes y crear un clima francamente revolucionario en Chile. ¿Por qué, dirá el amigo lector, si Ibáñez tenía ganada la partida? No señor. El general no tenía ganada la batalla. Por el contrario. Igual que el León lo había atajado el 5 de septiembre de 1938, su discípulo espiritual Gabriel González iba a tratar de hacer lo mismo ahora. No odiaba a Matte. No odiaba a Allende. Al único que le tenía odio jurado era al ex Presidente de la República. Esto lo sabían los ibañistas que estaban cansados de pelear por él en 1838 y más tarde en 1942. Eran demasiados años de lucha. Eran excesivas privaciones y complots. Eran demasiados destierros y días a la sombra de la ventanilla enrejada de un calabozo. Había que hacer algo para quebrar la famosa calma institucional y hacer la revolución de una vez por todas y echar abajo a don Gabriel. En este último punto estaban de acuerdo los gremios, los ibañistas y los allendistas. Y más concretamente, los socialistas y los comunistas.

El grupo que decidió raptarse a Maas y Soto para hacer estallar la caldera, estaba formado por Juan Diego Dávila (ex-

dirigente del naciismo, del nacionalismo de G. Izquierdo, de la Unión Nacionalista que dirigiera Gómez Millas y finalmente jefe de una de las brigadas "Célere" de la Acha que había manejado el radical anticomunista Arturo Olavarría). Con él estaban Carlos Fellelberg, Adolfo Moreno, Enrique Paut y Octavio O'Kingston. Pistola en mano llegaron hasta la casa de ambos dirigentes. Unicamente Soto, y especialmente su valiente mujer, le hicieron frente a los asaltantes. Rápidamente en un auto que le había prestado G. Izquierdo a Dávila, partieron a una cabaña que había en una mina que pertenecía a Federico Gienza, en Colliguay.

Allí se trató con toda clase de diferencias a los "raptados". Lo notable es que Domiciano Soto, comunista antes que nada y anti-gabrielista mil por mil, entendió una vez que se le explicó el motivo del rapto, que se trataba de echar abajo a Gabriel... y estuvo de acuerdo.

Mientras el país ardía por las cuatro puntas, los raptados se dedicaban apaciblemente a jugar a la rayuela y a dormir la siesta.

El clima nacional se puso de tal manera que Chile vivió horas prerrevolucionarias. Se suponía que el temido fantasma del General Ibáñez marchaba, detrás del rapto y que el golpe de estado estaba a punto de estallar. Los gremios declararon un paro revolucionario y le dieron un ultimátum al Gobierno exigiendo que los dirigentes desaparecidos fueran ubicados rápidamente. Los mote en la calle decían: "¿Dónde están Soto y Maas?"... "Los queremos vivos"... "Hacemos responsable a González Videla de la vida de nuestros compañeros".

Mientras tanto el Presidente de la República, que había entrado en un estado de nerviosidad febril, amenazó con enviar su renuncia al Congreso Nacional. El país vivía minutos semejantes a los del 4 de junio de 1932 y al 5 de septiembre de 1938. Los cuarteles de Investigaciones fueron allanados buscando desesperadamente a Maas y Soto. Se habló incluso de allanar los cuarteles del ejército. Los gremios llamaron al Paro General Revolucionario. Se creyó por un momento que es-

taban a punto de asomar los uniformes del ejército en marcha hacia la vieja casa de Toesca.

En ese momento un comerciante de ascendencia italiana, que era vecino de la mina de Gienzà —Colombo Canessa—, oyó dos cosas:

- La radio que narraba dramáticamente la misteriosa desaparición de ambos dirigentes de la oposición, y que se ofrecía 200.000 contantes y sonantes pesos al que diera algún dato sobre su paradero.
- Y a escasos metros de su parcela unas voces extrañas de “afuerinos”, que le resultaron bastante curiosas y llamativas.

Como buen comerciante tomó las cosas con calma y realizó un viaje especial a Valparaíso para entrevistarse con el Intendente de la provincia. Este le aseguró, seria y gravemente, que la oferta de los 200.000 era completamente efectiva. Sólo entonces Canessa abrió los labios y condujo a los carabineros hasta la mina abandonada. Allí se encontró, jugando alegremente a la rayuela y haciendo una vulgar quemada, a los dirigentes “raptados”.

Así terminó la aventura de Colliguay. Naturalmente el General, que ya se sentía con la banda tricolor sobre el pecho (como ocurrió un año más tarde), declaró que no tenía ni la más remota idea de las intenciones del rapto ni del nombre de los raptos.

La verdad es que los cerebros y estrategias intelectuales de Colliguay fueron José Valdés Figueroa, hijo de don Renato Valdés Alfonso, secretario privado de Ibáñez, y Fernando Clark Donoso, cuyo hermano era uno de los más importantes dirigentes bancarios que militaba lógicamente en la más violenta oposición a La Moneda.

¿Qué se hicieron los autores del rapto? Huyeron rápidamente a la Argentina, donde se vieron obligados a permanecer un año y medio. Más tarde volvieron a Chile. Los defendió brillantemente, ante los tribunales, Guillermo Izquierdo (ex jefe del Movimiento Nacionalista y profesor de historia que

había facilitado el coche a Dávila). La defensa de Izquierdo lo llevó más tarde al Senado de la República durante 8 años.

Como dato final, los nacionalistas crearon una misteriosa organización secreta que se llamó "ADREPA" (Acción Depuradora de la Patria), formada por oficiales en servicio activo, en retiro y elementos nacionalistas que juraron **con sangre** que harían la definitiva revolución nacionalista en Chile que el general Ibáñez, con el sable en la vaina y la ley en la mano, no quiso realizar desde La Moneda en esta su segunda administración, en la que se le había hecho triunfar precisamente para que la hiciera.

En la ADREPA hay que buscar los antecedentes de la futura Línea Recta.

Dos funerales impresionantes.

Emocionante fue el entierro de Jorge González. Moría teóricamente como liberal y partidario de don Arturo Matte después de haber sido jefe del Nacismo y de la Vanguardia, pero los ex nacistas llenaron el Cementerio. En el momento de la inhumación de los restos, sus ex compañeros le cantaron el viejo himno de batalla del antiguo partido: "Adelante chilenos aguerridos" y la simbólica canción "Yo tenía un camarada".

Los ojos de los presentes se llenaron de lágrimas... y naturalmente los liberales presentes se sintieron molestos porque estaban en franca minoría y este tipo de mística nacionalista no cuadraba con su estilo.

Cuando murió Pimpín Alcaide nos juntamos un grupo de sus amigos y lo fuimos a dejar solemnemente al Cementerio General. La urna iba envuelta en la bandera nacional que

él había amado por sobre todas las cosas, y entre otros hablaron Juan Diego Dávila y yo.

Pimpín fue un caso único en la política nacional. Sin tener jamás un interés materialista por nada, sin saber lo que era y para qué era el dinero, idealista mil por mil, fue una excepción en un país en que se piensa para definir a alguien antes que nada en el factor billetes y en el triunfo en el escalafón social.

Murió sin casa propia, sin auto, sin acciones, sin tener intereses inmediatos en alguna sociedad anónima y fue tildado de "loco" por los nietos de los mismos que habían tratado de loco a Carrera, a Balmaceda y al León.

Pero la estela de amigos que dejó, los partidarios que aún montan guardia en torno a su recuerdo y la fama que dejó de inteligente y buen orador vale bastante más que la opinión de los que creen que la vida debe estar simbólicamente limitada al norte, al sur y al este por la rechoncha estampa de Sancho Panza.

La espectacular fuga de Kelly.

En 1957 viviendo en Argentina el dirigente nacionalista Juan Diego Dávila, que había participado activamente en Colliguay y que estaba refugiado en Buenos Aires, se le ofreció una gran comida por parte de los elementos nacionalistas de la capital argentina agrupados en la llamada Alianza Libertadora Nacionalista, cuyo cuartel (que más tarde fue barrido a balas y pulverizado por los tanques) estaba en plena calle Corrientes.

En la comida naturalmente afloró la clásica prepotencia argentina con gomina y todo. Se dijo que "ellos y nada más que ellos habían hecho algo realmente valioso en materia de nacionalismo y que sus colegas en el resto de América eran unos pobres niños de pantalón corto".

Indignado con la alusión, les contestó Dávila y les dijo que "si hasta entonces no habían realizado nada realmente importante, les sobraba coraje para hacerlo en el futuro y que lo probarían con hechos".

En menos tiempo del que se suponía, los hechos le dieron la razón a Dávila. Patricio Kelly, dirigente máximo nacionalista, llegó escapado a Chile con 5 peronistas más. Uno de ellos, el millonario y socio de don Juan Domingo, José Antonio, declaró que era un "simple comerciante". Kelly fue llevado a la Cárcel Pública.

Y entonces comenzó a funcionar la dramática promesa de Dávila. Se formó un pequeño grupo de acción que llegó hasta la Cárcel Pública y que le entregó al dirigente argentino un traje de mujer. Este se pintó coquetamente los labios, se echó una manito de rimel, se calzó zapatos de taco alto y salió tranquilamente a la calle. Allí lo esperaba un coche que lo llevó velozmente a una casa particular que, por cómica casualidad, quedaba a escasos metros de las barbas mismas de Investigaciones.

Comenzó la persecución. Dávila y su gente sacó a Kelly de Santiago y lo llevó al Norte para pasarlo rápidamente a Bolivia. Los "tiras" partieron tras sus huellas y el grupo se dividió en dos subgrupos. Uno siguió a la frontera para despistar a la ingenua policía y el otro volvió a Santiago con Kelly naturalmente. De la capital partieron a una balneario vecino (Papudo) y más tarde, en medio de la expectación general y con toda la policía detrás de los talones, Kelly montó tranquilamente en avión en los Cerrillos con pasaporte falso.

Andando el tiempo vino el bochornoso bombardeo del Snipe. Dávila le escribió a Kelly diciéndole que "había llegado la hora de probar que el nacionalismo tenía conciencia americana y que era uno solo".

Kelly salió a la calle Corrientes con una bandera chilena al grito de:

**"Chile sí,
gorilas, no".**

Lo tomaron preso y los simios uniformados que dirigían la política argentina lo enviaron a la Patagonia sin seguirle proceso alguno y lo encerraron vergonzosamente en una jaula para que se volviera loco lentamente.

Como nunca falta un hombre limpio y de corazón bien puesto, surgió un juez que supo el inconcebible suplicio a que se sometía al valiente dirigente nacionalista argentino y exigió que se le hiciera justicia y se le abriera un proceso regular. Se transó y se le entregó al Ejército argentino que lo condujo a la prisión de Martín García tratándolo en forma normal y humana.

Más tarde los radicales lentes de Frondizzi llegaron a la Casa Rosada y Kelly fue dejado en libertad. La Corte Suprema Argentina declaró que "no se había probado un solo cargo de lo que levantaban contra él y que en cambio existía la seguridad de haberle inventado una serie de delitos falsos para justificar la extradición del Gobierno chileno".

Actualmente Kelly está en libertad en Buenos Aires, sigue nacionalista, pero está desligado de don Juan Domingo, el hombre que vino a hacer una extraña *tournee* por América y que anunció, con día y hora, que iba a hacer la revolución en medio de una carcajada internacional.

Lo que me dijo De Gaulle al oído.

Yo hablé con De Gaulle en tres ocasiones. La primera fue en París en 1958 cuando dirigía desde su cuartel general de la Rue Solferino, el *Rassemblement du Peuple Français* (RPF). La segunda después de la entrevista colectiva de prensa el 23 de julio de 1964 en la Quai D'Orsay con 700 periodistas y un calor que no se usa ni en el trópico, y finalmente delante de don Jorge en la Embajada de Francia cuando vino a darnos la mano.

En Francia, De Gaulle es seco y solemne. Es exactamente lo contrario de la palabra simpatía tal como lo entendemos los chilenos. En Chile fue justamente lo contrario. Repartió saludos y sonrisas. Estrechó las sudorosas manos de la gente pobre, y despreció los buenos consejos de los gorilas que había traído especialmente (5 de dos metros cada uno y uno y medio de espalda) y se metió con la masa popular. En Rancagua casi lo matan de puro cariño. En Valparaíso se conquistó a los porteños apenas bajó, con su metro noventa y tres de estatura, del "Colbert". Con Alessandri quedó impresionado de que un país que según los textos de estudio se habla en castellano, se expresara tan bien en francés, y finalmente se le cayeron las lágrimas cuando le contaron cómo había sido la carga, sable en mano, de O'Higgins en Rancagua. A mí me demostró 6 años antes que se conocía perfectamente la historia militar y política de América del Sur, y concretamente la de Chile.

Me habló en francés, como era lógico, pero poco tiempo más tarde se compró un manual de "Cómo aprender castellano en menos de una semana" y dejó a los "manitos" mejicanos con la boca abierta en su viaje a Méjico cuando habló fluidamente en español en el Zócalo del Méjico DF.

A pesar de todos los vaticinios de que estaba viejo y enfermo grave, en la entrevista colectiva de prensa demostró una agilidad que en Chile no tienen ni los arqueros de la "U", y se paseó por la política y la economía como Pedro por su casa.

Finalmente frente a don Jorge, que estaba dando clase de francés en la Embajada, el general —para hablar con él tuve que subirme rápidamente a un piso—, me dijo que nunca había visto tanta mujer bonita y un ejército y una marina que desfilaran mejor.

Y cuando le pregunté si se iba a presentar de nuevo como candidato a la presidencia, me contestó igual que todos los políticos de mi país:

—Aún no lo sé...

Lo que quiere decir que volverá sin falta el próximo año al Elíseo.

Nadie puede negar que en Chile la gente tiene cara de partido político. Si Ud. ve al Pato Barros en la calle, sabe que tiene que ser liberal y que no puede ser comunista, don Ladislao Errázuriz Pereira, que actualmente está retirado de las pistas, es el liberalismo caminando por Ahumada. Jaime Castillo y Renán Fuentealba son la Democracia Cristiana y andan con cara de falangistas desde las 6 de la mañana. Hubo una época que existía la cara de socialista. Como César Godoy extremó la nota, tuvo que cambiarse rápidamente al Partido Comunista, Carlos Contreras Labarca tenía la cara justa de Frente Popular de la época en que el FP era un movimiento discretamente progresista en España (guerra civil) y en Francia (guerra mundial). Ricardo Fonseca se veía muy bien como joven comunista. Tenía hasta la cara de boy-scout y la camisa abierta que estaba dentro del estilo de la época, Jorge González tenía rostro de Fuehrer. En cambio Gustavo Vargas Molinare, a pesar de ser diputado nacista, tenía y tiene cara de radical que no se la puede, el chico Muñoz Alegría anda con semblante de radical de fila desde la mañana a la noche. Pero nunca ha habido dos radicales más químicamente puros que Alfredo Rosende y don Jerónimo Méndez. El chico Leighton fue el inventor de la cara de falangista que después ha copiado tanta gente con éxito pleno. El misterioso y secreto Oscar Shnake que bajaba la voz con cara de conspirador hasta para preguntar la hora, tenía la estampa típica del PS. Pradenas Muñoz y Antonio Poupin tienen al Partido Demócrata tatuado en la cara. Para radicales románticos con aspecto de jacobinos escapados de las páginas de Lamartine, nunca ha habido algo tan perfecto como el gran Pedro León Ugalde. Eduardo Moore tenía en sus buenos tiempos canas de liberal. Y varios caballeros pelucones de otra época y que ahora están militarmente bajo tierra en el Cementerio Católico, usaban la indispensable barbilla conservadora. Orlando Millas camina como comunista y Volodia Teitelboim pone cara y calva de "El Capital" de

Marx, de acuerdo con las últimas instrucciones de la Internacional. Durante el segundo gobierno de mi general, surgió la cara de "turco" ibañista que se notaba fácilmente en embajadas y legaciones. Jorge Prat no puede disimular que es nieto del héroe y debía andar de marinero y con pito por la calle. Julio Durán no va a perder jamás la cara de joven radical que el Gran Arquitecto le dio al nacer. Yo creo que fue por eso que la derecha lo dejó en plena calle en la mitad de la última campaña. Don Jorge tiene más semblante de ingeniero civil que de Presidente de la República, y don Carlos tenía en el poder, en el Senado y en el destierro, una perfecta estampa de militar en retiro.

Hay gente con cara de embajador como le ocurre a don Tobías Barros Ortiz y finalmente y para terminar esta larga lista, nadie va a negar que Alone tiene una solitaria y entutada estampa de crítico literario y que nadie lo confundiría en la calle con un futbolista del Colo-Colo.

Para terminar, Grove no era chileno, sino inglés y el León debía haber nacido en una esquina de la Plaza San Marcos en la húmeda Venecia...

El día de la elección.

Antes del 4 de septiembre de 1964, como los ocho millones de chilenos, tuve que resistir el chaparrón de una campaña desenfrenada e histérica de radio y prensa para elegir al futuro Presidente de la República de Chile.

Los candidatos eran cuatro: Salvador Allende, Eduardo Frei, Julio Durán y Jorge Prat.

Prat naufragó en el camino, Durán se quedó solo con sus últimos y fieles cuadros radicales. La pelea se entabló directamente entre Eduardo Frei por un lado con la Democracia Cristiana, los independientes, los pobladores, los estudiantes,

algunos cuadros sindicales y, sobre todo, con el visto bueno de la derecha (que vomitaban en el fondo al pensar en él), y Salvador Allende al frente.

El 4 de septiembre de 1964, a las diez de la mañana le dije a mi madre que se hiciera la coja para que pudiera sufragar antes que el resto en la tercera comuna, donde había una cola de 4 cuadras.

A las cuatro de la tarde hablaba por la televisión de la Universidad Católica. A las seis comenzaban los primeros datos y se sabía que Eduardo Frei había ganado al galope.

Cuatro días antes un amigo me había dicho en Algarrobo que había batallones listos y unidades de comandos en los caminos de San José de Maipo para impedir que el FRAP se levantara en armas y comenzara la matanza.

Los corresponsales argentinos de "Así", "Clarín", "Crónica", "Noticias Gráficas", "La Nación", "El Mundo", etc., en el Nuria de Santiago habían declarado solemnemente bajo sus respectivos cascos de gomina, que en Chile correría la sangre. Un diario aseguraba: ya viene el golpe. Otro decía: comunismo a 2 horas de Buenos Aires.

El 4 de septiembre de 1964 Chile, con ocho millones de habitantes y la democracia más politizada de América, demostraba que en este país no funcionan las balas sino los votos y que la libertad no es una inmensa estatua de bronce colocada a la entrada de un puerto fabuloso, sino una consigna que se lleva en la sangre al nacer.

Ahora pasa el tiempo. Tose el Santa Lucía frente a mi casa, todos los días puntualmente a las doce, y la luz de una lamparita de noche, un periodista escribe a máquina seis crónicas al día.

Esta no es mi historia. Es la historia de una generación encerrada entre dos inmensos paréntesis que se llaman Carlos Ibáñez del Campo y Eduardo Frei.

Y en las esquinas de Santiago y en los polvorientos caminos de Chile, en las ensenadas más solitarias y en las playas

más azotadas por el viento, sigue zumbando una cosa que se llama simplemente la Vida. Y comienzan a crecer melancólicamente las primeras canas.

Santiago, Noviembre-Diciembre de 1964.

FIN

INDICE

	Pág.
Tito Mundt	9
Media Palabra	15
Profesores nazis y generales de la primera guerra mundial	17
Un personaje de novela	17
Nace el grupo "Avance"	18
Renovación, padre de la Democracia Cristiana	19
Las canciones revolucionarias	20
Cuando fui académico	21
Cuando cayó Alfonso XIII	22
La caída de Ibáñez	23
Cuando asesinaron a Alberto Zañartu	25
Nacen "Topaze" y "Wiken"	25
La insurrección de la marinería	26
Una academia el plena Quinta	27
El guatón Cordero	28
La campaña del León el año 31	29
El grupo secundario "Vanguardia"	30
El camarada Pedro	30
En los cuarteles de la bohemia	31
Las primeras revistas después del 31	32
Un ídolo: Alejandro Flores	32
El notable grupo "Euntes"	33
La inolvidable plaza Brasil	34
Debut en el periodismo	35
La Liga Social	35
Periodismo con ácido nítrico	36
La primera librería comunista	36
La vieja "Opinión"	37
Santiago Labarca habla de Trotsky	38
La piscina de la Quinta	39
Una casa fúnebre	39
Las famosas "populares" del Dieciocho	40
El León de nuevo a La Moneda	41
El palito que le pusieron a Grove	42
El inolvidable Eugenio Matte	43

La vuelta de Vicente Huidobro	44
La guerra de Etiopía	45
Comienza la pelea entre los católicos	45
Salen del huevo los socialistas	46
Los cuarteles del Partido Comunista	48
Una espectacular fiesta de la primavera	49
Los primeros "collages" en Santiago	50
De Rokha, un poeta genial	50
La voz de Augusto D'Halmar	51
Los primeros apristas	52
Una frase de Neruda	53
La famosa Orquesta Afónica	53
Una salida genial de Rojas Jiménez	54
Los famosos Sanhueza	55
Bohemia de derecha	56
Estalla el 4 de junio en Chile	57
Una revista "para la gente que piensa"	59
La famosa Milicia Republicana	60
El "pedante"	61
Breve historia del Nacismo	62
Palos en la Universidad	63
Los que fueron nacistas	64
Parte oficialmente la Falange Nacional	65
La bohemia nocturna santiaguina	65
Los primeros refugiados españoles en Santiago	66
Un diario franquista en Santiago	67
La carrera de Chamudes	68
Los muertos en la lucha	69
El asesinato de Pablo López	70
Los diarios socialistas	70
En el local del naciismo	71
Una Cámara brillante	72
Regidores de primera línea	73
Curiosos personajes que vendían "Trabajo"	73
La trágica muerte de Barreto	74
Cuando Ravínez llegó a Chile	75
Camisas pardas en Santiago	75
Latcham ataca a la derecha	76

	Pág.
Una fortuna por una frase	77
Ibáñez financió el 5 de septiembre	78
El feroz 5 de septiembre	79
Cómo se asesinó a un nacistas	82
Cuando le hicieron los puntos al León	83
La noche del 5	83
¿Qué se hicieron las fotos?	84
Cortabas negras	85
Un número genial de "Topaze"	85
¿Qué pasó con las armas del 5 de septiembre?	87
Una entrevista sensacional	87
Como cuando trataron de matar al León	88
Cuando don Pedro se sintió perdido	89
El 25 de octubre	89
Lo que me dijo Indalecio Prieto	90
De Nacismo a Vanguardia Popular	91
El PC saluda a los nacistas	92
Aparece la revista "VEA"	93
Por qué no fui a la guerra	93
El terremoto de Chillán	94
Ibáñez izquierdista	95
La VPS se acerca al PS	96
Una casa misteriosa	96
La libreta de Raúl Marín	97
El golpe de Ariosto Herrea	98
Todo Chile de uniforme	99
En plena guerra mundial	100
Ex curas en la Masonería	101
La fantástica época del Inca	101
La Nueva Edad	102
Otros tiempos	103
Otra intentona contra don Pedro	103
Un lance de honor que termina con un desayunazo	104
Como mueren los masones	105
La conspiración contra don Pedro	105
En medio de la guerra	106
El Movimiento Nacionalista de Izquierda	107
La muerte de don Pedro	108

	Pág.
El golpe que pretendió dar Jorge González	109
En la revista "VEA"	110
La U.R.S.S. en Santiago	110
Lo que me dijo Evita Duarte	111
Cómo me gané la vida en Buenos Aires	112
Dos presidentes en calzoncillos	113
Una regada comida a ex Presidente de la República	114
Juan Antonio y los comunistas	115
Cuando quisieron liquidar a toda la izquierda	116
La renuncia de Frei	117
Las formidables "Noticias Gráficas"	118
La Unión Nacionalista	119
El caso de Alicia Bon	129
Un libro escrito en dos días	121
Cuando Hernán Siles teclaba a máquina en Santiago	121
"Cleopatra"	122
El caso Ferlissi	123
La NU en Santiago	124
La revista "Sensación"	125
¡Ya tenemos Plaza Roja!	126
Gabriel vuelve de Europa	127
La pelea entre Ríos y G.G.V.	128
La fugaz presidencia de Ríos	128
Ultimas palabras de Juan Antonio	129
Lo que opinaba el León de Juan Antonio... después de elegirlo ..	140
Se funda el diario "Extra"	131
Las célebres "Siluetas" de Juan de Luigui	132
Las elecciones presidenciales del 46	133
Los comunistas en La Moneda	134
Una frasesita de "Estanquero"	135
Trabajando como periodista en Buenos Aires	135
Una predicción de Paz Estenssoro	136
Fundando un diario en Buenos Aires	137
Una comida sensacional	139
La dramática muerte del León	141
A las puertas de la muerte	142
"Yo lo conocí" y el premio Caupolicán	143
Preparando el 4 de septiembre	145

	Pág.
Trabajando en "Topaze", "Pobre Diablo" y "Zig-Zag"	149
Gabriel y el Niño Jesús dejan La Moneda	150
Niño regalón de Ibáñez	151
Un banquete	153
Rumbo a París	154
El inolvidable París	154
Gabriela Mistral en Chile	156
Los teatros de bolsillo	157
Un regalo al General	157
En Cuba	158
En la cárcel	159
A Europa de nuevo	159
Con Fidel en La Habana	160
¡España!	163
El 2 de abril en España	164
¡Terremoto!	165
En el "Time" de Londres	165
El formidable Chou en Lai	166
Trabajando por Allende	167
El complot de Colliguay	167
Dos funerales impresionantes	171
La espectacular fuga de Kelly	172
Lo que me dijo De Gaulle al oído	174
Ud. tiene cara de partido político	176
El día de la elección	177

LAS BANDERAS OLVIDADAS

por *Tito Mundt*

se terminó de imprimir el día 19 de
diciembre de 1964, en las prensas de
Editorial Del Pacífico, S. A.,
Alonso Ovalle 766,
Santiago-Chile.

Rudy Barraza
 EL TIEMPO AJENO
 León Roberto García
 LA MANCHA
 René León Echaiz
 FRANCISCO VILLOTA
 Jorge Guzmán Dinatör
 NUEVA SOCIEDAD VIEJA
 CONSTITUCION
 Alberto Spikin-Howard
 ESTA BOCA ES MIA
 Francisco Coloane
 EL ULTIMO GRUMETE DE LA
 BAQUEDANO (8ª Ed.)
 Reinaldo Lomboy
 RANQUIL (3ª Ed.)
 Mariano Latorre
 MAPU (2ª Ed.)
 Andrés Sabella
 NORTE GRANDE (2ª Ed.)
 Luis Durand
 CASA DE LA INFANCIA (2ª Ed.)
 Manuel G. Balbontín M.
 EPOPEYA DE LOS HUSARES (2ª Ed.)
 Gustavo Opazo Maturana y Manuel
 G. Balbontín M.
 CONSTANZA NORDENFLICHT EN LA
 VIDA DE DIEGO PORTALES (2ª Ed.)
 Claudio Giaconi
 LA DIFICIL JUVENTUD (2ª Ed.)
 Diego Muñoz
 DE REPENTE (2ª Ed.)
 Enrique Bunster
 PARA REIR Y RABIA
 Luis González Zenteno
 UNA LAGRIMA PARA EL JUEZ
 Luis Correa Prieto
 NUESTRA ECONOMIA Y SUS
 FLAQUEZAS
 Luis Correa Prieto
 EL PRESIDENTE IBÁÑEZ
 Armando Venegas Harbin
 LA CAJA DE SANDALO
 Max Daireaux
 MELGAREJO
 Dr. Raúl Yazigi J.
 BALCON A LA VIDA
 Laura Boisier de Concha
 MI COCINA NO ES PROBLEMA
 (4ª Ed.)

EDITORIAL "ORBE"
 Galería Imperio 256 — Casilla 13171
 Santiago de Chile



Tito Mundt. 1920 a 1964. Estudia leyes en las Universidades de Chile y Católica. Periodista desde el año 1938. En "Zig-Zag", "Trabajo", "La Nación", "Eva", "Ecran", "Sucesos", "Manos Arriba", "Topaze", "Pobre Diablo", "Extra", "La Tercera de la Hora", "Ultima Hora", (Chile). "Bohemia", (Cuba). "La Tarde", "Rico Tipo", "Clarín", (Argentina). "Pueblo", "ABC", "Agencia Fiel", "América", (España).

16 audiciones de radio. (Chile, Cuba y España).

Premio Nacional de Periodismo, de Crítica de Teatro, Entrevista, Título, Reportaje. Premio Carlos Septiem, Pedro de Valdivia. (España).

Director de "Sensación", secretario de redacción de la "Tarde", (Buenos Aires). Jefe de crónica y subdirector de "La Tercera", subdirector de "7 Días".

30 países conocidos. Agregado de Prensa y Cultural de la Embajada de Chile en París (1953-1954). Invitado especial de Argentina, México, Ecuador, Colombia, Inglaterra, Francia, Alemania, España, Estados Unidos, Bolivia, Cuba, Paraguay, Rusia y China.

Trabaja actualmente en "La Tercera", "Ultima Hora", "La Unión" de Valparaíso y "La Discusión" de Chillán.

Ha escrito "De Chile a Chile" (4 ediciones), "De Gaulle, el gran solitario" (2 ediciones).

Publicará en marzo de 1965, "Yo lo conocí". 300 siluetas de personajes de fama nacional e internacional.

Casado, una hija.

EDITORIAL



del Sur